

# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO / JUNIO 1999 NÚM. 581

◆ Ilustra:

**Roberto Parodi**

◆ Colaboran:

**Chacón, Deniz,**

**Fernández,**

**Franco Calvo,**

**Martín del Campo**

**y otros**

◆ Domínguez Martínez: Setenta años de autonomía de la UNAM

◆ Garciadiego: Fundación y procesos redefinitorios  
de la Universidad

◆ Pasantes: ¿"Domar" las drogas?

◆ García Muñoz: Las visiones de Gironella

◆ Johansson K.: Cultura ecológica en el México antiguo

# UNIVERSIDAD

DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Mayo 1999



Núm. 580

- ◆ Hernández Franyuti: Ciudad de México: una urbe sin territorio
- ◆ Balza: Futuro que se desdobra
- ◆ Sotelo: Los virus en la nueva medicina
- ◆ Rosado: Asturias: vocero de su tribu
- ◆ Boullosa: La conspiradora



◆ Constantino: Algunos protagonistas de la nueva plástica mexicana

◆ Ilustran: Alamilla, Arango, Garea, Hernández, Macotela, Marín, Maya y Núñez

◆ Colaboran: Cincotta, Espejo, Guarner, Pettersson, Vázquez-Yanes, Yáñez y otros

Llame al número 56 06 69 36 o envíe un fax al 56 66 37 49  
y acudiremos a tomar su suscripción dentro del D.F.



Coordinación de Humanidades

# UNIVERSIDAD

DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Director: Alberto Dallal

Consejo editorial: Raúl Benítez Zenteno, Rubén Bonifaz Nuño, Alberto Dallal, Juliana González, Humberto Muñoz, Enriqueta Ochoa, Herminia Pasantes, Manuel Peimbert Sierra, Ricardo Pozas Horcasitas, Josefina Zoraida Vázquez

Coordinador editorial: Octavio Ortiz Gómez

Corrección: Amira Candelaria Webster

Publicidad y relaciones públicas: Rocío Fuentes Vargas

Administración: Mario Pérez Fernández

Diseño y producción editorial: Revista Universidad de México

Oficinas de la revista: Los Ángeles 1932, número 11, Colonia Olímpica, C. P. 04710, Deleg. Coyoacán, México, D. F. Apartado Postal 70288, C. P. 04510, México, D. F. Teléfonos: 56 06 13 91, 56 06 69 36 y Fax 56 66 37 49. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DCC Núm. 061 1286. Características 2286611212. Impresión: Impresora Infagón, S.A. de C.V., Eje 5 Sur B Núm. 36, Col. Paseos de Churubusco, 09030, México, D.F. Distribución: Publicaciones Sayrols, S. A. de C. V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, 03100, México, D. F. y revista Universidad de México. Precio del ejemplar: \$20.00. Suscripción por 12 números: \$200.00 (US\$90.00 en el extranjero). Ejemplar de número atrasado: \$25.00. Revista mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86.

Correo electrónico (E-mail): reunimex@servidor.unam.mx Internet: <http://www.unam.mx/univmex>

JUNIO 1999  
NÚM. 581

## Índice

	◆ 2 ◆	<b>Presentación</b>
GERARDO DENIZ	◆ 3 ◆	<b>Preceptiva</b>
JAVIER GARCIA DIEGO	◆ 4 ◆	<b>La Universidad Nacional: fundación y procesos redefinitorios</b>
MARGARITA SUZÁN	◆ 13 ◆	<b>Claroscuro</b>
HERMINIA PASANTES	◆ 15 ◆	<b>¿Se pueden "domar" las drogas?</b>
PATRICK JOHANSSON K.	◆ 19 ◆	<b>Tlazolteotl: lo bio-degradable y lo bio-agradable en el México antiguo</b>
ALFREDO CHACÓN	◆ 24 ◆	<b>Tres poemas</b>
DAVID MARTÍN DEL CAMPO	◆ 26 ◆	<b>Todas las fronteras</b>
ENRIQUE FRANCO CALVO	◆ 33 ◆	<b>Encuentros con Roberto Parodi</b>
PABLO YANKELEVICH	◆ 41 ◆	<b>Cuando Antonio Caso conoció Sudamérica</b>
MARÍA ANDUEZA	◆ 45 ◆	<b>Los Cristos españoles de Unamuno</b>
FERNANDO FERNÁNDEZ	◆ 49 ◆	<b>Figuración</b>
RAÚL DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ	◆ 51 ◆	<b>Setenta años de autonomía de la UNAM</b>
GERARDO GARCÍA MUÑOZ	◆ 58 ◆	<b>Las visiones de Alberto Gironella</b>

### LA EXPERIENCIA CRÍTICA

PAULETTE DIETERLEN	◆ 63 ◆	<b>La concepción ética de la política de Luis Villoro</b>
BEATRIZ ESPEJO	◆ 65 ◆	<b>La revuelta de Fernando Curiel</b>
GUILLERMO SAMPERIO	◆ 67 ◆	<b>De Melusina a espuma</b>
ROXANA ELVRIDGE-THOMAS	◆ 68 ◆	<b>La plata mediadora</b>
	◆ 69 ◆	<b>Colaboradores</b>

# Presentación

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE MÉXICO

**R**educida atención se ha prestado en México a las diferencias que se establecen entre dos términos que, por extensión y experiencia, se erigen en dos actitudes y en dos formas de vida diferentes: afición y profesión. En efecto —no obstante que la dinámica de los cambios sociales resulta ininterrumpida—, la época actual ha traído consigo indiscutibles transformaciones en prácticamente todos los estratos de las sociedades. Un cambio notable se refiere directamente a los conductos y experiencias que llevan a la detección de las prácticas de aficionados en contraposición con las de aquellos profesionales que, en variados grados de profesionalidad, experimentan y ejercen diversas actividades. Los contrastes entre aficionados y profesionales no caracterizan exclusivamente al quehacer intelectual o a los trabajos y actividades institucionalizados. Nuestra cultura actual —bien pertrechada con imágenes, definiciones literales, manejo de procedimientos y técnicas, etcétera— permite la comprensión de situaciones en las que se establecen ciertos requisitos definitorios. Por ejemplo, hay estudiantes que profesionalizan sus prácticas y experiencias mediante el desarrollo de procedimientos autodidactas que en ocasiones superan a los conocimientos que transmite un profesor experimentado. En las artes y en los oficios, en las diversiones y en el deporte ocurre un fenómeno semejante: hay quienes alcanzan una notable profesionalidad mediante el ejercicio constante, la experiencia acumulativa y la autocomprensión de sus esfuerzos y logros. Esta situación de tránsitos y desplazamientos dentro de la población aficionada —muy respetable para la práctica de muchas actividades— se hace patente y agudiza sus normas y peligros cuando cada sociedad establece mayores exigencias para hacer productivas y eficientes algunas áreas de su vida cotidiana. Son los momentos en los que las instituciones y la organización social y política de una comunidad deben mantenerse alertas sobre todo en relación con los posibles estrujamientos y enfrentamientos a los que puede conducir un fenómeno de esta índole. Hay pasos cautos que hay que dar entre el pleno goce y desarrollo de una afición, y los requerimientos y soluciones que implica el establecimiento de niveles profesionales en prácticas y ocupaciones reconocidas y/o avaladas por la sociedad. ♦

# Preceptiva

GERARDO DENIZ

Por si el batel escora o peneja  
se recomienda un carcaj químicamente lírico:  
en viento tránsfuga de albas sólo presentidas  
mientras entre tu cabello el deseo se aroma y acaracola  
rumbo a la gruta de ópalos robados a diademas nocturnas  
—así el lector, atado ahígota congota,  
se reconoce. No derrapa como sobre esos nombres o regímenes  
orientales e indecentes  
que en cada libro figuran escritos distinto  
—Algacol, Alghazal, Algazali—  
para santa indignación del hombre de bien  
(siamés por gerade inversión de culto de mal).  
Pobre Diosa Blanca, cavilo a veces;  
fenilpirúvica y todo, no merece tantos ridículos.  
Le ofrezco un poco de requesón,  
una taza de tila.  
Lo agradece pero deja caer la cucharilla.  
Malo, malo, ya la han oído. Ya vienen por ella.

# La Universidad Nacional: fundación y procesos redefinitorios

JAVIER GARCIA DIEGO

## Porfiriato y Revolución

La reforma universitaria en Córdoba, Argentina, de 1918, y la lucha por la autonomía universitaria en México, de 1929, son procesos paralelos y casi coetáneos. Cierta línea de continuidad es perceptible y son muchas sus coincidencias, aunque sin duda éstas son superadas por sus diferencias.

La historia moderna de la universidad mexicana se remonta a 1910, año gozne entre el final del antiguo régimen y el inicio de la Revolución mexicana. Durante sus primeros diez años la Universidad de México sufrió un proceso de transformación radical: de ser una institución fundada por intelectuales científico-positivistas como Justo Sierra y Ezequiel Chávez, en el marco de las celebraciones porfiristas por el centenario de la Independencia, pasó a convertirse en una institución identificada con la Revolución, alconjuro de José Vasconcelos.<sup>1</sup> Más sobrevivencia que continuidad, y más transformación que sobrevivencia.

La institución creada en 1910 dependería del Estado y estaba constituida por cuatro facultades —Ingenieros, Jurisprudencia y Medicina, a las que se integró la de Altos Estudios, creada al efecto—; asimismo, parte esencial de ella era la Escuela Nacional Preparatoria, bastión del positivis-

mo desde su creación, en 1867. Era una institución, además de estatal, elitista y protegida por el régimen porfiriano: en la Universidad de México estudiaban en 1910 menos de mil jóvenes, la mayoría de ellos vinculados a la oligarquía porfiriana.

En realidad, su creación en 1910 no implicó la construcción de nuevos edificios o instalaciones; tampoco supuso transformaciones pedagógicas profundas, pues siguieron impartiéndose las mismas licenciaturas que antes se estudiaban en las escuelas no integradas; además, siguieron con los mismos planes y con los mismos textos. En tanto que no se aceptó la creación de licenciaturas modernas y prácticas, como química o administración, la Universidad Nacional nació obsoleta: era una institución pedagógicamente restrictiva y tradicionalista. Con todo, a pesar de su estrechez y centralismo, su fundación fue definitiva, en tanto sólo puede transformarse lo existente; la Universidad de México no sería la excepción: 1910 fue sólo el principio.

Comprensiblemente, en los círculos universitarios —profesores y alumnos— se simpatizaba con Porfirio Díaz, lo que explica el reducido apoyo al movimiento revolucionario de Madero. Sin embargo, su conservadurismo en política no corresponde con sus posturas en materia pedagógica. Durante el mismo mes en que se reinauguró la Universidad Nacional —septiembre de 1910— los jóvenes organizaron su Primer Congreso Nacional de Estudiantes, en el que propusieron varias transformaciones de carácter pedagógico: solicitaron la creación de escuelas dedicadas a la enseñanza agrícola e industrial, pidieron algunos cambios en cuestiones de evaluación y reclamaron mayor injerencia en el gobierno de las instituciones educativas.

<sup>1</sup> En este ensayo he reducido al mínimo el aparato erudito, limitándome a las referencias bibliográficas inevitables. El interesado en profundizar en el tema o en constatar mis “fuentes” puede consultar mi libro *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, El Colegio de México/UNAM, México, 1996. También puede ser consultado un largo artículo en el que resumí dicho libro: “De Justo Sierra a Vasconcelos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana”, en *Historia mexicana*, El Colegio de México, vol. XLVI, núm. 4, octubre-diciembre 1996, pp. 769-819.

En rigor, dado que los delegados a ese Primer Congreso Nacional de Estudiantes provenían de los elementos más politizados del sector estudiantil, resulta explicable que junto a los debates de carácter pedagógico hayan surgido manifestaciones políticas a favor de la cruzada maderista, urbana y clasemediera, contraria a la reelección de Díaz. Sin embargo, debe advertirse que ese Primer Congreso Nacional de Estudiantes no estaba restringido a los estudiantes de la recién creada Universidad de México: participaron en él estudiantes de provincia y jóvenes miembros de instituciones no universitarias. Mientras que la oposición a Díaz fue considerable entre los estudiantes de agricultura y los normalistas, los jóvenes universitarios reflejaron sus altos orígenes socioeconómicos y su satisfacción con un régimen que los había favorecido institucionalmente a través de gente como el ministro Justo Sierra. La clase social a la que pertenecían era la más beneficiada de la paz y el progreso económico alcanzados durante el porfiriato.

Estos jóvenes eran ajenos a la lucha revolucionaria, que derrocó a Díaz a mediados de 1911. Con él saldría Justo Sierra, con lo que la institución perdió su manto de protección<sup>2</sup> y quedó expuesta a posibles revanchismos políticos, en tanto institución elitista y de filiación *científicoporfiriana*. Durante el gobierno de transición formado a la caída de Díaz, el nuevo secretario de Instrucción fue un cercano colaborador de Madero y enemigo acérrimo de los Científicos —Francisco Vázquez Gómez—, lo que se reflejó en su maltrato a la institución, conducta que propició la primera movilización estudiantil antirrevolucionaria.

Comenzó así un decenio caracterizado por la politización, el empobrecimiento educativo

y el forzoso proceso de adecuación a la cambiante situación nacional. Obviamente, las actitudes, problemas y transformaciones variaron de escuela a escuela, por ejemplo: los estudiantes de Medicina formaron equipos de sanidad y asistencia médica en varios momentos de la lucha revolucionaria y Jurisprudencia sufrió un empobrecimiento docente notable, pues sus profesores ocuparon las plazas burocráticas y políticas vacantes por los numerosos cambios gubernamentales del decenio. Mientras la escuela de Ingenieros y la Preparatoria llevaron una vida más apacible, la de Altos Estudios padeció por su abigarrado y contradictorio proyecto fundacional.

Durante los primeros cuatro años, dado que la Ciudad de México se mantuvo ajena al conflicto, que se desarrollaba en las lejanas llanuras y sierras del norte y en los cercanos cañaverales de Morelos, la continuidad pedagógica y la estabilidad sociopolítica caracterizaron a la institución. A pesar de ello los estudiantes organizaron a principios de 1912 un movimiento contrario al gobierno de Madero, al que acusaron de carecer de principios latinoamericanistas y nacionalistas.<sup>3</sup> A mediados de ese año se dio un serio movimiento secesionista en la Escuela de Jurisprudencia, la

<sup>3</sup> El conflicto de enero y febrero de 1912 se debió a que el gobierno obstruyó las intenciones del escritor argentino Manuel Ugarte de impartir unas conferencias, alegando que con ellas pretendía atacar al gobierno estadounidense, con el que México tenía relaciones diplomáticas amistosas.



<sup>2</sup> Véase *La Universidad de Justo Sierra*, Juan Hernández Luna (comp.), Secretaría de Educación Pública, México, 1948. La versión “clásica” sobre la participación de Sierra en la creación de la Universidad, versión que he refutado en los dos escritos arriba citados, es la de Edmundo O’Gorman, “Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México” [1948], en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Universidad Veracruzana, Jalapa 1960. La más completa y actualizada biografía es la de Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo*, 2 vols., UNAM, México, 1986.

más politizada de todas en tanto formadora de los cuadros burocrático-políticos del país. Necesitado de quitarle el control de la escuela al grupo de los Científicos, el presidente Madero nombró como director a un conocido revolucionario, el intelectual Luis Cabrera. Como era previsible, éste fue repudiado por la gran mayoría de los profesores y alumnos, quienes juntos crearon la Escuela Libre de Derecho,<sup>4</sup> de postura refractaria a las transformaciones nacionales que por entonces se iniciaban.

Aunque sin implicar conflicto institucional alguno, a finales de ese 1912 varios de los profesores y alumnos más sensibles a los cambios sociopolíticos que estaban transformando al país, todos ellos miembros del Ateneo de la Juventud, crearon la Universidad Popular, en la que impartirían gratuitamente conferencias y cursillos de divulgación científica y cultural a los obreros y trabajadores de la Ciudad de México.<sup>5</sup> Si bien nunca se planteó como una escisión, la labor de los involucrados —José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Pruneda, Alberto J. Pani y Martín Luis Guzmán, entre otros— implicaba el surgimiento de una concepción educativa más amplia que la sostenida por el gobierno, así como más apropiada a esos tiempos de politización y ascenso de las masas. La Universidad Popular realizó su admirable labor a lo largo de diez años, hasta 1922, cuando el gobierno asumió esa labor divulgadora, oficializándola, tornándola política esencial para el Estado posrevolucionario.

Esta atinada percepción de las transformaciones socio-políticas que moldeaban al país; esta apropiada propuesta de ampliar la oferta educativa, restringida hasta entonces a las clases medias y altas, y esta precoz expresión de una alianza entre jóvenes de clase media y grupos populares, aunque premonitoria, involucraron al principio sólo a una minoría. La mayor parte del conglomerado universitario seguía siendo conservadora, como lo demostraría su apoyo al cuartelazo contrarrevolucionario de febrero de 1913, que costó la vida al presidente Madero y que permitió el ascenso al poder del general Victoriano Huerta.

Los motivos del apoyo de la comunidad universitaria al general Huerta fueron varios. Primero que todo, Huerta había

usurpado la presidencia prometiendo orden y estabilidad y garantizando los intereses socioeconómicos de las clases sociales a las que pertenecían la mayoría de los estudiantes. Además, el nuevo gobierno implicó la sustitución de los cuadros políticos maderistas, lo que se hizo con algunos políticos ex porfiristas y con destacados profesores universitarios. Es indudable que la participación en el gabinete de varios profesores como Rodolfo Reyes, Francisco León de la Barra, Jorge Vera Estañol, Carlos Pereyra, Aureliano Urtuiza, José María Lozano y Nemesio García Naranjo, así como el apoyo de Emilio Rabasa desde el Senado —para no mencionar muchos otros ejemplos en numerosos puestos menores—, selló el pacto de apoyo y colaboración mutua.

La restauración también se dio en la esfera universitaria. Algunos directivos con simpatías por el maderismo fueron sustituidos por destacados universitarios; por ejemplo, Pruneda fue sustituido en Altos Estudios por su creador, Ezequiel Chávez. Cuando éste fue ascendido a rector, seis meses después, la dirección fue ocupada por Antonio Caso, de tiempo atrás involucrado en esa escuela. Asimismo, cuando Cabrera dejó la dirección de Jurisprudencia varios de sus viejos profesores volvieron a esta escuela.

La buena marcha de la Universidad Nacional se debió también a otros factores: la Ciudad de México gozó de paz y tranquilidad absolutas hasta la caída del huertismo, en agosto de 1914. Además, a pesar de sus elevados gastos bélicos, el gobierno de Huerta no redujo el presupuesto universitario. Sobre todo, una profunda reforma pedagógica animó la vida universitaria durante ese periodo: el joven ministro García Naranjo y varios conocidos profesores dieron un golpe definitivo al positivismo, gracias a lo cual la educación pasó a ser más práctica que teórica, y más especializada que general y enciclopédica.<sup>6</sup>

El dominio huertista obligó a los miembros maderistas de la comunidad universitaria a huir, esconderse o adaptarse. Asimismo, Huerta también sufrió la oposición de algunos pocos universitarios decididamente promaderistas, cuya actitud dependió tanto de su compromiso como de su significación y de la presión ejercida contra ellos. Para comenzar, Cabrera, director promaderista de la Escuela de Jurisprudencia, tuvo que huir de la ciudad, incorporándose como asesor al ejército revolucionario. Igual que Cabrera, pronto se incorporaron a los campamentos revolucionarios gente como José Vasconcelos, Alberto J. Pani y Martín

<sup>4</sup> Jaime del Arenal, "La fundación de la Escuela Libre de Derecho", en *Revista de Investigaciones Jurídicas*, núm. 11, México, 1988, pp. 555-805; "Luis Cabrera, director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia", en *Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM*, núm. 10, México, 1989.

<sup>5</sup> Además de las autobiografías, "memorias" y epistolarios de los involucrados, consultese John Innes, "The Universidad Popular Mexicana", en *The Americas*, Washington, vol. xxx, núm. 1, julio de 1973. Del mismo autor, *Revolution and Renaissance in Mexico: El Ateneo de la Juventud*, tesis doctoral en historia, Universidad de Texas, Austin, 1970.

<sup>6</sup> Consultese la versión del propio García Naranjo en sus *Memorias*, 10 vols., Talleres El Porvenir, Monterrey, 1948-1963. En particular consultese el tomo VII, titulado *Mis andanzas con el general Huerta*.

Luis Guzmán, intelectual, funcionario y alumno, respectivamente. Lo mismo harían otros jóvenes, la mayor parte de ellos originarios de los estados del norte, como Gustavo Espinoza Mireles y Aarón Sáenz, ambos estudiantes en Jurisprudencia que pronto serían secretarios particulares de Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, respectivamente. Aunque hubo otros estudiantes que se incorporaron a la lucha, por obvias razones sociales y geográficas fueron más los que lo hicieron desde escuelas no universitarias, como la Normal o la de Agricultura. Además, estas pocas incorporaciones a los grupos revolucionarios se dieron sobre todo en los ejércitos norteños, más profesionalizados y con proyecto estatal, que en las huestes rurales zapatistas, a pesar de que operaban en una región muy cercana a la capital.

A mediados de 1914 triunfaron los revolucionarios y tomaron la Ciudad de México. La Universidad Nacional había sido una institución abrumadoramente huertista y antirrevolucionaria. Los problemas que se le presentaron eran: ¿cómo sobrevivir al dominio de los vencedores?, ¿cómo adaptarse a la nueva situación? Por razones estrictamente defensivas, algunos funcionarios y profesores del periodo huertista pretendieron tardíamente hacer autónoma a la institución, para aislarla de los revolucionarios,<sup>7</sup> quienes, pre-

visiblemente, las ignoraron, pues tenían nuevos proyectos para la Universidad Nacional, ideados por gente como Félix Palavicini, Alfonso Cravioto, Valentín Gama, Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos, entre otros. Si bien éstos eran intelectuales confiables, el cuerpo docente huertista más destacado fue dado de baja, afectándose la calidad de la institución. Sin embargo, el mayor problema no fue el deterioro del claustro sino la inestabilidad política y socioeconómica que por primera vez sufriría la Ciudad de México. En menos de año y medio hubo cinco gobiernos, cada uno con sus diferentes proyectos y equipos universitarios. El resultado fue que no hubo continuidad alguna: fueron tiempos angustiosos para la institución; además, se sufrió una parálisis en buena parte de las actividades universitarias, consecuencia de las dificultades de la vida cotidiana en la capital.

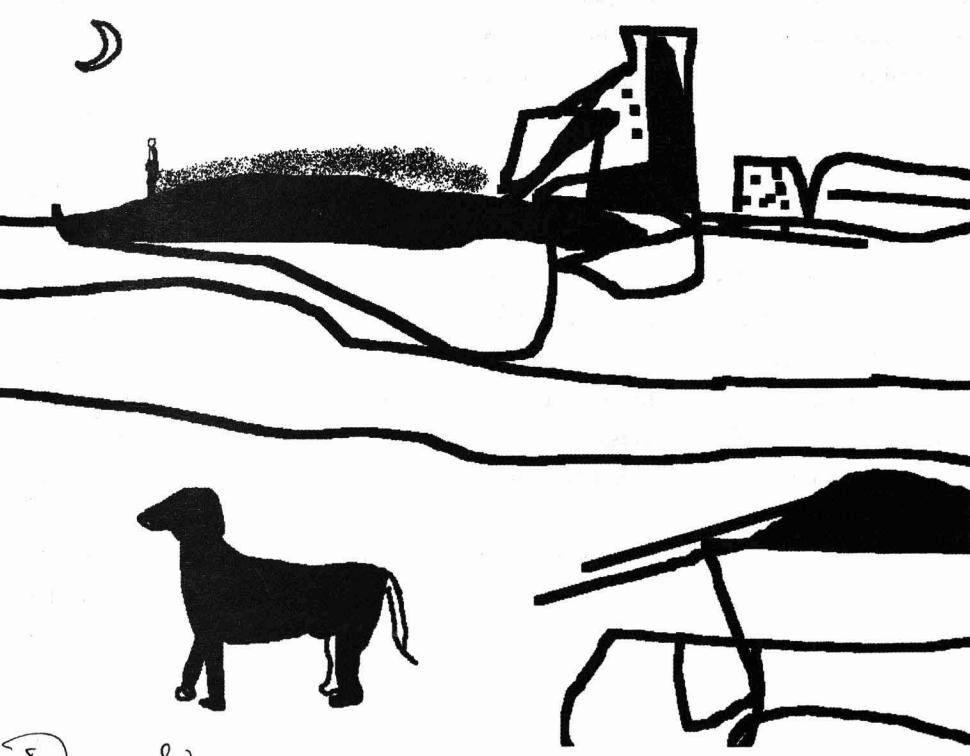
Después de la lucha contra Huerta sobrevino la “guerra de facciones”, que enfrentó a los anteriores aliados revolucionarios. A finales de 1915 y principios de 1916 el triunfo de los constitucionalistas sobre los convencionistas era incuestionable. La comunidad universitaria le dio pronto su apoyo, puesto que era la facción más moderada, dado que era la única que garantizaba el orden en el país, y en tanto entendieron que el antiguo régimen, con el que simpatizaban hasta muy poco antes, había sido fatalmente vencido.

Las consecuencias fueron desastrosas para la institución, aunque afortunadamente temporales: la Preparatoria fue

separada del sector, quedando bajo la férula del gobierno capitalino; para colmo, desapareció la Secretaría de Instrucción Pública y la Universidad Nacional pasó a convertirse en el Departamento Universitario y de Bellas Artes, más burocrático y ligado al gobierno. Sin embargo, por otra parte el gobierno de Carranza buscó establecer buenas relaciones con los universitarios, a los que necesitaba para la conformación de su gobierno y para iniciar la reconstrucción del país. Si su participación en la lucha había sido menos que magra, ahora les correspondía tomar un lugar protagónico.

Las coincidencias entre los universitarios y los constitucio-

<sup>7</sup> El promotor de esta idea automista, más bien defensiva y antirrevolucionaria, fue Ezequiel A. Chávez.



Roldán  
99

nalistas también se dieron en el ámbito diplomático: ambos eran yanquifobos y latinoamericanistas. Además, pronto se hizo evidente que los estudiantes de 1917 eran distintos a los de 1910: para comenzar, no habían sido beneficiarios del porfiriato, y en cambio habían padecido el caos revolucionario, lo que precisamente los orilló a apoyar a la facción más moderada, única capaz de imponer el orden y establecer un gobierno nacional. Recuérdese que la generación que padeció el terrible año de 1915 en las aulas luego se caracterizaría por sus afanes reconstructivos.<sup>8</sup>

Ello no quiere decir que sus relaciones fueran idílicas: algunos jóvenes reclamaron airadamente la separación de la Preparatoria; otros solicitaron el otorgamiento de la autonomía. Con todo, la estabilidad permitió una mejora de la institución, modesta aunque constante. Sobre todo, era obvio que el proyecto porfirio-sierrista había sido definitivamente desecharo: en lugar de una institución elitista ahora se pretendía que la Universidad Nacional tuviera como principal objetivo la capacitación profesional, en términos modernos, de la nueva clase media; además, signo de los tiempos, se esperaba de ella mayor conciencia social y compromiso político. Por ello puede concluirse que su transformación durante el decenio revolucionario fue definitiva.

### **La etapa vasconcelista**

El derrocamiento de Carranza y la llegada al poder de los revolucionarios sonorenses, a mediados de 1920, dio lugar al nombramiento de Vasconcelos como jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes. Esta nueva posición del ateneísta trajo un gran impulso animador, que consolidó y profundizó la transformación de la institución.

La pacificación del país, el inicio de su recuperación económica, las propuestas de un grupo portador de un proyecto nacional más moderno y la pujanza de José Vasconcelos explican la impresionante labor educativa que se desarrolló entonces. Esos enormes esfuerzos educati-



Parodi 77.

vos parten de un supuesto: Vasconcelos creía firmemente que la transformación y el otorgamiento de la educación eran un compromiso revolucionario tan importante como el de la reforma agraria o la implantación de la democracia.<sup>9</sup>

Lo primero que hizo fue convocar a los universitarios a colaborar en la cruzada contra el analfabetismo, tanto rural como urbano. Vasconcelos también apeló a la buena voluntad de los universitarios para que apoyaran otra campaña complementaria: la "santa cruzada contra la ignorancia". El objetivo de Vasconcelos era que los universitarios se transformaran en "misioneros" y que la Universidad Nacional fuera la iniciadora de la redención nacional.

Obviamente, esta labor sería extracurricular. Por lo que se refiere a la marcha de la institución, Vasconcelos

<sup>8</sup> El "manifiesto" con el compromiso de esta generación se encuentra en Manuel Gómez Morín, 1915 [1926], reeditado en una antología reciente titulada 1915 y otros ensayos, Jus, México, 1973, pp. 19-38.

<sup>9</sup> La versión del propio Vasconcelos sobre su cruzada educativa, se encuentra en el tercer tomo de sus "memorias", titulado *El Desastre* [1938], varias reediciones. El más completo y actualizado análisis de la labor educativa durante el periodo, en Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*, UNAM, México, 1989.

procedió inmediatamente a la reorganización de la Universidad Nacional, buscó también que en ella imperara la democracia interna y propició el desarrollo de una educación con aplicaciones prácticas y concretas. Por ejemplo, la Facultad de Altos Estudios pasó a ser una escuela pedagógica; la de Ingenieros se comprometió a colaborar en la recuperación de la economía nacional y en disminuir la dependencia tecnológica del exterior, y en Medicina se insistió en que los profesores y alumnos debían enfrentar en sus escenarios a los enemigos de la salud. Por último, luego de reintegrar a la Preparatoria, intentó que ésta recuperara sus características enciclopédicas y que sus programas acercaran el mundo de las ideas al mundo del trabajo.

El rasgo distintivo de la Universidad Nacional durante el periodo de Vasconcelos consistió en que sirvió como catalizadora en la recreación de la Secretaría de Educación Pública, a mediados de 1921.<sup>10</sup> Vasconcelos ascendió de rector a ministro fundador de la Secretaría de Educación, desde la cual goberaría todo el sector educativo del país, incluyendo la Universidad Nacional. Su concepto de educación era estatista, global y centralizado. Esto explica la razón por la cual Vasconcelos no fue por entonces partidario de su autonomía: deseaba seguir manejando a la Universidad desde la Secretaría de Educación. Según Vasconcelos, eran responsabilidades del gobierno velar por el contenido de la educación, evitar que los estudiantes cayeran en la apatía social, así como “remover al organismo universitario para que responda a las necesidades de la época”. En rigor, más que estatista, el proyecto educativo de Vasconcelos era personalista: a nadie le concedía capacidad para encabezar su cruzada; cualesquiera otras ideas o propuestas alternativas le parecían “impuras”. Por eso Vasconcelos fue un auténtico “caudillo cultural”.<sup>11</sup>

El compromiso de los universitarios, según Vasconcelos, trascendía el ámbito nacional, pues creía que todos debían ser congénitamente iberoamericanistas. En lo personal, su iberoamericanismo fue activo y militante, lo que le atrajo muchas simpatías entre los universitarios del continente. Por ejemplo, apoyó la organización del Congreso Internacional de Estudiantes de México, de finales de 1921, el que fue presentado como continuación de “las orientaciones internacionalistas definidas

por el movimiento de Córdoba”.<sup>12</sup> Su activismo, proyectos y postulados continentales dieron lugar a que el prestigio de Vasconcelos fuera utilizado en Sudamérica para combatir las estructuras universitarias arcaicas, con lo que puede concluirse que éste y la reforma de Córdoba se convirtieron en los factores paradigmáticos de los cambios universitarios acaecidos por entonces.

En efecto, si bien las transformaciones de la Universidad de México, tanto en sus aspectos académicos como en cuanto a sus compromisos sociopolíticos, fueron producto de la Revolución mexicana, la mayor parte de dichos cambios tuvieron lugar durante el periodo vasconcelista, entre 1920 y 1924. La Revolución mexicana sentó las bases de dichos cambios, pero sus actores principales fueron Vasconcelos y sus jóvenes colaboradores. Sin embargo, resulta fundamental afirmar que al momento de iniciar sus reformas, en 1920, Vasconcelos se reconoció influido por el espíritu de Córdoba. Cuando realizó su histórica gira por Sudamérica, en 1922, como secretario de Educación, al visitar la Universidad de Córdoba se refirió a ella como “la cuna de la reforma” y como ejemplo continental respecto a la “renovación de las ideas y de los métodos de enseñanza”.<sup>13</sup> Por ello la cruzada educativa de Vasconcelos debe verse como una confluencia y una síntesis de los compromisos de la Revolución mexicana y de las propuestas académicas de la reforma de Córdoba.

La labor de Vasconcelos fue de enorme trascendencia. A su llegada la Universidad Nacional funcionaba mediocremente y en el vacío, sin cohesión ni ánimo, sin proyecto ni convicciones futuras; sólo proporcionaba una educación profesional limitada y tradicional a una minoritaria población estudiantil. Durante su gestión se llevó a cabo un profundo cambio en la institución, dentro de un plan global que abarcaba toda la educación nacional, la que en tanto compromiso revolucionario tenía que ser nacionalista y popular, accesible a la inmensa mayoría de los ciudadanos. Fue de tal magnitud la transformación durante el periodo vasconcelista, que debe afirmarse que la Universidad Nacional fue refundada en 1910 pero que en verdad nació en 1920.

<sup>10</sup> Consultese la antología *José Vasconcelos y la Universidad*, Álvaro Matute (ed.), UNAM, México, 1983.

<sup>11</sup> El concepto es de Enrique Krauze, aunque él lo haya utilizado para caracterizar a Manuel Gómez Morín y a Vicente Lombardo Toledano.

<sup>12</sup> Fell, *op. cit.*, pp. 606-622.

Conflictos políticos con el presidente Obregón y con el secretario de Gobernación Plutarco Elías Calles orillaron a Vasconcelos a renunciar a mediados de 1924. Después de un rectorado de transición, la Universidad Nacional fue dirigida por Alfonso Pruneda durante la presidencia de Cárdenas, de finales de 1924 a finales de 1928. Fueron años de reorganización administrativa e institucional y en los que continuó el propósito de formar profesionistas útiles a las clases populares, lo que se explica por el hecho de que Pruneda había sido uno de los principales promotores de la Universidad Popular. Además, durante esos años se iniciaron cambios en los reconocimientos y exámenes y en los programas y planes de estudio. Ejemplo de combinación de tales propósitos populares y cambios académicos fue la licenciatura en Medicina, que aumentó un año su duración, además de incluir un internado para los jóvenes al concluir sus estudios.<sup>14</sup> Contra lo planeado, poco después estos cambios llevarían a la Universidad de México a un grave conflicto, que se convirtió en una de las coyunturas más importantes de su historia.

### Hacia la autonomía

Los años de 1928 y 1929 son especialmente significativos para la historia contemporánea de México. A mediados del primero murió asesinado el presidente electo Álvaro Obregón. Como presidente provisional fue designado Emilio Portes Gil, quien nombró a Ezequiel Padilla como titular de la Secretaría de Educación Pública. Ambos eran egresados de la Escuela Libre de Derecho y, por lo mismo, previsionables partidarios de la autonomía de la educación superior. Como rector fue nombrado Antonio Castro Leal, antiguo miembro de los Siete Sabios, quienes hacia 1917 habían solicitado la autonomía de la Universidad Nacional. Las ideas libertarias no eran exclusivas de los funcionarios: a principios de 1929 tuvo lugar el VI Congreso Nacional de Estudiantes, y una de sus conclusiones fue demandar la independencia universitaria.

Al margen de ese clima autonomista, en ese 1929 se dieron dos conflictos que habrían de tener enormes consecuencias: en la Preparatoria se aumentó un año al plan de estudios, y en la Facultad de Derecho su director —Narciso Bassols— modificó el sistema de reconocimientos y evalua-

<sup>14</sup> Renate Marsiske, "La organización académica y administrativa de la Universidad Nacional en vísperas de su autonomía", en *Memoria del segundo encuentro sobre historia de la Universidad*, UNAM, México, 1986, pp. 113-125.

ción. Ambas decisiones fueron rechazadas por los estudiantes, con movilizaciones y movimientos huelguísticos que se prolongaron del mes de marzo al de julio. Ilustrativamente, la lucha fue bautizada como la "huelga de mentes quietas".

En un primer momento las autoridades políticas y educativas se mostraron inflexibles, pero la misma actitud asumieron los estudiantes. El conflicto pronto se agravó, pues el gobierno asoció el movimiento estudiantil con la oposición electoral vasconcelista, en tanto varios líderes estudiantiles —Alejandro Gómez Arias y Salvador Azuela— también lo eran del vasconcelismo; éstos fueron acusados de ser "traidores a la patria"; la represión policial se endureció, y como consecuencia también aumentó la movilización estudiantil. Lo decisivo fue que los reclamos por asuntos escolares comenzaron a convertirse en una demanda autonomista.<sup>15</sup>

Dado que en ese momento comenzaba la contienda electoral por la presidencia entre Pascual Ortiz Rubio y José Vasconcelos, el gobierno rechazó cualquier respuesta represiva y en cambio optó por una solución conciliadora. Además, al igual que Portes Gil y Ezequiel Padilla, el candidato oficial Ortiz Rubio también era partidario de la independencia universitaria, como lo prueba su apoyo en 1917 a la autonomía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Significativamente, es incuestionable que la meta autonomista era compartida por el estudiantado y por las autoridades nacionales. Es más, fueron algunos líderes estudiantiles vasconcelistas los que obstaculizaron la reivindicación autonomista: además de que su caudillo la cuestionaba, los estudiantes vasconcelistas y el propio Vasconcelos pugnaron por la prolongación del problema, pues ello agitaría más el ambiente en el que se desarrollaba su campaña electoral opositora.<sup>16</sup>

¿Cómo fue el proceso final del conflicto? ¿Cómo se resolvió? El pliego petitorio oficial de los estudiantes no incluyó la demanda autonomista, a pesar de que ésta era solicitada por las bases; se limitaba a exigir la renuncia del secretario de Educación, Ezequiel Padilla, y de otros funcionarios del

<sup>15</sup> Una buena historia es la de Juan Molinar Horcasitas, *La autonomía universitaria de 1929*, tesis de licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, UNAM, México, 1981. Entre las memorias de los participantes destaca la de Alejandro Gómez Arias [conversaciones con Víctor Díaz Arciniega], *Memoria personal de un país*, Grijalbo, México, 1990. Otra fuente importante es la de Salvador Azuela, *La aventura vasconcelista*, Diana, México, 1980. Un buen recuento es el de Baltazar Dromundo, *Crónica de la autonomía universitaria de México*, Jus, México, 1978.

<sup>16</sup> Además del tomo pertinente de las "memorias" de Vasconcelos, el cuarto, titulado *El proconsulado*, consultese John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, Siglo XXI, México, 1982.

sector, así como la derogación de varios planes de estudios vigentes; además, proponía la paridad entre profesores y alumnos en el Consejo Universitario, así como cambios en la forma en que debía elegirse al rector. Luego de la circulación del pliego petitorio, los estudiantes se propusieron apoyarlo con una enorme manifestación, la que culminaría con un mitin frente a Palacio Nacional, a realizarse el 29 de mayo. Dicha manifestación involucró entre quince y veinte mil participantes, pues tardíamente se adhirieron numerosos estudiantes de las escuelas Técnicas y Normales, y se realizó sin intervención policial alguna. Ese mismo día el presidente Portes Gil ofreció la autonomía, presentando su decisión como el obsequio gracioso de un árbitro intuitivo y generoso. Sus palabras son muy claras al respecto:

Aunque no explícitamente formulado, el deseo de ustedes es ver su universidad libre de la amenaza constante que para ella significa la ejecución, posiblemente arbitraria, de acuerdos, sistemas y procedimientos que no han sufrido previamente la prueba de un análisis técnico y cuidadoso, y para evitar ese mal, sólo hay un camino eficaz, el de establecer y mantener la autonomía universitaria.

A cambio del otorgamiento de esa concesión mayúscula, el presidente Portes Gil se negó a destituir a los funcionarios educativos y policiales impugnados.

Algunos líderes propusieron rechazar el ofrecimiento presidencial y continuar la huelga, pues no era la respuesta adecuada al pliego petitorio democrática y formalmente acordado. La asamblea estudiantil votó por aceptar la autonomía ofrecida, pero también por continuar la huelga como presión para la entera satisfacción de sus demandas. Sin embargo, tan pronto se comenzó a debatir la naturaleza de la autonomía universitaria en el Congreso de la Unión decayó la militancia huelguista y algunas escuelas reiniciaron actividades. La escisión entre los dirigentes estudiantiles fue notoria, al grado de que se disolvió el



Comité Central de Huelga. Es evidente que no había consenso entre los líderes respecto a los objetivos de la huelga; tampoco lo había respecto al contexto político nacional. Mientras para unos el movimiento debía circunscribirse a asuntos estrictamente universitarios, para otros la huelga era un factor estratégico en el proceso opositor electoral: previsiblemente, los vasconcelistas, más preocupados en la campaña presidencial, mantenían una "línea dura" respecto a la huelga.

Ante la posibilidad de que ésta se prolongara, el presidente Portes Gil ofreció a los líderes que se escucharían sus objeciones al proyecto de ley autonómica, próximo a publicarse. Los estudiantes aceptaron el nuevo ofrecimiento y acordaron desalojar las instalaciones aún ocupadas por ellos; la exigencia que no depusieron fue la renuncia del rector. Sin embargo, éste pronto renunció, junto con Narciso Bassols, director de Derecho, para facilitar la solución pacífica del conflicto.

El proyecto de ley de la autonomía fue publicado el 22 de junio. El profesorado, que se había mantenido al margen, se inmiscuyó a partir del anuncio autonomista hecho por el presidente y de las renuncias de sus directivos. En efecto, a finales de junio constituyeron una asociación de profesores universitarios, promovida por Vicente Lombardo Toledano. La respuesta estudiantil fue negativa y violenta: atacaron a Lombardo y a los miembros de la asociación, llamándolos grupo oportunista e indeseable. Esta conducta

hizo que el presidente criticara severamente a los estudiantes, amenazándolos con la posibilidad de suspender el proceso autonomista y adoptar otras alternativas, como podría ser la entrega de la institución a los obreros, que era precisamente la propuesta del recién creado Partido Nacional Revolucionario, que incluía a la gran mayoría de los grupos políticos y militares sobrevivientes de la lucha revolucionaria.

Luego de esta advertencia, la Ley Orgánica de la Universidad Autónoma de México pudo ser publicada el 10 de julio de 1929. La historiografía de la institución al respecto ha sido broncinea y romántica: partiendo de una concepción voluntarista de la historia y la política, considera que la obtención de la autonomía fue consecuencia de la agitación estudiantil, a pesar de que en rigor los estudiantes no perseguían la autonomía como meta central de su lucha; por lo mismo, puede concluirse que provocaron la concesión de la autonomía pero sin ser sus creadores ni responsables de la idea original.

La interpretación gubernamental, consistente en considerar la autonomía como una simple concesión, es igualmente parcial e incorrecta. Sin embargo, ambas tienen parte de verdad. Mi conclusión incluye ambos factores, a la vez que otorga gran importancia al contexto político nacional. Aun sin ser su principal objetivo programático, la autonomía fue provocada por el movimiento estudiantil. Por otra parte, si bien es cierto que el presidente y las principales autoridades educativas y universitarias eran viejos autonomistas, lo cierto es que el otorgamiento no fue ni producto de sus convicciones personales ni una mera concesión graciosa. Recuérdese que ese 1929 era año electoral, y que el principal candidato opositor era Vasconcelos, símbolo de pureza contra el autoritarismo, la corrupción y el militarismo, lo que lo había hecho muy popular entre el sector universitario, en particular, y entre la clase media urbana, en general. Por lo mismo, el gobierno buscó no multiplicar los focos conflictivos y, sobre todo, impedir que los estudiantes quedaran inconformes e insatisfechos, con lo que apoyarían en pleno al vasconcelismo.

Obviamente, de ningún modo sostengo que la autonomía fue un producto coyuntural, pues debe verse como parte del proceso histórico universitario en su conjunto, reiniciado en 1910 pero radicalmente transformado hacia 1920; debe verse también como una expresión del proceso histórico nacional, cuyo antiguo régimen concluyó en 1910 y en el que el Estado revolucionario nació hacia 1920.

El año de 1929 sería igualmente decisivo para ambos, Universidad Nacional y Estado posrevolucionario.

Sus "vidas paralelas" tendrían todavía muchos momentos de confluencia y contradicción durante el resto del siglo. De hecho, la autonomía de 1929 puede ser interpretada como una conquista liberadora y benéfica para la institución, aunque también puede ser vista como un rompimiento con los compromisos sociopolíticos del Estado posrevolucionario. No en balde a partir de entonces surgieron en la Universidad Nacional algunos actores y planteamientos conservadores. Alarmado por la oposición de los universitarios al régimen de Cárdenas,<sup>17</sup> el gobierno buscó un acercamiento con este sector, así como con las clases medias urbanas, acuerdo que se prolongó durante más de dos decenios, hasta mediados de los sesentas.

## Epílogo

Coincidencias históricas aparte, la Universidad Nacional de Córdoba y la Universidad Nacional Autónoma de México conmemoraron recientemente sendas efemérides definitorias. La primera, su reforma académico-institucional, admirada en todo el continente, a lo largo y ancho del cual se han beneficiado numerosas universidades de su precoz y bienhechor ejemplo.<sup>18</sup> En México se conmemoró, en cambio, un hecho trágico, el movimiento estudiantil de 1968, duramente reprimido, que, paradójicamente, a la vuelta de los años se convirtió en un suceso bienhechor. En efecto, en él está uno de los factores iniciales del proceso democratizador que está transformando la vida del país en estos estertores del siglo XX. Confiamos en que a lo largo del siglo XXI las universidades públicas mexicanas, argentinas y latinoamericanas, continúen cumpliendo con sus compromisos históricos con la ciencia, la cultura, la justicia y la democracia. ♦

<sup>17</sup> Me refiero también a la fuerza de los estudiantes católicos y a la derrota de Lombardo en su polémica con Antonio Caso. Cfr. María Teresa Gómez Mont, *Manuel Gómez Morín. La lucha por la libertad de cátedra*, UNAM, México, 1996. Véase también Silvia González Marín, "La Universidad frente al Estado cardenista", en *Memorias del primer encuentro de historia sobre la Universidad*, UNAM, México, 1984, pp. 154-163.

<sup>18</sup> Consultese Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1978. Consultese también Galo Gómez Oyarzún, *La Universidad a través del tiempo*, Universidad Iberoamericana, México, 1998, pp. 123-199. Un buen enfoque comparativo, en Renate Marsiske, *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México, 1918-1929*, UNAM, México, 1989.

# Claroscuro

MARGARITA SUZÁN

*Toda la sangre termina por llegar al lugar de su quietud.*

*Chilam Balam*

Caminas por Jardín de Rosas, tarde de clima desapacible, nubarrones en el cielo, rachas de viento. Cruzas frente a Alondra y dejás atrás Mirlo. Te acercas al ancho camellón y adviertes que los árboles han crecido, pero los rosales envejecidos y polvorrientos son los mismos, como igual es este remedo de jardín que fuera transitado una y otra vez por sus inseguros pasitos.

Las tristes memorias vegetan en alguna de sus caverñas; allí se mantienen durante épocas. Un día, sin razón aparente, son convocadas y la congoja que los hechos suscitará lacera de nuevo inmisericorde como entonces.

Rememoras a la criatura rubia. "Esa güerita", te dijeron después de la ordalía de su alumbramiento. El tramo de tu historia por el que te acompañó estuvo iluminado por esa pequeña llamita, continua fuente de alegría y reclamo de la ternura. Sus ojos llenos de días y mañanas y tardes que no llegó a vivir se perdían en la inmensidad de un camino sin regreso. Hoy la vuelves a ver, su manita en la tuya, vestida con aquellos batones hechos por tu madre, asexuados e informes pero diseñados para la comodidad de un ser que casi no pudo valerse por sí mismo. Cuando se fue lo aprendiste: el dolor de la ausencia es una forma de vacío.

La temperatura desciende. Abotonas el amplio chasetón —siempre has sido flaca, siempre te queda grande la ropa— y metes las manos en los bolsillos. En el fondo de uno de ellos está el sobre de papel. No es momento aún de conocer su contenido, que habrá de brindarte la gracia de una dádiva o la certeza de lo terrible.

Ensimismada, pateas una piedrecita, la levantas del suelo, la miras. Tu tío Alejandro pasaba la mano por otra piedra de similar contextura, casi del mismo color sólo que mucho más grande, cuando te reveló la existencia de la pequeña felicidad; esa que surgió con nosotros, habitantes del mundo, y que se reconoce cuando la nada es sustituida por la creación. Con él hablaste del encanto de poner en juego un cierto talento, la imaginación, la receptividad, la disposición para el compromiso y la disciplina y el espíritu crítico en función de una obra. La modesta felicidad se disfruta al final, cuando el esfuerzo ha concluido —el proceso es angustiante—, cuando el resultado y sus consecuencias ya no son nuestros. A ti te dio por relatar la vida a través de imágenes y esa vocación te llevó por esquinas y recovecos de la segunda mitad del siglo veinte.

Quetzal no te atrae y escoges Ruiseñor, bordeada por casas de clase media con jardincillo al frente y fachadas de colores pastel. También aquí han crecido los árboles, sus ramas sometidas por el viento no producen los rumores de la serranía. Tampoco hay aquí ese azul que hiere por su luminosidad, ni el olor de fogata de leña, ni el murmullo suave del habla indígena de San Pablito. San Pablito y la miseria y el hocio y las carencias sustituidas con el olvido del aguardiente. Aquí no percibes el acento del mar de la Salitrera y sus huertas de coco; historias de despojo e injusticia y niños tuberculosis. La lluvia fina y sus verdores no cae directamente sobre tu piel como en Huejutla de Reyes, donde los rezos por el alma de otro asesinado irrumpen en la mañana. Y así, por los senderos de los días que no parecen existir para nadie.

Pero tu rechazo a esta realidad no fue nuevo. Ya antes, en la universidad, habías optado por las decisiones de tu conciencia y te hiciste comunista y aprendiste a moverte

en atmósferas ajenas a las tuyas, cuando te responsabilizabas por el colectivo y peleabas por barrer con las ideas tradicionales y opresoras. Ya antes, habías sabido de los muros del encierro y de las balas sobre tu cabeza.

Como sombras los días se agigantan y deforman sobre las paredes del recuerdo y del tiempo y no se miden por meses o por años, sino por desgarres y rompimientos interiores y por los instantes del deleite.

Fuiste como todas las demás, un animal joven y fino, y al inicio de la noche la lluvia dio entrada a tu amor. Cuando amaste, la sonrisa abonó el fondo de tus pupilas y llegó la tarde en que, la complicidad de las miradas como testigo, el jugo de mango escurrió de tu barbilla a la hendidura de tus senos. Junto al amor paseaste algún domingo sobre tibias arenas, conversaste con los amigos hasta el amanecer, bailaste merengue hasta caer rendida.

Pero eso fue en otro país, donde no obstante la convulsión, los demasiados conceptos absolutos y las circunstancias que acentuaron tu tendencia a la soberbia, fuiste feliz. Te guibia un legítimo deseo de comunión, de pertenencia, y encaraste dificultades y privaciones en el afán de crear universos donde tuviera cabida la esperanza.

"Nicaragua tan violentamente dulce como sus bruscos atardeceres cuando del rosa y del naranja se vira a un terciopelo verde y la noche cae llena de ojos de tigre, oliente y espesa" dijo Julio Cortázar. Y tú te uniste a la gente que ríe y te incorporaste, venciendo el cansancio de tus tareas y de tus obligaciones, al corte de café, a la cosecha del algodón, a la vigilancia revolucionaria, a las campañas de salud. En algunas temporadas regresaste a la capital en un camión militar —próxima la transparencia de la noche— cantando junto a ellos; junto a ellos recorriste los caminos de la montaña, inolvidables paisajes del sol y la mañana. Entonces el corazón te llenaba todo el pecho, se hinchaban tus venas de sangre caliente, muerta de plenitud, de un gozo antes no conocido. Afirmabas que habías aprendido a dominar la soledad y la añoranza. ¡Menuda soledad que conoció el barullo, los gritos, la furia del dolor, el amor y la desesperación! Además, el desgarramiento invariablemente estuvo allí, cuando volvías a tu país te sentías envuelta en la irreductible marginalidad de los retornos.

Llegas a Miguel Ángel de Quevedo, la entrañable calzada hoy tan semejante a las demás. La tarde avanza y se repliega sobre sí misma, grisácea, transida. Te invade una suave fatiga y te detienes pasando el peso del cuerpo de una pierna a la otra, como solías hacerlo en esta misma hora azul de tus vagabundeos por Chacón, Empedrado y Obis-

po o cuando atravesabas de la Avenida del Puerto al Malecón de una ciudad que alberga la huella de tus pasos, el heroísmo cotidiano de sus habitantes y tu amor de niña ingenua que pese a todo y a todos la seguirá amando.

Inicias la marcha de nuevo y estrujas ligeramente el sobre, tu mano tiembla al hacerlo como no tembló al restañar la sangre vertida en aquel mundo oscuro, misterioso, atorrador, hecho de temores y sufrimientos que es la guerra.

Y recuerdas: un viento de fuego lame las colinas, el sol calienta con mayor fuerza, desde el centro del pinar se esparce un perfume lánguido y acre. Cesa el zumbido de la cigarras y te encoges en la trinchera. Las hojas de los chilamates están inmóviles.

La futura commoción late en el reposo del aire. Después, un delirio de estallidos de olor a pólvora, tierra y humo, aullidos de ira y tormento, en el reino de la insensatez.

Más tarde vendrán las imágenes de las madres que permanecían toda la noche a la cabecera de los ataúdes, torturadas y mudas y tú con un ardor de lágrimas y de furia que no terminaba nunca.

¡Cuántos adioses para una sola vida!

¡Cuántos rincones del alma en los que el horror está aún visible, petrificado!

Doblas por Pacífico y arrecia el frío. ¡Añoras tanto el calor del trópico! Las olas pequeñitas de los mares templados que te atrapan y te mecen, los reflejos de plata antigua de la luna sobre el chaguíte y hasta tus pies hinchados y el sopor del mediodía de aquellas regiones que fueron territorios de tu dicha, de tu esfuerzo, del pesar y el desencanto.

Pero ahora, la luz mortecina de la tarde casi se ha ido, te abruma un gran agotamiento que a últimas fechas se presenta por todo y por nada. En la plaza de La Conchita te detienes; el sobre pesa, en el bolsillo, como el cubo de plomo que impedía el movimiento de la puerta de tu recámara infantil; te sientas en una banca, lo extraes de la chaqueta, lo abres, lo lees. En la escasa claridad distingues, sin errores, el significado mortal de los análisis médicos.

Ya estabas preparada. Sabes que ellas, tus hijas de aquí y de allá serán capaces de afrontar las edades nacientes, que tú ya eres sustancia viva que nutrirá sus vidas, que a la sombra de los encuentros y las despedidas se gestan los amaneceres y que no hay felicidad o infortunio sino felicidades e infortunios que conforman la textura del acontecer.

Reina la penumbra, el viento se ha quietado y tú continúas sentada en esta banca, rodeada por la vasta metrópoli, acompañada por tus muertos. A lo lejos escuchas voces, voces de otros días, de otros sueños, de otros años, voces... ◆

# ¿Se pueden "domar" las drogas?

HERMINIA PASANTES



Desde sus orígenes remotos, el hombre, curioso, descubrió las propiedades de hierbas, raíces y flores que no sólo alimentaron su cuerpo, sino también sus sueños: árboles cuyas hojas le hacían olvidar el cansancio y el hambre; pistilos o tubérculos que lo sumían en ensueños; hierbas que abrían sus sentidos a un mundo igual, pero a la vez distinto o a un universo lleno de fantasías.

En el ámbito de las drogas, el equilibrio entre la naturaleza y sus criaturas pudo haber permanecido en la medida, en el consumo ocasional, ponderado, limitado sólo a las ceremonias religiosas, o a alguna necesidad específica que así lo demandara. Pero el hombre y su tecnología, a la que es imposible frenar o detener, llevaron las cosas al extremo. Hurgando en las entrañas de las plantas inocentes, extrajeron las milésimas de milígramo de aquello que es responsable del ensueño, lo fueron separando de los tejidos de la planta y lo volvieron un cristal. Nacieron así la mescalina, la psilocibina, la cocaína. Otras veces, en una búsqueda con fines tal vez más nobles, los químicos crearon moléculas cuyo destino era curar, y en el camino entre probetas y matracas encontraron una molécula con dos caras, una simple, amigable, que, en efecto, aliviaba la tos, y otra, por el contrario, sofisticada, hechicera, con algo de malévolas, que hacía mucho más que calmar los espasmos de la laringe. Algo que se adentraba en los entonces desconocidos circuitos en los que se generan sentimientos casi privativos del hombre, el mundo de la autoestima, de la felicidad, del arrobo y del éxtasis. Y, curiosamente, los descubrimientos de las propiedades de ciertos elementos de la naturaleza son los que han llevado a darle a todos esos sentimientos, aparentemente etéreos, un sitio físico en el cerebro, un sustrato

en las moléculas de éste; a reducirlos ciertamente desde lo más abstracto hasta un lenguaje tan aparentemente simple como es el de las cargas eléctricas.

En efecto, el lenguaje de las neuronas es un lenguaje eléctrico. Los mensajes que una neurona recibe de muchas otras, y el mensaje que enviará en respuesta, constituyen un sistema de comunicación que en su fase terminal está codificado por señales eléctricas. La complejidad de la conversación entre las neuronas se genera a partir de diversos factores: el enorme número de neuronas que existen en el cerebro, organizadas en forma de complicadas redes; la multiplicidad de conexiones que una sola neurona puede establecer con otras, y, finalmente, los mecanismos químicos y moleculares que van a culminar con un cambio eléctrico y que son, en sí mismos, muy complejos. Un elemento clave de esa complejidad consiste en la peculiar organización de las células del cerebro, que en la actualidad resulta muy clara, pero que no lo era a principios del siglo y que incluso provocó polémicas entre los sabios de esa época. Santiago Ramón y Cajal, quien conjugaba en su persona el genio universal y la terquedad aragonesa, finalmente logró que la verdad se impusiera: encontró que las neuronas, en su

gran mayoría, no se tocan, sino que están separadas por un espacio que parece muy pequeño —así se advierte, incluso, a través de los potentes microscopios electrónicos—, pero que, en realidad, resulta insalvable para una carga eléctrica (aunque hay que hacer la aclaración de que en algunas neuronas en las que este espacio no existe, las cargas eléctricas sí pueden pasar de una neurona a otra; sin embargo, en el cerebro adulto estas conexiones directas son las menos). La incógnita sobre la manera en que viajan las cargas eléctricas de una neurona a otra fue resuelta al descubrirse que en el fenómeno interviene un mensajero, una molécula química enviada por la neurona que quiere hablar a aquella que quiere que la escuche. Al final de algunos procesos que pueden ser simples o complicados, como se señalará brevemente después, el mensajero termina por hacer que se muevan las cargas eléctricas y que, así, la neurona entienda lo que su vecina quería decirle.

### *¿Cómo funcionan los mensajeros químicos?*

Las neuronas tienen formas que van desde las muy simples, que sólo cuentan con el cuerpo celular y una o dos prolongaciones, hasta las constituidas por estructuras complicadísimas con cientos de ramificaciones primarias y secundarias; pero siempre tienen una prolongación especializada, el axón, mediante el cual establecen contacto con las otras neuronas. El mensaje se puede recibir en muchas zonas de la neurona: el cuerpo celular, el trayecto y/o la punta de las ramificaciones, pero el envío de su propio mensaje tiene lugar siempre a través del axón, en particular por medio de una estructura especializada conocida como botón sináptico o presinapsis. Ésta forma parte de una entidad anatomo-fisiológica, la sinapsis, que está constituida por la presinapsis —en la neurona que envía el mensaje—, el espacio sináptico y la región postsináptica —en la neurona que lo recibe—. Los mensajeros químicos se encuentran almacenados en la presinapsis, en el interior de pequeñas vesículas que, al recibir una señal eléctrica producto de la suma integrada de todos los mensajes que esa neurona recibió, se movilizan para establecer el puente entre esa neurona y aquella con la que se va a comunicar. Para ello, los mensajeros salen de las vesículas, llegan al espacio sináptico y se conectan en la región postsináptica con moléculas (proteínas) muy específicas y complejas, los receptores. La interacción neurotransmisor-receptor podría considerarse, en términos simplistas pero útiles, como la interacción de una llave con la cerradura. Si la llave es

la correcta, la cerradura se abrirá, y los iones (moléculas cargadas eléctricamente) que se encuentran afuera de la célula podrán entrar o los que están adentro podrán salir, proceso que cambia el sistema eléctrico de la neurona permitiéndole comprender los mensajes que recibió.

Considerando el número enorme de comunicaciones que se establecen entre las neuronas (millones de millones), en realidad el número de neurotransmisores resulta muy pequeño. Es difícil comprender cómo sólo unas cuantas decenas de moléculas pueden tener a su cargo todas las funciones del cerebro. Poco a poco se está descubriendo que, por ejemplo, los receptores para un mismo neurotransmisor no son todos iguales y que existen numerosos subtipos que se localizan en distintas regiones del cerebro, en las que el mismo neurotransmisor hace que las neuronas lleven un mensaje a los músculos, para crear movimientos armónicamente integrados, o que lleven el mensaje a otras neuronas que tienen a su cargo generar sentimientos complejos, como la agresividad, la sensación de hambre o la euforia. El mensajero fue el mismo, pero el receptor no, como tampoco lo fueron las neuronas que estaban conversando.

Otros mecanismos que también modulan la comunicación entre las neuronas a través de los mensajeros químicos son aquéllos encargados de remover el exceso de transmisor, una vez terminada su función en la sinapsis. Esto se hace mediante una molécula transportadora, específica para cada neurotransmisor que, en forma muy rápida y eficiente, lo conduce a través de las membranas celulares de nuevo hacia adentro de las neuronas o de otros tipos celulares contiguos. Esto interrumpe de inmediato la conversación entre las neuronas mediada por ese neurotransmisor. Una vez dentro de la neurona, el exceso de neurotransmisor se destruye.

### *¿Qué tiene que ver todo esto con las drogas psicoactivas?*

Este artículo se referirá a las drogas psicoactivas capaces de generar cambios en el estado de ánimo de quien las recibe, y tratará sólo de algunas de ellas, cuyas acciones se conocen mejor: las drogas estimulantes, como las anfetaminas, la cocaína y la morfina. Éstas tienen la ventaja de ser moléculas sencillas; al analizarlas, fue relativamente fácil advertir en ellas una clara similitud con algunos neurotransmisores, lo que proporcionó una clave para la búsqueda de sus acciones en el cerebro. Otras drogas, como la marihuana, plantean al investigador el problema de que la hierba que se ingiere o se fuma contiene muchas es-

pecies químicas con actividad psicotrópica. Hay que considerar que las drogas psicoactivas son sustancias ajenas al individuo, que formaron las plantas o las flores, quién sabe para qué, o que se generaron en laboratorios químicos, ya sea por azar o con un objetivo explícito. El que puedan actuar en el cerebro de un individuo de la especie humana sólo puede entenderse en función de su semejanza con una molécula que el propio cerebro tiene para cumplir una función específica. En el caso de la cocaína y las anfetaminas, el parecido es muy obvio con un neurotransmisor muy estudiado, la dopamina. Habiéndose descubierto esta semejanza, no fue difícil para los neuroquímicos y los neurofisiólogos examinar sus efectos precisamente en las sinapsis en las que actúa este neurotransmisor y detectar cómo se modifica su funcionamiento cuando se exponen a estas sustancias ajenas.

Lo que hacen las anfetaminas y la cocaína es alterar en diversos niveles los sitios de regulación de la cantidad de dopamina que se libera al espacio sináptico, así como el tiempo que permanece en él, con posibilidad de establecer contacto con el receptor. Las anfetaminas tienen un efecto más complejo, ya que incrementan la liberación de la dopamina y reducen la eficiencia de su transportador, con lo que aumenta la cantidad y el tiempo que está presente en el espacio sináptico. El efecto es, entonces, una exacerbación de la comunicación entre las neuronas que manejan la dopamina. En el caso de la cocaína, su efecto parece estar circunscrito al bloqueo del transportador, pero el resultado es el mismo, es decir, una prolongación de la comunicación entre las neuronas. La morfina y la heroína actúan directamente activando un receptor, más específicamente el subtipo  $\mu$ , de otro neurotransmisor, un péptido opioide (cuyo nombre deriva, de hecho, de su similitud con los derivados del opio) y que podría considerarse la morfina endógena. Su efecto es como el de una llave falsa que estuviera mejor construida que la original para accionar la cerradura, dando como resultado una conversación más intensa y más prolongada entre las neuronas que usan ese neurotransmisor para su comunicación. Como las neuronas están conectadas a través de circuitos, un efecto secundario de la morfina y la heroína se ejerce también, indirectamente, sobre las neuronas que usan la dopamina como neurotransmisor, simulando en algunos aspectos los efectos de la cocaína y las anfetaminas.

Los cambios debidos a la acción de los psicoestimulantes no ocurren en todas las zonas del cerebro en las que las neuronas funcionan con la dopamina y los opioides,

sino que están particularmente ubicados en una serie de vías neuronales que se conocen en conjunto como circuito de recompensa, que en condiciones normales está vinculado muy directamente a la génesis y la modulación de la conducta emotiva. Es en esta red neuronal en donde se unen las drogas con más facilidad que en otras. La identificación de este circuito y la demostración de su coincidencia con los sitios de acción de las drogas psicoestimulantes se han podido establecer gracias a un hecho muy interesante, como es el que animales aparentemente tan poco susceptibles de tener sentimientos de autoestima, éxtasis o felicidad, como son las ratas de laboratorio, tienen el mismo apetito por las drogas que cualquier individuo de la especie humana. Cuando se les da la oportunidad de autoadministrarse una de estas drogas, ya sea por medio del agua que beben o inyectándosela ellas mismas a través de un sistema automatizado, lo hacen con el mismo interés que los adictos, despreocupándose de la comida y de otros aspectos menores de la realidad, ante la posibilidad de procurarse placeres más sofisticados. Afortunadamente, presentan los mismos síntomas de adicción y tolerancia que los humanos, por lo que este modelo es obviamente utilísimo para el estudio de cualquier fármaco o procedimiento experimental tendiente a diseñar métodos terapeúticos o de control en el abuso de los psicoestimulantes.

Todas estas investigaciones no sólo han permitido conocer cómo funcionan las drogas sino que, recíprocamente, han llevado a una conclusión que a algunos puede parecerles chocante, pero que tiene una lógica irrefutable: si las sustancias químicas externas que modifican la comunicación de neuronas del cerebro, organizadas en circuitos bien definidos, traen como consecuencia un cambio notable en la conducta emocional, entonces esas neuronas y esos circuitos deben ser los que generan tales conductas, aun las más complejas. Esto se acepta sin mucho problema cuando se habla, por ejemplo, de los efectos de las drogas sobre neuronas y circuitos que tienen que ver con la supresión del sueño o del apetito, e incluso cuando se dice que también pueden incrementar la capacidad de trabajo y la concentración mental; sin embargo, el asunto se vuelve delicado cuando se analizan aspectos muy subjetivos como la autoestima, la relación con los otros, la felicidad, la mística... que normalmente no estamos acostumbrados a asociar con la pura y simple química del cerebro. Pero no hay duda de que sí existe una relación, y de que por medio de una manipulación farmacológica

puede pasarse de la disforia a la euforia, de la depresión a la motivación, de la gris cotidianidad a un mundo alucinante.

Una vez aceptado esto, puede preguntarse si hay algo de malo en ello. ¿En qué perjudicaría que, en caso necesario, se pudiese incrementar a voluntad nuestra capacidad y eficiencia en el trabajo? ¿No sería muy agradable poder disfrutar al final del día de la sensación de equilibrio con el universo que proporciona una pipa de opio? En este momento la respuesta es muy simple: es posible hacerlo, pero a riesgo de perder el control de nuestros actos, desviar el rumbo de nuestra vida y caer en estados esquizoides y psicóticos irreversibles. No hay duda, entonces, de que es un riesgo que no se puede aceptar. Pero el punto es si tiene que ser siempre así, fatalmente, o si la ciencia puede hacer algo para separar lo bueno de lo malo, la ventaja de la desventaja. Desafortunadamente, por lo que conocemos hasta ahora, esto puede ser posible pero ciertamente es muy difícil. Y lo es, para comenzar, porque los efectos más negativos de estas drogas, que son la adicción, la tolerancia y la abstinencia, tienen que ver con uno de los aspectos más difíciles y desconocidos de la función cerebral: la capacidad de las neuronas para adaptarse a situaciones nuevas, lo que se describe como plasticidad. En efecto, al recibir en forma constante una droga que interactúa con sus mecanismos normales de funcionamiento, las neuronas cambian sus características para adaptarse a este nuevo estado. Esta adaptación no se restringe a las neuronas directamente afectadas, sino que también modifica el funcionamiento de los circuitos de los que forman parte estas neuronas. Los cambios pueden ser sutiles y progresivos, pero acaban por formar parte de la fisiología del adicto, quien entonces, para conservar esa nueva "normalidad", se vuelve irremediablemente dependiente de la droga. Estas modificaciones pueden comenzar a explicar los efectos de adicción y abstinencia que, como se sabe, están muy relacionados entre sí.

Queda claro que para poder hacer un manejo racional de las drogas es indispensable tener un profundo conocimiento de las moléculas afectadas: los receptores y sus mecanismos de transmisión de señales para el caso de la morfina, los transportadores en el de la cocaína y los mecanismos de liberación de los neurotransmisores en el caso de las anfetaminas. Para ello, los investigadores buscan fármacos que puedan interactuar con los receptores de la dopamina y de la morfina de forma tal que no cancelen del todo la interacción del neurotransmisor con

el receptor y que no tengan efectos peores que los de las propias drogas. Es decir, se tratan en forma eficaz los problemas asociados a la adicción y a la sobredosis. Si uno de estos fármacos bloquea por completo la acción de la droga, puede contribuir a resolver un problema agudo de intoxicación, pero para eliminar paulatinamente la adicción deben usarse procedimientos menos extremos.

De los estudios realizados hasta la fecha se desprende que los efectos adversos de las drogas psicoactivas guardan relación con un proceso complejo de adaptación de las neuronas a la nueva situación, que involucra los mecanismos más básicos de la transmisión sináptica y la plasticidad neuronal. Un mejor conocimiento de estos mecanismos y de las modificaciones que sobre ellos ejercen las drogas llevaría a pensar en la posibilidad de modificarlos a voluntad, mediante herramientas farmacológicas que permitan: 1) resolver de inmediato los problemas agudos causados por un consumo excesivo; 2) suavizar los efectos adversos de la abstinencia que, por ejemplo, en el caso de la morfina, producen un importante grado de dolor, ya que los mecanismos a través de los cuales actúan la morfina y la heroína fisiológicamente tienen que ver con los mecanismos de control del dolor (hay que recordar que la morfina es todavía el mejor analgésico), y 3) conducir a lo que es en esencia el mensaje de este artículo: poder manejar a voluntad el uso de las drogas, utilizando sus propiedades para mejorar la calidad de vida del individuo sin que sea esclavo de la necesidad y sin que sufra las consecuencias funestas que en este momento conlleva su uso. En suma, poder hacer uso, sin abuso, de las drogas psicoactivas.

Este, que sería el auténtico, por científico, "control de las drogas", podría alcanzarse en el futuro. Sin embargo, una situación de esta naturaleza requiere salvar grandes obstáculos, además de los propiamente científicos. Por una parte, intervienen los intereses económicos de todas aquellas personas vinculadas al negocio de las drogas hasta ahora consideradas ilícitas, que harán todo lo necesario para no perder su beneficio, sin importarles lo que ello pueda acarrear en términos de degradación, violencia y crimen. Por otra, se plantea un problema que podría tal vez calificarse de moral, que no por ser más sutil resultará más fácil de contrarrestar: el profundo sentido de culpabilidad que algunas sociedades puedan tener por el hecho de obtener un beneficio, que en el caso de las drogas estaría estrictamente situado en el placer, sin tener que pagar moralmente por ello. Éstos pueden ser, al final, obstáculos aun más insalvables que los propios retos científicos. ♦

# Tlazolteotl: lo *bio-degradable* y los *bio-agradable* en el México antiguo

PATRICK JOHANSSON K.

Entre los problemas más graves que conlleva el actual desarrollo tecnológico se encuentra, sin duda, el de los desperdicios y la contaminación ambiental. En un mundo reificado, como lo es el moderno, el tratamiento de dichos problemas no trasciende el estrecho marco axiológico de lo utilitario o del bienestar, y no llega hasta los niveles más profundos del ser. La distinción gramatical entre *ser* y *estar* expresa, en este contexto, una peligrosa divergencia con valor ontológico entre lo que atañe a las relaciones del hombre con el mundo y su presencia en él.

La ecología ha dejado de ser, desde hace mucho, un problema religioso (en el sentido etimológico del adjetivo, es decir que ‘reúne las cosas entre ellas’) y ha dejado por tanto de constituir un factor *esencial* de la integración armónica del hombre con su entorno natural. Hoy el reciclaje de lo usado o deteriorado, la fabricación de productos biodegradables, el enterramiento de desechos nucleares y más generalmente las medidas para el mejoramiento del ambiente tienen fines prácticos de corto alcance. Representan, en el mejor de los casos, estrategias de limpieza ambiental sin alcance ontológico que no reubican funcionalmente al hombre en el ciclo de la vida.

Muy distinta era la ecología en la época precolombina, primero porque el indígena mesoamericano no tenía todavía el prometéico poder de elaborar productos no biodegradables y luego porque los desechos propios del quehacer de su colectividad eran “procesados” en términos religiosos e integrados a la totalidad cultural. Lo viejo, lo deteriorado, lo catabolizado, lo descompuesto y lo sucio, a la vez que se regeneraban naturalmente, se renovaban culturalmente mediante mecanismos cognitivos del saber mítico-religioso.

Entre estos mecanismos, los modelos que establecían los ciclos naturales, ya fuesen astrales, vegetales o alimenticios, así como el comportamiento ejemplar de los dioses, fungían como ejes de estructuración cognitiva de una dispersa y problemática pluralidad fenoménica.

En la totalidad cognitiva, así configurada, lo viejo, lo deteriorado, lo sucio, lo excrementicio se conjugaban con la vejez, el pecado (o mejor dicho la falta de éste), la noche y la muerte, en una entropía involutiva que se veía mitológicamente redimida por una regeneración evolutiva de todo cuanto fenece.

## Entropía y muerte en el mundo náhuatl precolombino

En un mundo donde la vida (*yoliztli*) surge del movimiento (*ollin*), la entropía o pérdida progresiva de energía es letal. Por tanto el *ethos* indígena precolombino elaboró, mediante una intrincada red simbólica, una cultura que preveía el “reciclaje” periódico de todo lo existente.

Cada noche, el sol, al pasar por las entrañas regeneradoras de la madre tierra, cobraba una fuerza que le permitía seguir alumbrando al mundo. Asimismo, el movimiento vital del astro rey se regeneraba cada 52 años en la ceremonia del Fuego Nuevo, también llamada ‘atadura de años’ (*xiuhmolpili*). Se pensaba que después de haber recorrido el espacio-tiempo correspondiente a cuatro trecentas de años, cardinalmente ubicados, el sol podría padecer una peligrosa entropía y cesar su movimiento giratorio, con lo que dejaría el mundo en el caos de las tinieblas primordiales. El fuego ctónico (referente a la tierra) que se saca-

ba con los *tlecualhuatl*, 'bastones de fuego', sobre el pecho abierto de una víctima tendía a regenerar, simbólicamente, el numen helíaco.

Ya fuera diaria, anualmente o en un periodo de 52 años, el ciclo solar se dividía en fases distintas de actividad y de renovación. Para lo que concierne al sol, su "existencia" comenzaba en el este, culminaba en el sur y terminaba en el oeste, lugar donde penetraba en las fauces telúricas de Tlal-tecuhtli. Del oeste al este recorría los espacios sombríos y maternos del inframundo, lugar de la muerte, Mictlan, donde se regeneraba para volver a nacer en el este. A esta dialéctica existencia/muerte, se añadía la integración complementaria de las fases respectivamente evolutivas e involutivas del ciclo solar. Del nadir al cenit o desde el solsticio de invierno hasta el solsticio de verano el sol subía. A partir de este apogeo uráneo, ya fuese cotidiano o anual, iniciaba su descenso involutivo y entrópico hacia las entrañas regeneradoras de la tierra.

La luna tenía un ciclo mensual que se conjugaba con el ciclo solar en los calendarios indígenas. Dicho ciclo se componía de una fase evolutiva: creciente, una fase involutiva: menguante y un periodo de regeneración: luna nueva. El trabajo o las actividades agrícolas de una comunidad indígena se llevaban a cabo en función de las fases de la luna.<sup>1</sup> Las labores relacionadas con alguna forma de crecimiento se efectuaban en luna creciente, mientras que la cosecha, la poda y demás tareas que implican una disminución entrópica, se realizaban en luna menguante. La colectividad indígena regía su vida por los movimientos del mundo.

El planeta Venus, estrella de la tarde o de la aurora, también tenía un ciclo que implicaba una entropía y una subsiguiente regeneración. Cuando Venus, el sol y la luna entraban en conjunción, cada ocho años solares (cinco años venusinos), en los meses de *quecholli* o *tepeilhuitl*, se realizaba una fiesta llamada *atamalcualiztli*, 'comida de tamales de agua', en la cual se cocía el maíz sin cal ni sal para que descansara. Durante el ritual, un danzante que encarnaba el sueño inducía coreográficamente el reposo del maíz.<sup>2</sup> El sueño reparador daba nuevas fuerzas al grano para otros ocho años. Además, se enterraban frente al granero (*cuezcomate*) a los niños pequeños que morían, no sólo porque ellos iban al

Cincalco, 'la casa del maíz', donde se amamantaban del árbol de las tetas (*chichihualcuahuitl*), sino también porque proporcionaban su energía anímica al grano allí guardado.

Las fases del ciclo vegetal seguían el modelo evolución/involución establecido para los astros. Las plantas crecían, daban su flor y su fruto cuando culminaba su evolución, antes de iniciar su proceso involutivo de degradación orgánica y fenece.

Las estaciones también se integraban de manera dialéctica en un fértil antagonismo. Al periodo de verdot, *xopan*, periodo de crecimiento vegetal, sucedía *tonalpan*, el periodo involutivo de sequía durante el cual se realizaba la cacería. La muerte animal buscaba regenerar simbólicamente lo vegetal, y evitar así el sentimiento doloroso de una entropía irreversible de la planta.<sup>3</sup>

La entropía de todo cuanto existe conduce inevitablemente a la muerte. Sin embargo, en el mundo náhuatl precolombino, la muerte no representa el fin último de las cosas sino una transición hacia otro estado u otra fase de un ciclo. De hecho, la única muerte que temían los antiguos mexicanos era la muerte de esta matriz de vida que constituye el mundo. Temían que se detuviera el sol, que ocurriera un cataclismo universal y que el mundo se hundiera en las tinieblas. La muerte de lo existente, si bien se lamentaba, se entendía que se "procesaba" ecológicamente reintegrándose el (lo) difunto a la totalidad orgánica del mundo.

Cabe recordar aquí que la vida humana surgió de las entrañas de la muerte cuando Quetzalcóatl penetró en el vientre materno del Mictlan, con lo que engendró al primer hombre.

A partir del momento de la fecundación hierogámica (sagrada), la cual establece un modelo ejemplar para los hombres, el ser se *eleva*, crece primero dentro de la telúrica materia, nace, sigue creciendo en el espacio tiempo existencial, pasa las etapas del destete y la pubertad, para culminar, como un sol en el cenit, en el acto sexual que le asegura, de cierta forma, la continuidad ontológica. Esta fase evolutiva del ser es una fase de estructuración, de crecimiento, de anabolización. Como el sol, pasado el mediodía, el ser *baja*, emprende su descenso involutivo. Ha dado su flor, su fruto, pasó por la etapa crítica de la menopausia o la andropausia y se acerca ineludiblemente al poniente de

<sup>1</sup> Hoy en día muchas colectividades humanas suelen realizar actividades que implican un crecimiento o una evolución en el cuarto creciente de la luna, mientras que la castración de animales o la poda de los árboles se efectúan en el cuarto menguante.

<sup>2</sup> Códice māritense del Palacio real, facsímile de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, 1907, f. 254r.

<sup>3</sup> Cfr. Patrick Johansson, "Cantos precolombinos de cacería en su matriz mítico-ritual", en *Literatura Mexicana*, vol. IX, UNAM, 1998, en prensa.

su vida, como el astro rey cuando llega el crepúsculo. Un aforismo náhuatl expresaba magistralmente este hecho:

*Onvetztiuh y Tonatiuh. Anoço noconaquiuhuih y Tonatiuh. q. n. ye niveye ye nilama.*<sup>4</sup>

“Va cayendo el sol” o “meto al sol”. Quiere decir: ya soy viejo, ya soy vieja.

Así como salió un día de la esencia materna para existir, el hombre, ya anciano, sale del ámbito diurno existencial para reintegrarse orgánicamente al vientre materno. Al pasar de existencia a muerte emprende la última etapa de su vida: la degradación orgánica iniciada cuando empezó, después del apogeo de su ciclo vital, su descenso involutivo hacia la muerte.

El envejecimiento progresivo constituye una degradación letal y la fatídica transición de existencia a muerte no representa el fin de todo, como lo es para el mundo cultural cristiano. Ya muerto, el ser sigue su ciclo vital con la descomposición orgánica del cadáver, que termina, cuatro años después (si no hubo cremación), con la perfecta descarnación del elemento perenne: el hueso. Totalmente despojado de su envoltura carnal, el ser óseo que perdió progresivamente en este recorrido involutivo su nombre propio para volverse “ancestro” está listo para renacer orgánicamente a otra existencia.

*Oc ceppa iuhcan iez, oc ceppa iuh tlamanjz in jqun, in canjn.*

*In tlein mochiaoia cenza ie vecauh, in aiocmo mochiao: auh oc ceppa mochiaoaz, oc ceppa iuh tlamanjz, in juh tlamanca ie vecauh: in iehoantin, in axcan nemj, oc ceppa nemjzque, iezque.*<sup>5</sup>

Otra vez así será, otra vez así se acostumbrará hacer en algún momento, en algún lugar.

Lo que se hacía ya hace tiempo, no se hace y otra vez se hará, otra vez así se acostumbrará hacer como se hacía hace tiempo. Los que viven hoy otra vez vivirán, serán.

El ser que empezó a morir cuando pasó de existencia a muerte termina su proceso de tanatomorfosis cuando llega al estado óseo. En este momento-lugar situado en el nadir de su ciclo vital, el ser óseo se ve fecundado por la sangre fértil del pene de Quetzalcóatl y emprende un nuevo ascenso desde las profundidades matriciales del Mictlán o del vientre materno, hacia un nuevo amanecer.

La entropía que presentó la fase involutiva del ciclo vital fue redimida por la fecundación de un elemento óseo perenne simbólicamente inmarcesible y directamente relacionado con el acto sexual. Lo *bio-degradable* se vincula aquí estrechamente con lo *bio-agrable*, lo tanático con lo erótico.

### **Escatología precolombina: excremento y muerte**

Entre todos los ciclos donde se manifiesta una fase evolutiva energética y otra involutiva y entrópica, el alimenticio fue probablemente el que generó el subsistema simbólico más complejo. La anabolización del alimento y su subsecuente catabolización determinaron, en la cultura náhuatl precolombina, una estructuración paralela isomorfa a la del ciclo vital del hombre.

Conviene, antes que nada, considerar la palabra *escatología*, que define de manera sustantiva lo excrementicio, y su voz homónima, la cual evoca el destino *posmortem* del hombre. La filiación etimológica de la primera acepción remite al vocablo griego *scatos*, ‘excremento’, mientras que el origen de la segunda está en la palabra griega *eschatos* que significa ‘último’. La tendencia marcada de la lengua española a colocar una e protética en las palabras que comienzan con una s hizo que lo que debería haber permanecido como *scatología* se volviera *escatología*, homónimo singular del término que evoca el destino del difunto.

Ahora bien, si la convergencia homónima de los dos conceptos no representa más que un avatar diacrónico en la evolución de las dos palabras, parece existir una relación paronímica —si no etimológica— altamente significativa entre los vocablos griegos *eschatos* y *scatos*. De ser así tendríamos, a nivel de la competencia lingüística helénica, una relación semántica potencial entre la fase excrementicia del ciclo alimenticio y la degradación tanatomorfa de un cadáver, expresada por una prosopopeya mitológica que mantiene al difunto durante un tiempo en vida espiritual.

La lengua náhuatl, que diferencia la vida, *yoliztli*, de la existencia, *nemiliztli*, no parece relacionar el recorrido es-

<sup>4</sup> Códice florentino, libro I, facsímile elaborado por el gobierno de la República mexicana, Giunte Barbera, México, 1979. (Testimonios de los informantes de Sahagún) Addendum II.

<sup>5</sup> Op. cit., libro 6, capítulo 41.

catológico del difunto con el proceso excrementicio del alimento. La idea de *destrucción* y *aniquilación* se encuentra sin embargo presente en los dos conceptos. La muerte es ante todo un fenecer:

Zan yuhqui tlacuilolli  
ah tonpupulihui  
Zan yuhqui xochitl  
in zan toncuetlahui  
ya in tlaltecipac.<sup>6</sup>

Como pintura  
nos iremos borrando  
Como una flor  
hemos de secarnos  
sobre la tierra.

El término general para excremento, *cuitlatl*, concierne no sólo a las heces sino también a todas las secreciones, ya sean animales, vegetales o minerales. *Moco* se dice *yacacuicatl*, literalmente 'el excremento de la nariz', mientras que *oro*, *teocuitlatl*, o sea 'la excrecencia divina' (o solar).<sup>7</sup> Sin embargo, la palabra en náhuatl para referirse a la materia fecal es *xixtli* y para la orina *axixtli*, voces cuyo radical evoca la idea de descomposición, desestructuración: *xixitica*, 'degradarse, destruirse'; *xixitini*, 'dispersar, desertar, esparcir una cosa'.<sup>8</sup>

Si bien ninguna fusión homónima o convergencia paronímica vinculan directamente el excremento con la muerte en la lengua náhuatl, el discurso iconográfico de los códices muestra una relación a veces isomorfa entre lo escatológico-alimenticio y lo escatológico-religioso. El elemento común a los dos es sin duda alguna el carácter entrópico de los procesos y la necesidad imprescindible de regenerar a nivel simbólico tanto el alimento catabolizado como el cadáver, cuando termina el proceso involutivo. Este concepto se aplica además a todo cuanto ha existido y ha perdido por tanto energía o ha sido ensuciado. Lo sucio y su equivalente moral, la falta, constituyen, en el mundo náhuatl precolombino, más un peligroso debilitamiento anímico que un "pecado". De hecho la palabra en náhuatl para *falta*, *tlacollí*, denota lo roto, lo descompuesto (*ihtlacauh*), y no es

<sup>6</sup> *Romances de los señores de la Nueva España*, manuscrito de Juan Bautista Pomar (Tezoco 1582), paleografía, versión y notas de Ángel María Garibay, Porrúa, México, 1964, ff. 35v.-36r.

<sup>7</sup> El radical *-teo* de *teotl*, 'divino', remite frecuentemente a la divinidad por excelencia: el sol.

<sup>8</sup> Cfr. Rémi Siméon, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, Siglo XXI, México, 1977.

de índole exclusivamente ética. La falta no será entonces "redimida" como en el mundo cristiano sino regenerada, como si fuera el producto escatológico de una descomposición.

Muchas son las escenas de coprofagia que aparecen en los códices, sobre todo en los libros divinatorios llamados *tonalamatl*. En dichas escenas, un personaje come excremento mientras que la materia fecal que sale de su cuerpo es recibida por una divinidad, ya sea Tezcatlipoca, Mictlante-cuhtli, el dios de la muerte, u otra divinidad. Algunas láminas, como la 13 del *Códice Borgia*, establecen un paralelismo gráfico entre una escena de coprofagia y la "ingestión" de un bullo mortuorio (que contiene el cadáver) por parte de la tierra: *Tlaltecuhtli*.

La colocación de un bullo mortuorio o, en otros contextos, de un personaje desnudo (probablemente penitente) en las fauces de un monstruo telúrico no es una simple alegoría sino la expresión pictórica de una pulsión y su configuración religiosa eminentemente funcional.

En el excremento arrojado se encuentra la "quintaesencia" del alimento consumido y del ser que lo consumió. En lo que concierne al cadáver, lo que permanece después de su cremación en la tierra<sup>9</sup> es el hueso, materia prima para la elaboración divina del hombre y estado último de su ciclo orgánico. El producto remanente de la digestión del alimento contiene un elemento anímico intangible que se regenera en la coprofagia mientras que lo que permanece del cadáver después de su desintegración involutiva en la tierra, el hueso, reencarna<sup>10</sup> después de ser fecundado por la sangre del pene de Quetzalcóatl. En ambos casos un impulso vital de índole erótica-evolutiva recicla el producto remanente de un movimiento involutivo-tanático.

### *Tlazolteotl, la diosa del amor y de las inmundicias*

Entre las deidades que aluden de un modo u otro tanto a lo viejo y lo excrementicio como a la muerte figura la diosa-madre Tlazolteotl. Sahagún la describe como sigue:

Esta diosa tenía tres nombres: el uno era que se llamaba Tlazolteotl, que quiere decir la diosa de la carnalidad; el se-

<sup>9</sup> La costumbre en una cierta época y en ciertos lugares de cremar los cadáveres no invalida la hipótesis aquí emitida. La cremación no hace más que acelerar el proceso y obtener el elemento perenne: el hueso, en un tiempo reducido.

<sup>10</sup> No es el difunto el que reencarna como en la India sino la materia orgánica que genera un nuevo ser.

gundo nombre es Ixquina: llamábanla este nombre porque decían que eran cuatro hermanas: la primera era primogénita o hermana mayor, que llamaban Tiacapan, la segunda era hermana menor que llamaban Teicu, la tercera era la de en medio, la cual llamaban Tlaco, la cuarta era la menor de todas, que llamaban Xucotzin. Estas cuatro hermanas decían que eran las diosas de la carnalidad. En los nombres bien significa a todas las mujeres que son aptas para el acto carnal.

El tercer nombre de esta diosa es Tlaelquani; que quiere decir comedora de cosas sucias, esto es, que según decían, las mujeres y hombres carnales confesaban sus pecados a estas diosas, cuanto quiera que fuesen torpes y sucios, que ellas los perdonaban.

También decían que esta diosa, o diosas, tenían poder para provocar a lujuria y para inspirar cosas carnales, y para favorecer los torpes amores; y después de hechos los pecados decían que tenían también poder para perdonarlos, y limpiar de ellos perdonándolos, si los confesaban a los sus sátrapas, que eran los adivinos que tenían los libros de las adivinanzas y de las venturas de los que nacen, y de las hechicerías y agüeros, y de las tradiciones de los antiguos que vinieron de mano en mano hasta ellos.<sup>11</sup>

Más allá de las consideraciones algo tendenciosas y moralizantes del ilustre etnógrafo franciscano, se revela el carácter dual de la diosa. Tlazolteotl representa la integración vital de la evolución erótica *a-gradable* y de la involución tanática *de-gradable*. Su mismo nombre entraña esta fusión fértil de antagonismos irreconciliables para el mundo cristiano. En efecto, el nombre Tlazolteotl se compone de *tlazol*(*li*), ‘inmundicia’, y *teotl*, ‘divinidad’; con esto, queda expresado su carácter escatológico; sin embargo, en el palimpsesto sonoro del nombre se advierte el radical *tlazo*, raíz verbal y conceptual de lo precioso, lo preciado, lo bueno y el amor. El hecho de que Sahagún reduzca el *eros* indígena a la carnalidad y a la lujuria constituye una interpolación interpretativa que desvirtúa probablemente lo expresado por los informantes.



Tlazolteotl

Tlazolteotl consume las inmundicias, es decir lo viejo, lo deteriorado, la falta, lo sucio, lo excrementicio, lo putrefacto, el cadáver, lo cual regenera en la dimensión anagénica de su ser divino. El resultado de este proceso digestivo-genésico es lo nuevo, lo bueno, lo limpio, el alimento, lo sano y la existencia. Mientras que los hombres comen lo bueno y defecan lo malo o lo sucio, la diosa come lo malo o sucio y defeca (o pare) lo bueno.

La lámina 13 del Códice borbónico muestra al numen regenerador náhuatl en una postura de parto, comiéndose una codorniz. La codorniz, *zollin*, además de ser un ave vinculada con el mundo de la muerte, expresa mediante la primera sílaba de su nombre, *zol*, lo viejo y lo de-

teriorado.<sup>12</sup> A la vez que devora el ave que espantó a Quetzalcóatl cuando éste se encontraba en el inframundo y provocó asimismo su muerte y por extensión la muerte ineludible de los hombres,<sup>13</sup> Tlazolteotl ingiere lo sucio y viejo implícitos en el nombre del volátil (-*zol*). El resultado de esta ingestión simbólico-religiosa lo constituye un ser pulcro que parece salir de sus entrañas reproductoras más que digestivas.

La relación entre lo comido y lo parido es una constante en el pensamiento religioso. Basta recordar el nacimiento partenogénico de Quetzalcóatl, el cual resultó de la deglución de un *chalchihuitl*, ‘piedra de jade’, por su madre Chimalma, para convencerse de ello. El *chalchihuitl* es al aparato digestivo de la diosa lo que la sangre del pene de su hijo será para los huesos: un principio masculino de fertilidad.

Lo digestivo y lo obstétrico, el agrado alimenticio y el placer genésico se penetran mutuamente en la gestación simbólica del ciclo regenerativo náhuatl. A su vez, lo excrementicio y la putrefacción del cadáver resultan isomorfos.

Tlazolteotl, la diosa náhuatl del amor y de las inmundicias, ilustra magistralmente la necesidad que tiene el hombre de incorporar los aspectos pútridos de su ser a los más nobles en aras de la continuidad vital. ♦

<sup>12</sup> El sufijo -*zol* yuxtapuesto a un sustantivo denota lo viejo o lo deteriorado de lo que dicho sustantivo expresa.

<sup>13</sup> Cfr. P. Johansson, “Análisis estructural del mito de la creación del sol y de la luna en la variante del Códice florentino”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas- UNAM, vol. 24, México, 1994.



### **tres pedazos de limón**

bellísimo percance

inimaginable cuerpo perdido y en su lugar la consecuencia es el  
lucimiento

tres pedazos

no iguales sí igualmente negados a la intemperancia que pretende  
volverlos a juntar borrarlos      tres luminarias húmedas cartografías de flora surcadas  
por netos costurones esplendentes

tres astros verdes

hinchidos de agua

sólo por ellos mismos navegable.

### **entre dos silencios**

la voz se dijo para oír decir

lo dicho permaneció

entre dos silencios

presto a la captura el interin de las dos hablas resuella nada ocurre

¿a cuál silencio le toca

responder?

# Todas las fronteras

DAVID MARTÍN DEL CAMPO

## Radio Sprinkle

No habíamos dormido nada, casi nada. Era julio de 1971 y nos aproximábamos a Nogales desde el sur. La primera noche fue en Mazatlán, dentro de un edificio en construcción, en *sleeping bags* y sobre el duro concreto del piso. Claro, teníamos 19 años y el mundo nos pertenecía. Nuestro destino final era la ciudad de Los Ángeles y viajábamos en un *volkswagen* sin clima artificial.

¿A qué íbamos? ¿Qué obsesión se había apoderado de nuestros corazones?, porque para entonces, ya no era ilusión visitar la Disneylandia de Anaheim. Queríamos cruzar la frontera, aventurarnos en territorio desconocido, vacacionar en los Estados Unidos durante lo que restaba del verano.

Ahí estábamos, pues, esa madrugada en el motel de Nogales a punto del amanecer. Era necesario descansar un poco, tener una siesta mínima, lavarnos. El administrador nos permitió ocupar el cuarto que acababa de abandonar una pareja, con las sábanas tal cual y por cinco dólares.

En tres horas fuimos hombres nuevos; es decir, dormimos un rato, nos rasuramos, nos pusimos camisas blancas —dejan una mejor impresión en los agentes fronterizos— y nos peinamos. De lo demás se encargó nuestra visa permanente, la famosa “mica”, y esa cara de “niño bueno” que teníamos.

El trámite fue más o menos expediente y en veinte minutos ya circulábamos por la carretera 19 rumbo a Tucson. Había entonces una canción de moda, se llamaba “Doble barril” y a cada rato nos acompañaba por el aparato de radio... “this is KPSU Radio Sprinkle from Wickenbourg, Arizona!...” y nosotros, con esa música, con esos gritos, hablando y hablan-

do para no quedar dormidos, salimos de la carretera y quedaron ahí a merced de los buitres y los coyotes.

Ese paisaje ha sido retratado en la mitad de las *road pictures*: un desierto inundado por los espejismos, señales cada par de millas que recuerdan que la velocidad máxima es 65, cactus, patrullas de caminos, gasolineras atendidas por vaqueros sin caballo.

Después de cruzar Phoenix, un letrero anunciaba que el Parque Nacional del Gran Cañón se encontraba a noventa millas... y la tentación fue demasiada. Luego de comer 15 hamburguesas en Flagstaff, partimos con el atardecer hacia el mítico cañón del Colorado. Y aquello resultó una fiesta... tiendas de campaña de todos los colores, veinte botellas de bourbon de mano en mano, *hippies* tostados como apaches que tocaban obsesivamente la guitarra frente a las fogatas, latas de cerveza Coors y Budweisser que no supimos de dónde salían, cigarros muy pero muuuuy domésticos, también de mano en mano y buscando aproximarnos a las estrellas. Recuerdo un calorillo delicioso, del desierto y de las fogatas, mil conversaciones que no conducían a nada, una linterna que alumbraba hacia el auto, un *sleeping-bag* tendido y el momento de caer sobre la arena luego de 48 horas sin sueño, igual que guerreros derrotados por la fatiga.

Desperté con la brisa del amanecer. Los otros, tumbados junto al *volkswagen*, roncaban como benditos. Avancé por la vereda con la vejiga a reventar, y luego de aliviar aquello me encaminé hacia donde una flecha indicaba que se hallaba el mirador. Y de pronto aquello fue todo uno: el cañón cortado a plomo, un barranco impresionante, el sol asomando por las montañas Navajo y ahí, sentada en una roca junto al desfiladero, una rubia que se cubría con una ban-

dera como capa... es decir, no llevaba encima otra cosa que la bandera de las barras y las estrellas. Permanecía meditando en posición de loto, y como estábamos cerca, muy cerca, ella se percató de mi azorada presencia. Soltó la bandera, alzó una mano, me saludó: "hi!", dijo, y yo "hi". ¿Qué hubiera hecho Jorge Negrete en mis circunstancias?

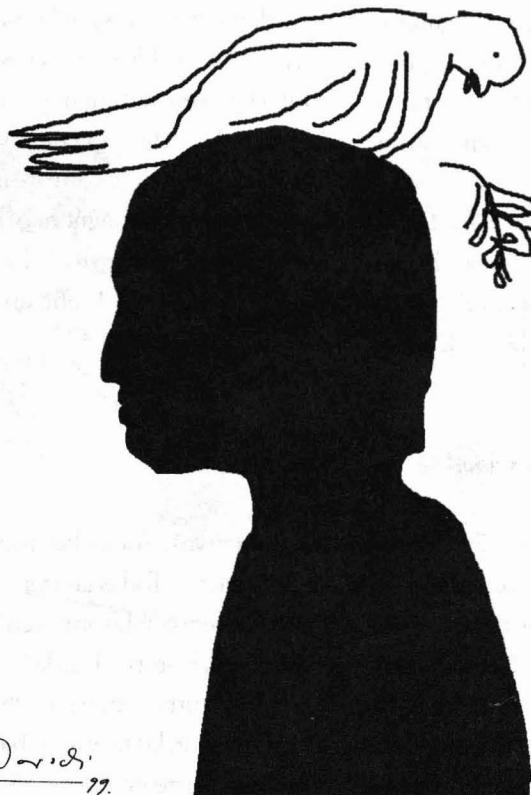
En septiembre de 1846 un muchacho de su edad se lanzó desde la muralla del Castillo de Chapultepec abrazando a nuestra bandera, y aquí, pensé, usan la bandera como capote. "Hi", volví a decir, pero la rubia sin más ropa que la bandera había entrado nuevamente en trance. Fue cuando me percaté de que sí, aquello era otro país: había traspasado la frontera geográfica y ahora tocaba turno a la cultural.

### *La rosa de los vientos*

Frontera, palabra que deriva del latín *frons, frontis, frente* y que designa el confín de cualquier nación. Esto es, un país existe hasta ese límite: más allá es otra cosa, territorio ajeno, suelo enemigo, comarca inexplorada, paisaje ignoto, glaciar, río, mar de nadie.

Por regla general todo país tiene cuatro fronteras que coinciden con los puntos cardinales. Al poniente de Galicia, por ejemplo, las legiones romanas adivinaron que concluía el mundo y comenzaba la nada: por eso llamaron así al cabo de *Finis Terre*. En esos riscos terminaba la civilización, el suelo firme y comenzaba la mar océano que nadie podría navegar porque estaba habitada por monstruos horribles que nos llevarían a la cascada del confín y la nada. Solamente a un loco se le ocurriría surcar más allá de ese litoral, en balandra vikinga o en carabela cristiana, porque ésa era la frontera de occidente que solamente osaba desafiar el sol.

Al sur habita el fuego. Al sur queda siempre el calor insopportable, los pueblos proclives a la pereza, la ignorancia, la esclavitud... África, que significa precisamente eso: *a-fricus*, 'sin frío', territorio quemado por el sol. Al sur de Italia está Abisinia, al sur de España el Magreb, al sur del Tíbet la irremediable miseria de Calcuta. La frontera del sur pareciera repetir una permanente degradación de carácter anímico. ¿No venció en 1865 el norte abolicionista de Lincoln al sur esclavista del general Lee? Como si al descender en la latitud geográfica descendiéramos también en la escala social: al sur de Boston está Houston, al sur de Houston, Monterrey; al sur de Monterrey, el Distrito Federal; al sur del Distrito Federal está Oaxaca; al sur de Oaxaca, la Sierra Lacandona... Muchas familias de Ocosingo, en la ac-



tualidad, sobreviven con el equivalente a dos dólares diarios; en Cambridge, sin embargo, eso alcanza para pagar apenas un vaso de coca-cola. Será que vivir en el sur es vivir en la frontera equivocada, en el error y en el horror histórico. Por eso las migraciones masivas proceden del sur: mexicanos hacia California, centroamericanos hacia Texas, cubanos hacia Miami.

Al oriente quedan la frontera de la sabiduría, el misterio, los orígenes. En el Oriente está el Santo Sepulcro. En el Lejano Oriente fue inventada la pólvora, que transformó el arte de la guerra, y en Oriente se inventó también el primer radiotransistor que inició la revolución de las comunicaciones. De Oriente llegaron el álgebra y los árabes. De Oriente llegaron los Reyes Magos que veneramos cada Navidad y de Oriente llegó —en el Oriente americano— Cristóbal Colón, el cristianismo, el idioma y la viruela. De Oriente llegaron los peregrinos del *Mayflower*. De Oriente llegó Quetzalcóatl convertido en conquistador. En la frontera de Oriente despegó el primer *Sputnik* y en Oriente Gandhi, el Mahatma, inventó el pacifismo como herramienta contemporánea de resistencia civil.

El norte es la frontera de los bárbaros, según decían los griegos, pues como bien recordaba Isaac Asimov en el norte habitan esos pueblos de lengua incomprensible y que sólo farfullan un "bar bar bar" del que les viene el nombre. Al norte quedan los glaciares, la disciplina, la previsión a

la que obligan los rigores del invierno. Los pueblos mexicas nunca lograron someter a los pueblos guerreros de la frontera norte: los chichimecas, los comanches, los apaches en perpetuo nomadismo. Al norte los vándalos y los germanos, los mongoles y la División del Norte de mi general Villa. La brújula, con su fatalismo magnético, apunta siempre hacia el norte, que es decir "arriba", hacia lo "superior", porque ahí está la inteligencia, la eficiencia, el poder de decisión.

### *Un soldado en cada hijo*

Todas las fronteras son conflictivas. Todas las fronteras, casi todas, son producto de la guerra. Todas las fronteras se defienden con sangre y se conquistan con las armas en la mano. Démole, si no, un vistazo a la historia. Desde la guerra de Vietnam hasta la "Guerra del fútbol" que en 1969 protagonizaron Honduras y El Salvador, las fronteras han sido primero frentes de guerra. Así ocurre en el caso de la comunidad de Kosovo, en Yugoslavia, como ocurrió cuando la invasión iraquí a Kuwait en 1991, o como en 1932 sucedió en la Guerra del Chaco (tan crudamente narrada por Augusto Roa Bastos en su novela *Hijo de hombre*). Las fronteras han sido negociadas luego de muertos por millones, poblaciones arrasadas, pactos militares que duran lo que un capricho.

El Himno Nacional mexicano advierte eso en su estrofa más agravada: "mas si osare un extraño enemigo, profanar con suplanta tu suelo; piensa oh Patria querida, que el cielo, un soldado en cada hijo te dio..." El verso de Francisco González Bocanegra no pudo ser más explícito: sepan todos que si ocurre una nueva invasión —el Himno fue escrito en 1853— todos y cada uno seremos leva para el combate. ¿Ya nos arrebataron Texas y California?, pues ni se atrevan a tocar Cholula.

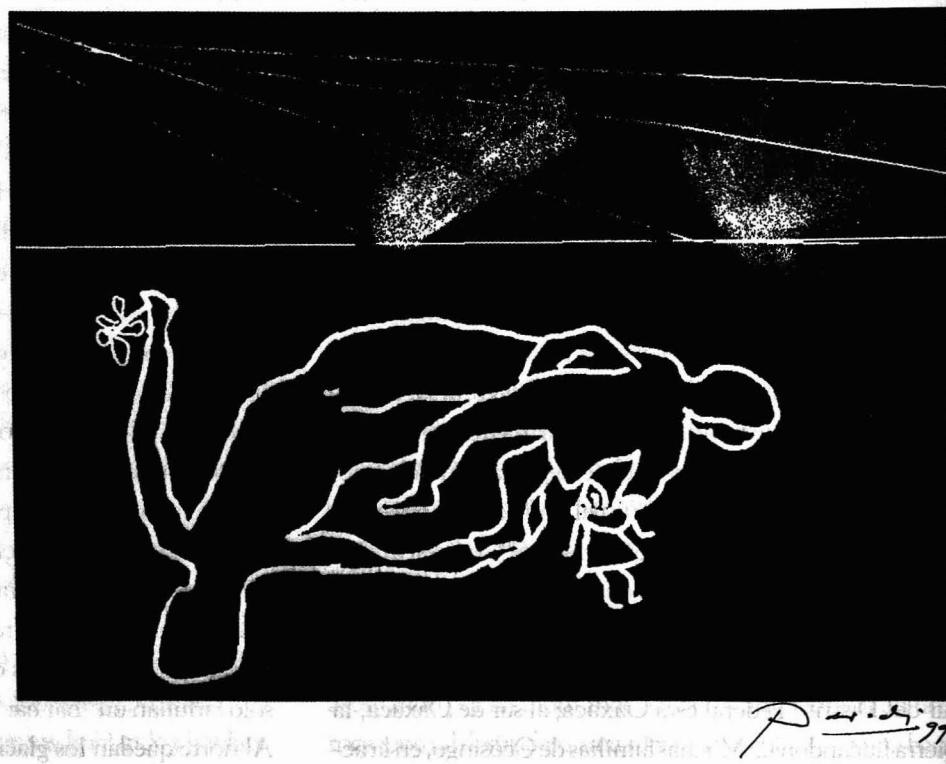
Siempre estamos defendiendo fronteras. Recuérdese la Muralla China, la Línea Maginot en la Francia de 1940, la san-

guinaria "Línea Verde" del Beirut en los años ochentas, el Muro de Berlín erigido en 1961 a punta de bayoneta y derruido 28 años después en una fiesta de abrazos y champaña. Hoy todas ellas son referencias históricas convertidas en visita obligada del turismo internacional.

Las fronteras son defensas ante lo distinto: yo soy cristiano y usted musulmán, yo hablo ruso y usted polaco, yo soy kurdo y usted turco. Fronteras que nacen en las trincheras, en las barreras, en las murallas que devienen líneas de muerte. Las fronteras, por decirlo con una imagen poética, son la piel de las naciones. Existen, por lo mismo, pieles dulces de una extraordinaria suavidad, como la frontera de Italia con Suiza. Otras son duras, como la que nos separa de los Estados Unidos. También hay fronteras que son igual que pieles de absoluta aspereza, como la de Siria con Israel, la de Grecia con Turquía, la que media entre las dos Coreas.

### *La tortilla border*

En México hemos inventado ciertas fronteras peculiares, de orden cultural, que explican algunos usos y prejuicios. La "tortilla border", por ejemplo, responde a una actitud sumisa, toda vez que los mexicanos se reconocen, nos reconocemos, como "hombres del maíz". Somos hijos de la tortilla, ciertamente, del tamal, de los tacos, las tostadas y el atole, sabedores de que el único maíz con pedigree es el



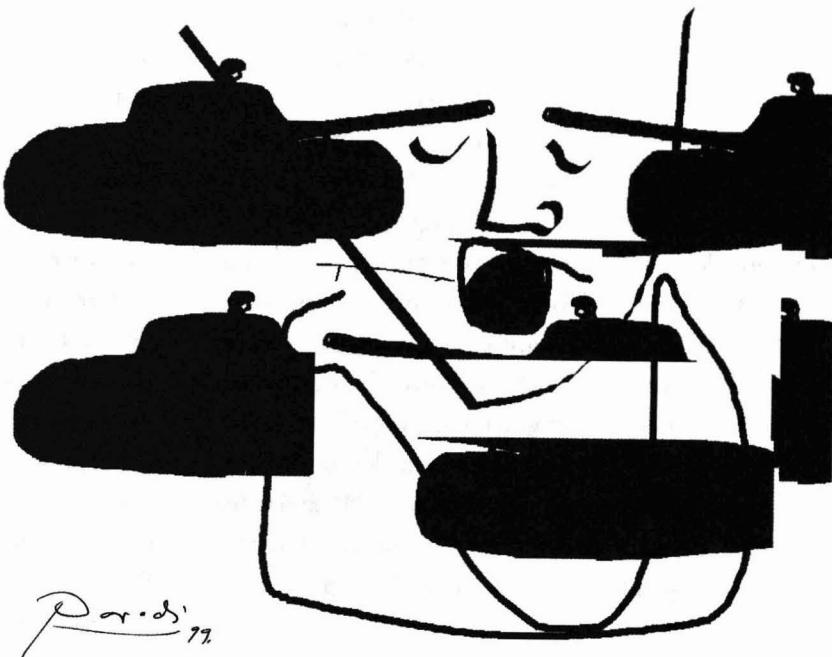
pop-corn en la sala de cine. La "tortilla border" limita con la cultura del trigo, de modo que estamos presenciando, más que el choque de dos mundos, el contacto de dos gastronomías: la fundada en el maíz, que es la mesoamericana, y la fundada en el trigo, que es la europea trasladada a Norteamérica.

De ese modo, gastronómicamente hablando, insisto, los comedores de maíz se asumían como "nacos", mexicanos al 100 %, zapotecos que no quieren saber de las virtudes del bolillo, el birote, el *hot cake* con miel de maple. Los otros, los mexicanos que han optado por el trigo, pertenecen a ese grupo que podríamos llamar "gachupín", "gabacho", neocriollo que desde la mesa practica un malinchismo culinario, un rechazo por el maíz y sus lindezas. Son los hijos del pan francés, el *croissant*, el espagueti, las pizzas y el desabrido sándwich. La "tortilla border", por lo mismo, opera como una frontera alimentaria que deviene frontera de clase, frontera ideológica. En los hogares democráticos de la clase media, por lo mismo, al sentar a la mesa al invitado se le pregunta inmediatamente: "¿Pan o tortillas?"

### **La puerta número tres**

José Revueltas escribió una novela cuyo título explica, en mucho, esa actitud dadivosa, entregada, de anfitrón generoso que es el mexicano al recibir al visitante foráneo. La novela en cuestión, titulada precisamente *Los muros de agua*, hace referencia al centro penitenciario instalado en las Islas Marías, pero la imagen nos habla de ese sentimiento insular (aislado) que tenemos al cabalgear entre los dos océanos.

En realidad, la principal, la más grande frontera mexicana es la tercera, la que mira hacia el mar: diez mil kilómetros de costas que nos hacen, necesariamente y a pesar de las montañas, un país con síndrome ístmico. Las otras dos fronteras, la norte y la sur, nos ubican entre la potencia mundial del siglo XX y la Centroamérica contagiada por el misterio de la civilización maya y el aroma de los cafetos. La tercer frontera mexicana, la que mira hacia los grandes océanos, es la que nos contagia ese espíritu de peculiar ori-



ginalidad: como no queremos parecernos a los vecinos del norte, ni a los del sur, en ese aislamiento planetario solamente podemos parecernos a nosotros mismos porque las costas, insisto, operan como grandes espejos que nos reflejan (igual que en las antiguas peluquerías), doblemente: del Atlántico al Pacífico y viceversa. Quizá por eso, y un poco como los italianos, también sobrevivientes en su insularidad, somos un pueblo solipsista, caprichoso, incomprendiendo y relajiento al mismo tiempo.

Durante más de tres siglos el mundo real comenzaba a partir de dos aduanas: la de Veracruz y la de Acapulco. Todo llegaba, entraba y salía por esas notables puertas mexicanas: hacia Oriente desde Acapulco operaba la Nao de China (que en realidad era de Filipinas), que nos regaló, entre otras singularidades, la vestimenta de la famosa china poblana. Por Veracruz, sin embargo, entró el Viejo Mundo: los conquistadores y los esclavos africanos, los comerciantes árabes y las ideas libertarias, la sífilis y la imprenta, el imperio francés de Napoleón II y el exilio republicano español de 1939.

A partir de los años cincuentas, con la consolidación de la red carretera y el inicio del puente interoceánico que permitió la aeronáutica comercial, esas dos puertas perdieron su valor estratégico. Esa condición insular, sin embargo, obligaba a esperarlo todo de allende el mar. Por eso, antes de la invención del *mall* como nueva plaza para el mercadeo de miradas y mercancías, la gente bien adquiría sus enseres en los grandes almacenes llamados de *ultramariños*. Era el inicio de nuestra conciencia malinchista porque el mar, esa frontera tan caprichosa —como lo sugería José Revueltas

en su tremebunda novela—obligaba a comportarnos como anfitriones magníficos, obsequiosos, y decirle al visitante nomás entraba: “Por favor... Ésta es su casa.”

Esa tercera frontera geográfica, la que comparten Acapulco y Veracruz, pero también Tampico, Mazatlán y Coatzacoalcos, ha conformado una tipología peculiar: la del mexicano de la costa, que rebosa de franqueza, simpleza y luxuria. Como habita al arbitrio de los huracanes y sabe que al mar no se le puede engañar, el costeño es un tipo fronteñizo que vive a diario los desafíos del pescador y el hambre de mundo que todos llevamos en nuestro corazón marinero: por eso suspiramos al escuchar la melodía del jaranero que en Tlacotalpan nos canta por unos pesos... “Balajú se fue a la guerra, y le dijo a su compañera: vámonos a navegar, ja ver quién sale primero, al otro lado del mar!”

### Frida y el nopal

A mediados de los años sesentas José Luis Cuevas y otros artistas inventaron una nueva frontera mexicana: la que bautizaron como “el muro del nopal”. No lindaba necesariamente con el norte y, como hermana menor del Muro de Berlín entonces en boga, era la frontera última del mexicano: la que limitaba con su propia conciencia.

Cuevas, el *enfant terrible* de la plástica, lanzaba entonces aquel descubrimiento en contrapartida, un poco, de la “cortina de hierro” mexicana que decretó el insigne pintor David Alfaro Siqueiros. Años atrás el telúrico muralista había afirmado: “No hay más ruta que la nuestra”, que era decir: no más caminos que los emprendidos por la Escuela Mexicana de Pintura.

¿Qué tenían que ver el “muro del nopal” con la “cortina de hierro”? Mucho y nada. De la Europa bajo la hegemonía soviética —que disfrutaba de las simpatías de gran parte de los intelectuales mexicanos— a las propuestas de los pintores mexicanos (en su gran mayoría repitiendo los motivos que ya estaban presentes en la obra de Rivera, Orozco y Siqueiros), no había gran distancia. Eran los tiempos del arte comprometido o, por decirlo con más elegancia, del “compromiso del artista” con su realidad. Todos plasmaban temas “muy mexicanos” como una forma de vincularse con el legado incumplido de la Revolución mexicana: lienzos y murales donde estaban presentes el neoindigenismo, los proletarios, los campesinos, los profesores rurales, los marginados, las pulquerías, las fiestas de barrio y, desde luego, el nopal como la planta emblemática nacional.

Cuando el movimiento aquél la emprendió contra las enseñanzas del muralismo, hubo una frontera que se comenzó a resquebrajar. Con el derrumbe de aquel “muro del nopal”, el arte mexicano aspiró a temas universales desligados de su peculiaridad telúrica. Fue cuando arribó el arte abstracto, entonces en boga, el geometrismo, y muchos renunciaron a los temas “necesariamente mexicanos”, de un pintoresquismo que se antojaba casi de agencia de turismo. ¿Era posible pintar algo más emotivo que lo circunscrito por la frontera que iba de Frida Kahlo a María Izquierdo, de José Chávez Morado a Raúl Anguiano? Esa pregunta implicaba su propia respuesta, y así tuvimos el arte de Gilberto Aceves Navarro, Vicente Rojo, Manuel Felguérez, Francisco Corzas, Mathias Goeritz, Lilia Carrillo, Fernando García Ponce...

Esta reflexión, poco a poco, se fue extendiendo a otras áreas y otros oficios artísticos. La “muralla del nopal” era, por decirlo brevemente, el muro del inmovilismo. Con el abandono de esa actitud (que en el fondo no era más que un conservadurismo de corte corporativista), llegó la aspiración democrática. Es decir, al romperse el manido “muro del nopal” los intelectuales mexicanos comenzaron a atreverse por otros campos. La “ruptura” fue con todo y con tal de ganar más libertad. Así llegó 1968.

La “muralla del nopal” fue pisoteada finalmente por las manifestaciones estudiantiles de aquel año, en que se coreaba precisamente eso: “libertad, libertad”, y pretender levantarla de nueva cuenta sería como exhumar a las momias del régimen; la del ex presidente Gustavo Díaz Ordaz, la del líder nacional Fidel Velázquez, la de Dolores del Río y la de Emilio *Indio* Fernández. Ese país ya no existe y los nopales, ahora, se exportan al Japón para ser incorporados en las especialidades del sushi.

### Palestina viste de Quetzalcoatl

La frontera del norte es el límite no sólo entre dos países, sino que es también el “borde” entre Latinoamérica y Norteamérica, la América cervantista y la América shakespeareana. Una línea entre dos culturas continentales.

Lo que apuntaremos enseguida quizá no sea ninguna novedad. La frontera de Tijuana-Chula Vista es la que más cruzamientos registra en el mundo contemporáneo, y así lo advierten los magnavoces a las decenas de miles que atraviesan diariamente, en 25 líneas de vehículos, el “puente”. Son más de sesenta los millones de personas que anual-

mente atraviesan la línea fronteriza del norte, en uno y otro sentido... con el pasaporte en la mano.

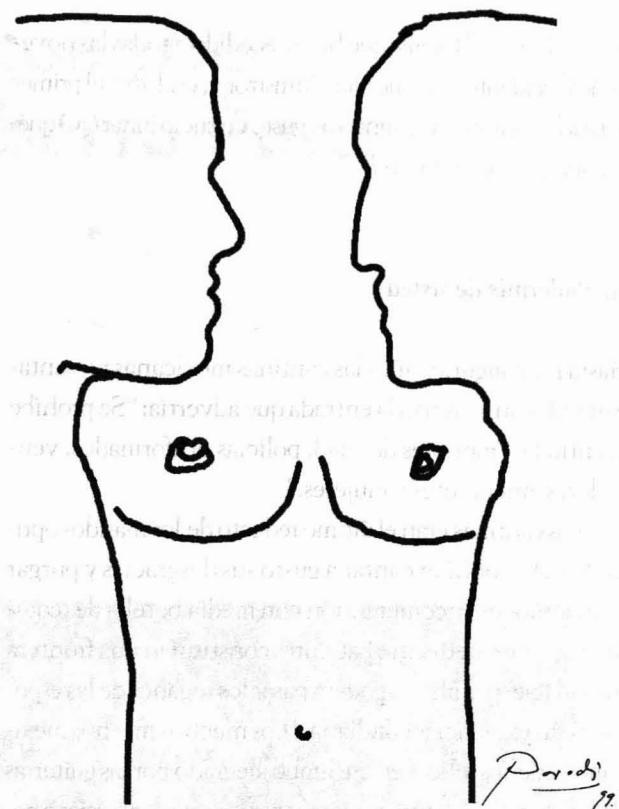
Ese tránsito humano, cuyas motivaciones son de todo tipo, ha generado una nueva conciencia fronteriza, y yo diría que hasta nacional. No hay familia mexicana, por ejemplo, que no tenga un primo, un tío, un hijo viviendo y trabajando en lo que se ha dado en llamar "el otro lado". Mi hermano Enrique, por ejemplo, ejerce como médico psiquiatra al este de Houston y luego de 24 años ha decidido tramitar su "residencia".

Será que la "frontera agrícola"—esa paulatina urbanización del medio rural—está llegando a sus límites físicos. Será que el reparto agrario culminó hace varias generaciones, que la ganadería extensiva y la mecanización agrícola van derrotando, cosecha tras cosecha, a los campesinos (en su gran mayoría pertenecientes a las diferentes etnias sobrevivientes a la "occidentalización"). Aferrados a sus montañas y rancherías, ven llegar el momento en que migrar es la salvación. Así llegan a la gran ciudad, así conocen el paraíso virtual del norte. Así muchos sucumben ante el magnetismo del dólar y la *social security*.

Entonces tenemos que el manido *melting pot* (que en español se llama *crisol*) está concentrando los elementos suficientes para anunciar el surgimiento de una nueva realidad cultural, si no es que demográfica. Llámense chicanos, o "hispanos", o mexiconorteamericanos... esos millones y millones de migrantes son, ya, un factor decisivo en los comicios electorales de los Estados Unidos y su destino histórico estará cabalgando entre dos negaciones: no ser completamente miembros del *american way of life* ni ser mexicanos (o centroamericanos) en el destierro.

Todas las naciones guardan minorías dentro de sus fronteras y ningún país es demasiado original en ello: colombianos en Venezuela, hindúes en Kenia, turcos en Alemania, vietnamitas en Australia, norteamericanos en México (son trescientos mil, por cierto, muchos de ellos concentrados en sitios como Ajijic, San Miguel de Allende, Cuernavaca, Guadalajara, Acapulco). De modo que las migraciones históricas no se detendrán con leyes feroces ni con altísimas murallas porque la historia misma de la humanidad ha sido una migración perpetua y, sin ir más lejos, ¿no es el Nuevo Continente, de algún modo, el traslado masivo de Europa al territorio de los aborígenes que vivían en América sin ser americanos?

La frontera norte de México ha sido durante los últimos tiempos, por qué negarlo, la frontera de la ignominia. Esto es, la frontera del oprobio y la infamia, porque los millones que la cruzan de modo ilícito —hacia el norte, obviamente—



reciben malos tratos, persecución y son designados ofensivamente: "pollos", "braceros", "mojados", "ilegales", aunque son también, inmediatamente, parte ya del mercado laboral, que en el aguante y la resistencia tendrá su premio. Una generación después la frontera del oprobio habrá girado 180 grados. Entonces lo triste y degradante será regresar a la patria, sufrir los abusos de las policías mexicanas, los agentes aduanales, los inspectores de todo tipo queriéndoles cobrar la "traición" que significó abandonar el terreno familiar.

Hablar de estas fronteras de reja y muralla invita a despertar al animal xenofóbico que todos llevamos dentro. No quiero recordar el trato que los agentes de migración les dan a los indocumentados guatemaltecos, hondureños, salvadoreños que son descubiertos en las garitas de Acayucan o Juáchitán, porque nuestros gendarmes migratorios no han sido precisamente educados en Versalles. A mí me ha tocado verlos bajando a los pasajeros de un autobús en las inmediaciones de Tapachula. ¿Y cuál es la técnica chovinista para identificar a un centroamericano? Muy fácil: se les pide que canten dos estrofas del Himno Nacional... y el que se atora, ¡va pa' tras!, claro, después de esquilmarle los pocos dólares que carga.

Insisto, las fronteras, por su carácter limítrofe, exacerbaban los sentimientos de pertenencia. ¿En qué ciudad hay más mariachis después de Guadalajara? En Tijuana. Además de que el hombre, diría que por instinto, vive saltando fronteras. Si el Ulises homérico se hubiera arredrado ante el primer agente de la migra, jamás habríamos disfrutado

tado de la genial *Odisea* que ha antecedido a todas las novelas de Occidente. ¿No fue Neil Armstrong, en 1969, el primer *wet back* interestelar saltando de gusto en suelo lunar? ¿O qué, viajaba con su *green card*?

### *Su epidermis de usted*

Hasta hace algunos años las cantinas mexicanas presentaban todos un letrero a la entrada que advertía: "Se prohíbe la entrada a menores de edad, policías uniformados, vendedores ambulantes y mujeres."

Las cantinas eran el último reducto de los maridos oprimidos. Ahí podían cantar a gusto sus desgracias y purgar tantos años de incomprendimiento con media botella de tequila. Aquellas puertecitas batientes constituían una frontera formidable: por ahí no podían pasar los regaños de las esposas ni sus exigencias cotidianas. Los muchos machos mexicanos éramos felices en ese limbo alegre por las guitarras de los tríos. Ahí dentro teníamos paz y sosiego, el sosiego necio del mezcal, es cierto, y cuando alguien discutía no era difícil que las palabras derivaran en puños y los puñetazos en pistolas. Pero un día el feminismo galopante quiso algo más que derechos sufragistas... y las mujeres invadieron las cantinas. Y se acabaron las balaceras.

"¿Cómo fue que saltaron la tranca?", se preguntaban los últimos machos en la soledad de la barra, "¿por qué han violado nuestra última frontera?"

El trasfondo de esa invasión esconde una verdad como el viento: el ser humano ha inventado las fronteras... para saltarlas y continuar la exploración permanente que son sus días. Hemos violado todas las fronteras terrenales; las que nos impedían surcar los cielos, tocar los fondos abisales del mar y llegar al átomo de la materia. Y luego nos quejamos de que alguien se interne, cual hijo de vecino, por la Meseta de Otay.

Piénsese en esa frontera que todos llevamos con más o menos decoro, y que defendemos con bronceadores y armaduras. La frontera de la intimidad es nuestra piel y quien logra transgredirla lo hace con uno de dos propósitos: para darnos amor o para darnos muerte.

Cada uno de nosotros existimos dentro de esa frontera flexible, que defendemos como fieras porque sabemos que en ello nos va la vida, pero con la que luego obsequiamos como si fuera un vaso de agua al sediento enamorado. El instinto pareciera decirnos que dentro de esa piel que habitamos no hay peligro y que los agresores, los enemigos, son los que están fuera de ella. Y cuán equivocados estamos.

Pero quisiera hablar de los otros transgresores. El deseo amoroso no es, en última instancia, más que deseo de proximidad y contacto con otra piel: la frontera epidémica del amante que permite la transgresión. Cuando hablamos de la atracción de los cuerpos en realidad estamos hablando de sus envolturas. ¿Ama usted los riñones de su novia? ¿El hígado, la pleura, los meniscos de sus rodillas? No, por Dios. Lo que usted ama de ella es su piel entera, esas marcas peculiares, su olor, su tez, sus pliegues y lunares. Lo que usted ama, entonces, es la frontera de su amada. En esa, la frontera del deseo, habitan los ensueños, las esperanzas y, como en el Paraíso bíblico, el árbol del bien y del mal.

### *Un mundo feliz, sin fronteras y sin mundo*

Existen, desde luego, muchas otras fronteras: la del dinero, que nos sitúa en uno o en otro nivel de consumo; la frontera del idioma, que es desesperante; la frontera generacional, que cuando jóvenes queremos saltar hacia adelante y cuando viejos hacia atrás.

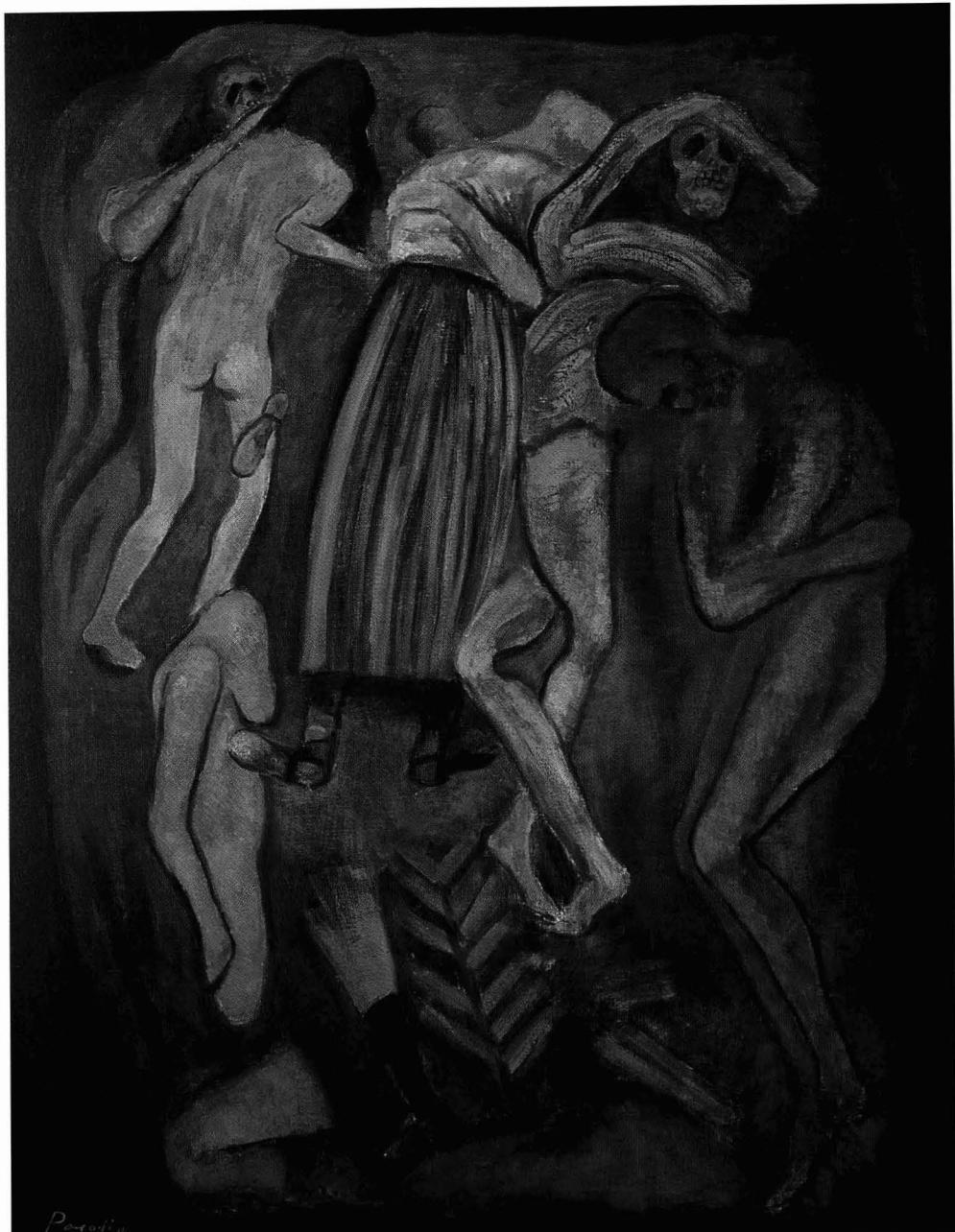
Para concluir debemos apuntar que las fronteras que a diario transitábamos cada vez son menos, pues parecieran ser demolidas cada vez más por las señales de la informática. Con la red globalizada de Internet estamos, simultáneamente, en Yokohama, en Madrid y en Mexicali. La Aldea Global que preconizó hace medio siglo el canadiense Marshall McLuhan es cada vez más real, y la "Galaxia Gutenberg" está llegando a su última frontera. Todos estamos en todas partes y, simultáneamente, en ninguna. Las fronteras se difuminan y todos nos comunicamos en el inglés elemental de los cuarenta verbos (*You get it?*). ¿A dónde llegaremos en esa aldea global sin fronteras?

No es una pregunta ociosa, y no quisiera que sonara a grito desesperado. El mundo sin fronteras, que ya se anuncia en la conformación de los estados continentales como es la actual Comunidad Europea, obligará a muchas perdidas peculiares. Seremos cada vez más similares, menos diferentes y nuestros rasgos particulares serán los del vecino en Singapur. Estas afirmaciones suenan a ciencia ficción cuando sabemos que la pobreza, enseñoreada en tres cuartas partes del planeta, dificulta, si no es que impide, la extensión de la manida Aldea Global Informática. Las fronteras, entonces, no son tales. Están ahí para saltarlas. Para asaltarlas. Hamlet enloqueció en La Mancha y don Quijote vende pizzas en San Miguel de Allende. ♦

# Encuentros con Roberto Parodi



ENRIQUE FRANCO CALVO



Legado de guerra I,  
1996,  
óleo/lino,  
140 x 110 cm

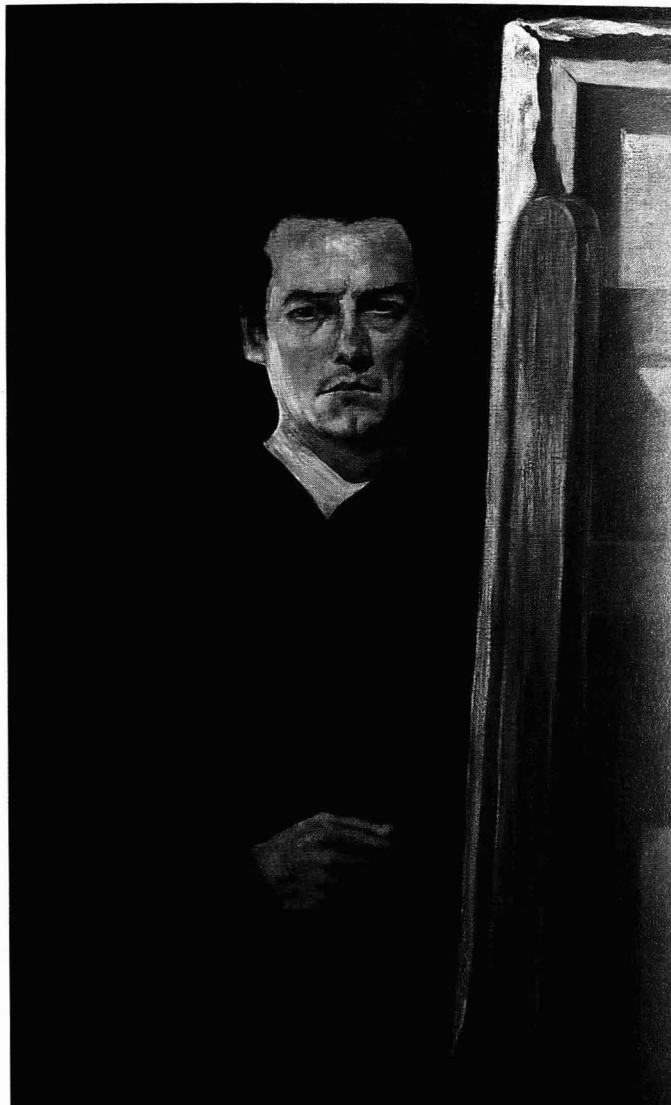
Parodi

**E**n mis encuentros con Roberto Parodi en la Ciudad de México las lecciones de pintura son una constante. Su carácter serio no deja el humor aparte y muchas veces rompe la solemnidad de la plática con el recuerdo jocoso de anécdotas sobre lo que ha vivido en el medio de las artes plásticas mexicanas, donde goza de un prestigio avalado por su pintura. Entre las que me ha contado recuerdo una que le sucedió en un encuentro de arte, donde reunió a un grupo de hermanos pintores para decirles que ya se dejaran de "grillas" para ganar todos los premios. Y que el mayor de ellos, si mal no recuerdo, le preguntó sin sentirse ofendido: ¿qué, tú también eres pintor?

Parodi nació en la Ciudad de México el 29 de noviembre de 1957. Dentro del ambiente en el que se desenvuelve como artista se le considera "joven maestro". Juventud, en este caso, se refiere sólo a que desde edad temprana ha exhibido su obra de manera individual en los foros de arte más importantes del país, sea por caso el Museo de Arte Moderno, en el que presentó la muestra *Parajes del silencio* en 1990, o el Museo del Palacio de Bellas Artes, donde expuso *Roberto Parodi. Expresiones-reflexiones* en 1996. En estas exposiciones dejó constancia de que su trabajo responde básicamente a necesidades de búsqueda y estudio. ¿Qué quiero decir con esto que pareciera actitud obvia en cualquier artista frente al arte? Quiero decir que Roberto Parodi no es pintor que guste del hallazgo que provoca el azar. Si su pintura es, por llamarla de manera llana, expresionista, no significa que la pincelada cargada del motor emotivo del artista sea su objetivo final. En su pintura y atrás de ella existe el resultado de un estudio riguroso del quehacer de los maestros antiguos. Que por antiguos hemos querido ver como sencillos aunque sepamos que son todo lo contrario.

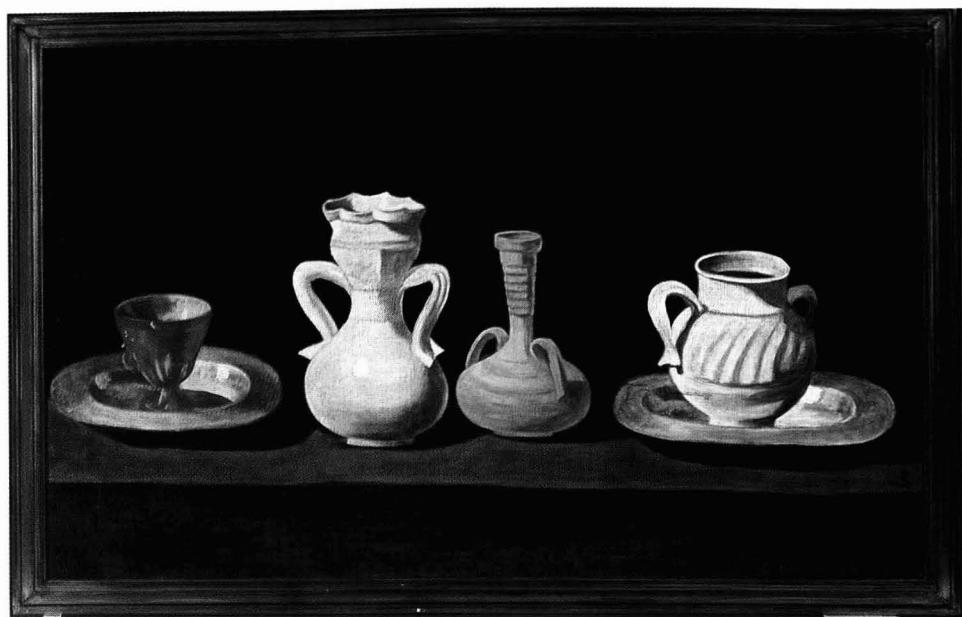
Parodi se ha hecho preguntas como ésta: ¿por qué cuadros como los de Zurbarán mantienen viveza de tono y veladuras que el tiempo difícilmente ha mermado? ¿Por qué se han enmarcado obras cuyas composiciones delatan mutilaciones hechas en algún momento de la historia o en algún volumen de dudosas calidades editoriales? A ello habrá que sumar que es un artista cuya producción es moderna entendiendo que su estilo refleja preocupaciones contemporáneas y expresiones que responden al espíritu de la época que le tocó vivir.

Posee un ojo que se ha afilado con largas observaciones y meditaciones; sus descubrimientos visuales, por desgracia, no han sido registrados en ensayos; por fortuna, los ha aplicado en la construcción de sus cuadros. Al respecto sobreviene un momento capital. En 1992 Parodi concluyó una serie de cinco pinturas que inició con *Copia-estudio del bodegón de Zurbarán* y que completó con *Desconstrucción-construcción I, II, III y IV*. La central es en verdad una copia del cuadro archiconocido del pin-



Autorretrato  
frente al espejo,  
1996,  
óleo/lino,  
100 x 61 cm

Copia-estudio  
del bodegón  
de Zurbarán,  
1992,  
óleo/lino  
60 x 100 cm



Desconstrucción-  
construcción I, II,  
III y IV, políptico,  
1992,  
óleo/lino  
50 x 40 cm c/u



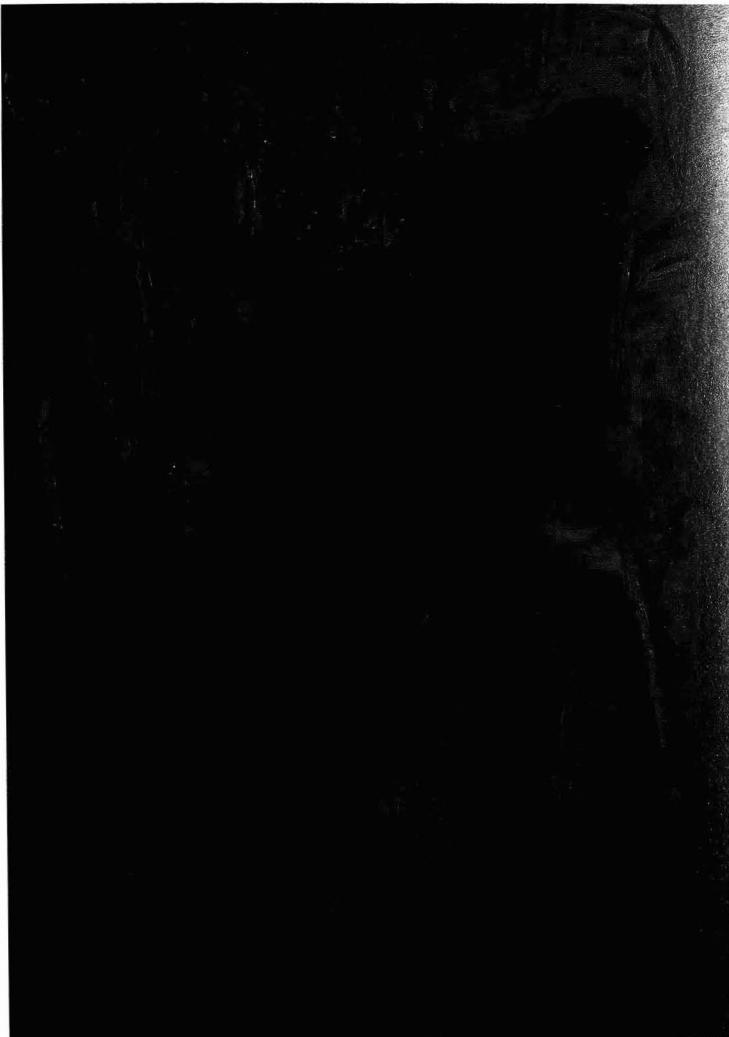
tor español y los otros son una especie de secuencia que transforma una de las figuras del bodegón de manera algo caricaturesca y dentro de una especie de cubismo muy libre.

Con la citada serie Parodi demostró dos cosas. La primera, que había logrado obtener buena parte de los secretos de Zurbarán para establecer un fondo que no sólo daba profundidad sino también atmósfera y luz. Y, debemos entender, al ser capaz de "construir" una obra así, tan exacta en sus contrastes, podía también "desconstruirla", apropiarse de ella a su antojo. La segunda, que había logrado conocer otra cara de la pintura, un lado expuesto y en apariencia evidente, pero desconocido.

La producción de Parodi es constante. Trabajador disciplinado, se ha sometido a la realización de series en las que ha intentado obtener el mayor número de posibilidades de expresión. Por ese motivo su obra es poseedora de una personalidad muy singular que permite al espectador identificarla fácilmente.

Pero vayamos por partes. Sin lugar a dudas, en la obra de Parodi pueden distinguirse dos etapas. Un antes y un después a partir de la *Copia-estudio del bodegón de Zurbarán*. Antes, había concluido un proceso muy importante con su exposición *Parajes del silencio*. En ella presentó cuadros de formatos regulares que formaban conjunto a partir de la paleta cromática, la composición y el tema. Los colores azul, rojo y blanco eran atacados con tonos de negro para alcanzar grises o pardos. La composición recurría generalmente a tensiones horizontales y profundidades bien marcadas. Los temas eran la desolación, el abandono, la destrucción, el caos. Lo mismo con pincel que con espátula, Parodi logró hacer una pintura muy refinada y cargada de una poesía que alcanzó altos vuelos. Quizás su inconsciente —o su conciencia— mantenía aún latente el recuerdo del sismo de 1985 que marcó definitivamente a todos los habitantes de la Ciudad de México, y por esa razón su obra hablaba de situaciones límite, de parajes de silencio, pero de un silencio que ha surgido después de la devastación. En ese aspecto su pintura se nutría también de una angustia y de un aparente deseo de comprensión ante la realidad. El caos visto como resultado de la acción de los poderes de la naturaleza sobre las sociedades humanas, que a veces se han considerado a sí mismas indestructibles.

Pero este desorden, esta entropía, llevó de manera natural a Parodi a reorderar no tanto su producción como sí sus objetivos plásticos. De tal forma que, entendemos, se vio en la necesidad de visitar nuevamente el camino andado en la pintura, para lo cual se sirvió de la pintura misma. Como apasionado de su materia, Parodi ha sido, como pocos artistas contemporáneos —ya lo expresamos—, un estudioso de la pintura antigua. Y cuando decimos antigua no queremos referirnos a uno o dos períodos específicos.



*Mujer volando entre maizales, 1996, óleo/lino, 210 × 150 cm*

Tronco derribado,  
1996,  
óleo/lino,  
300 × 210 cm



cos de la historia del arte sino a uno lo suficientemente extenso como para dar a entender que lo mismo se ha detenido en el cuatrocientos y en el Renacimiento italiano que en los flamencos y en los ochocentistas, y de ahí ha pasado a conocer a los impresionistas y todos aquellos que han hecho de la pintura más que un juego de la casualidad uno de sabiduría técnica.

La Copia-estudio del bodegón de Zurbarán fue necesaria para volverse a aclimatar en un ambiente clásico por excelencia. Pero los resultados no lo obligaron a desarrollar una obra figurativa de corte realista, que

era lo que se hubiera esperado lógicamente. No, Parodi presentó posteriormente su exposición *Expresiones-reflexiones*, donde el vigor de su capacidad expresiva y sus conclusiones plásticas alcanzaron un punto de equilibrio que le permitió explotar su producción por medio de obras de gran formato. ¿Qué significado podía tener pintar en grandes telas? De entrada había una necesidad de composición que llevó a Roberto Parodi a crear personajes flotantes. Tres obras: *Atentado* (177 x 110 cm), *Tronco derribado* (300 x 210 cm) y *Mujer volando entre maizales* (210 x 150 cm), todas óleo sobre lino ejecutadas en 1996, conformaban un espectro de tensiones no sujeto a horizontes sino a planos cromáticos. No era importante detener el plano, había que dejarlo libre dentro de la pintura. Con esto logró una obra que necesitaba de tiros largos para ser contemplada.

Si bien la producción de *Parajes del silencio* recordaba a artistas de la transvanguardia italiana como Francesco Clemente, Sandro Chia o Mimmo Paladino, lo cierto es que la influencia de José Clemente Orozco ha sido constante a lo largo de toda la pintura de Parodi. En la muestra del Museo del Palacio de Bellas Artes encontramos un homenaje directo al muralista tapatío, homenaje que actualizaba la potencia expresiva de Orozco y ponía al descubierto la modernidad de sus preocupaciones y alcances plásticos. A partir de remarcar su identidad a través de la tradición, Parodi se manifestaba como uno de los artistas universales de nuestro país.

Resulta interesante observar que en el último mes que estuvo montada su exposición *Expresiones-reflexiones*, en céntrica galería de la Ciudad de México Parodi presentaba otra muestra individual

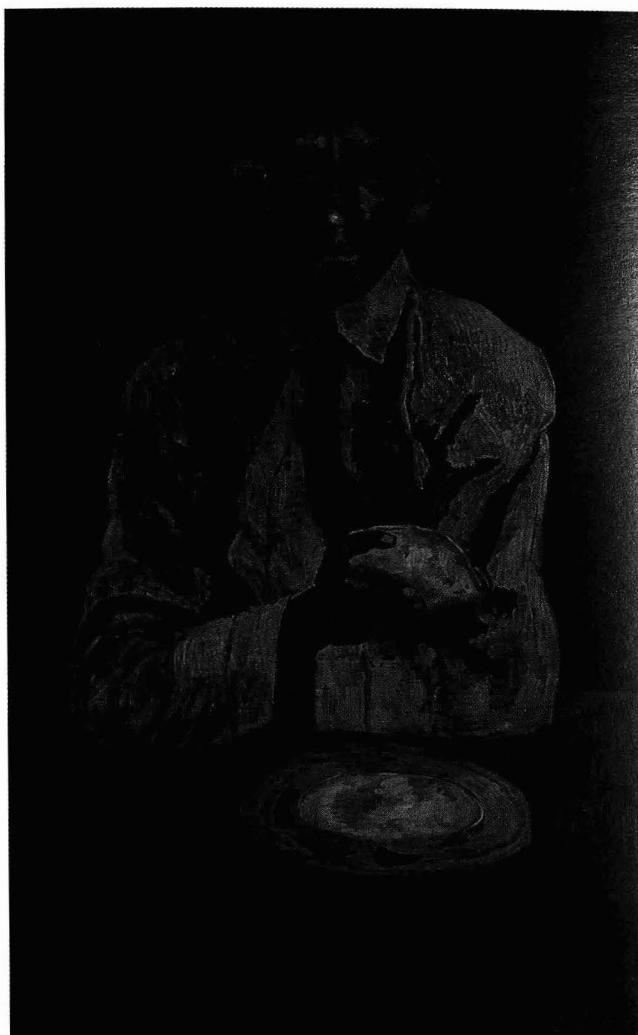
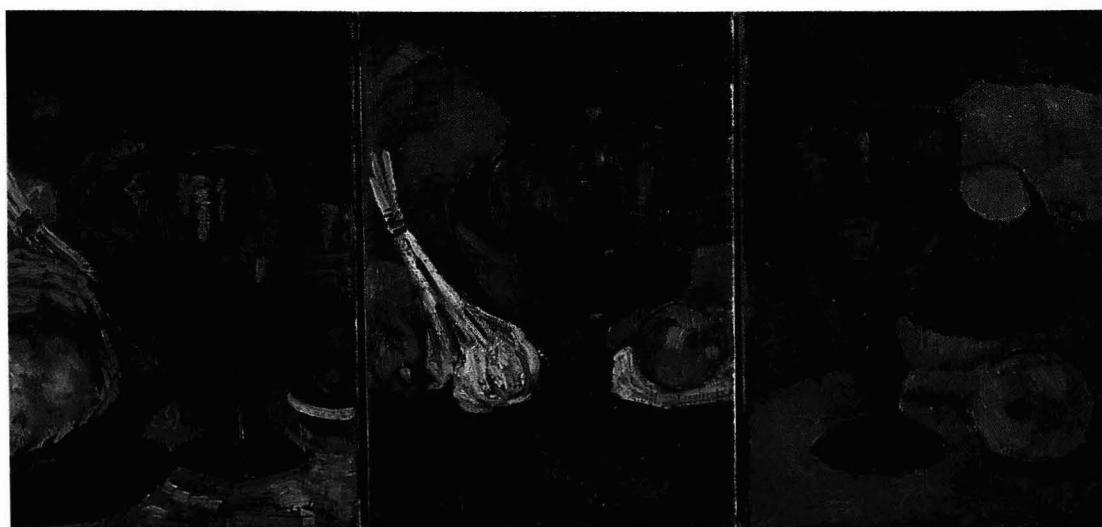


Foto: Jesús Sánchez Uribe (jsu)

*Sustento*,  
1995,  
óleo/lino,  
120 x 75 cm



*Tres copas*, tríptico  
1995,  
óleo/lino,  
28 x 20 cm c/u

JSU

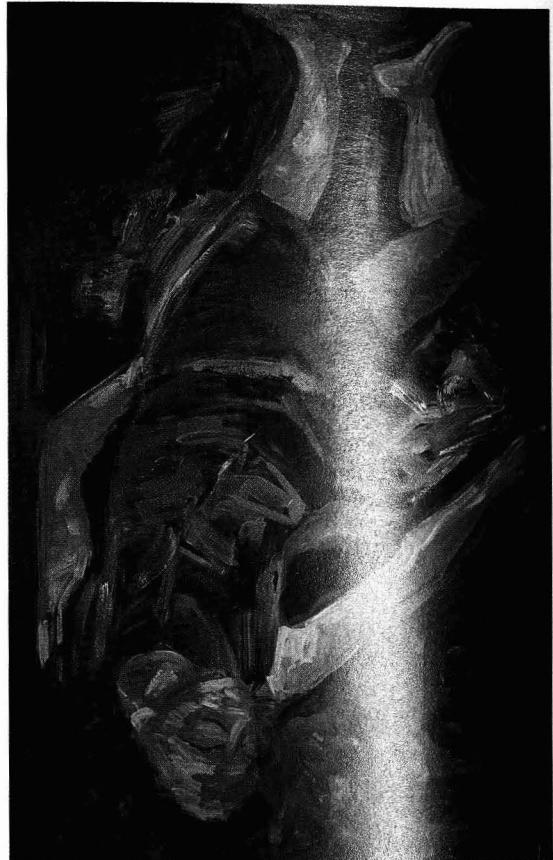
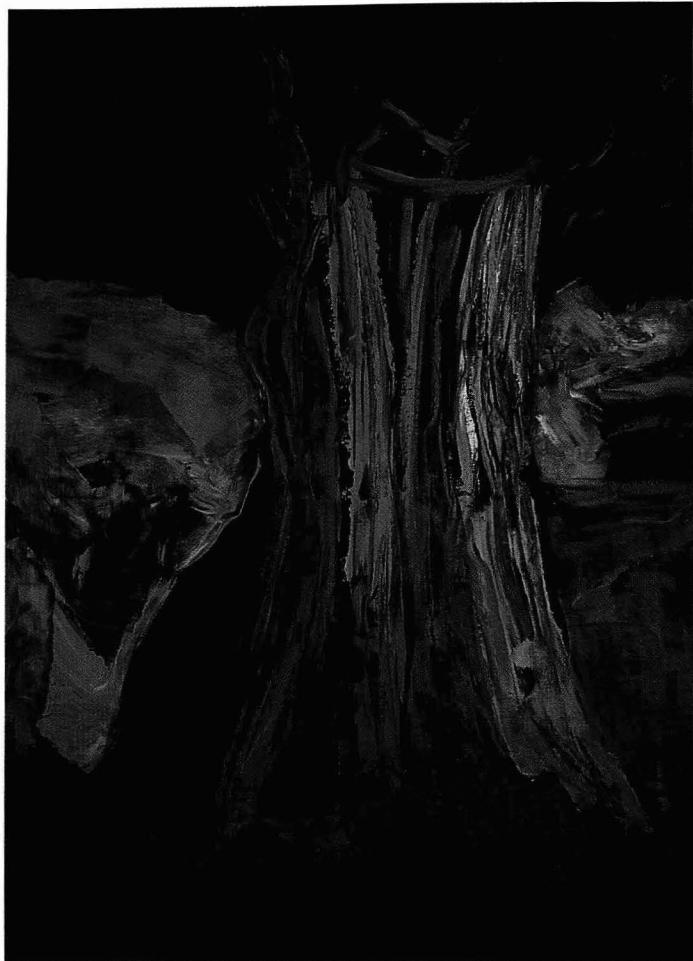


*Vestigios del  
Centro Histórico,  
1993,  
óleo/lino,  
95 x 137 cm*

con el título *Objetos de bodega*. Si se me permite el elogio diré que se trataba de una soberbia exposición de bodegones. El blanco titanio y la paleta de Parodi hicieron gala allí de un trabajo altamente refinado. Más que ir en direcciones contrarias, tanto la exposición del Museo del Palacio de Bellas Artes como la de bodegones se complementaban. *Objetos de bodega* era la minucia en extremo; *Expresiones y reflexiones* era una libertad incandescente, de gran aliento. En la primera se podía saber hasta



*Fe y ruinas,  
1995,  
óleo/lino,  
95 x 137 cm*

*Atentado*, 1996, óleo/lino, 177 x 110 cm*Árbol viejo uno*, 1996, óleo/lino, 200 x 154 cm

el número de la espátula con la que había aplicado el óleo, se podía ver la retícula del lino, se podía saber la calidad de los aceites. En la segunda, la aplicación requería de grandes esfuerzos, de ejecuciones rápidas donde la brillantez de la pintura debía quedar en el lugar exacto. En ambas se evidenciaban la experiencia y el dominio para la obtención de veladuras.

Roberto Parodi pertenece a una generación de artistas mexicanos que se desenvuelve en un mercado que otrora no existía, y que muchas veces ha sido trampa y límite en la búsqueda y la experimentación. Se trata de un mercado que busca la complacencia y la decoración: no el diálogo ni las posibilidades sino el monólogo y la cancelación de cambio. No han sido pocos los artistas contemporáneos de Parodi que han perdido su espíritu de experimentación, con lo que han dejado una obra repetitiva, cansada, amanerada, que ha nutrido colecciones que se distinguen por la cantidad y no por la calidad. Pese a contar con un grupo sólido de coleccionistas, Parodi es el rebelde que puede romper con un tema o un estilo para arremeter con vigor otro, no importándole las leyes que demanda el comercio. A su personalidad de estudioso habrá que sumar su actitud de independencia. Por esa razón no es difícil entender que se encuentra, en vía directa, emparentado con la mejor tradición plástica, que va de un Giotto a un Zurbarán, a un Orozco. Sus posibilidades, en ese sentido, son muchas, y con Parodi entendemos que la muerte de la pintura es quimera que persiguen sólo unos cuantos ignorantes. ♦

#### Catálogos consultados

Del Conde, Teresa y José Luis Cuevas, *Roberto Parodi. Parajes del silencio*, Museo de Arte Moderno, México, 1990, 22 pp.

Juanes, Jorge, *Roberto Parodi. Expresiones-reflexiones*, Museo del Palacio de Bellas Artes, México, 1996, 33 pp.

Fotos:  
Rafael Doniz

# Cuando Antonio Caso conoció Sudamérica

PABLO YANKELEVICH

**F**n abril de 1921, Antonio Caso recibió la encomienda de encabezar una misión especial encargada de representar a México en los actos conmemorativos de la Independencia peruana. Conocida esta designación, la legación en Buenos Aires remitió un telegrama al secretario de Relaciones Exteriores Alberto J. Pani, sugiriendo la conveniencia de extender el viaje a otros países. La respuesta no tardó en llegar: "A Caso, además de la misión en Perú, se le ha encomendado hacer una gira cultural por los principales países de Sudamérica."<sup>1</sup> Así, entre julio y noviembre de aquel año, Antonio Caso visitó Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro.

¿Por qué razones el gobierno mexicano recurrió a un profesor universitario para hacerse representar en Perú?, ¿qué motivos justificaron la ampliación del itinerario? Las respuestas deben encontrarse en los esfuerzos de los gobiernos revolucionarios por hacer frente a una impresionante campaña estadounidense tendiente a desestimular a México y a su Revolución. Los esfuerzos se iniciaron con Carranza, quien sin ahorrar hombres ni recursos articuló una impresionante red de propaganda que, en el espacio latinoamericano, permitió decantar imágenes de una nación en pie de lucha contra injusticias seculares y agresiones extranjeras. Sin embargo, fue obra de Vasconcelos el proyecto cultural que dotó a México de la más firme imagen que se opuso a la trasmisión de nociones acerca de un país presa de la barbarie y la anarquía.

El núcleo de intelectuales que capitaneó Vasconcelos proyectó su liderazgo a una juventud rebelde latinoameri-

cana para terminar convenciendo de que el programa de la Reforma Universitaria de 1918 cristalizaba en las realizaciones del gobierno mexicano. Educación popular, nacionalismo cultural, florecimiento de actividades artísticas, establecimiento de bibliotecas y edición de millares de libros fueron ideas que formaron parte de un frontal combate a desigualdades e injusticias que habían encontrado legitimación al amparo de un positivismo de cuño porfiriano.

Las acciones de Vasconcelos, sus apelaciones transgresoras de formulismos y un discurso que depositó en los jóvenes la jefatura de un programa llamado a democratizar las sociedades iberoamericanas no pudieron sino despertar las más firmes adhesiones en aquella generación universitaria definida alguna vez por uno de sus líderes como "el más joven núcleo de inadaptados sociales".<sup>2</sup>

En 1921, México fue la sede del Primer Congreso Internacional de Estudiantes, en el que buena parte de "aque-lllos inadaptados sociales" establecieron contacto directo con las ideas de Vasconcelos y el programa de la Revolución. No fue casual entonces que meses antes de la realización del Congreso Antonio Caso recibiera la encomienda de embarcarse en una "gira cultural" por América del Sur.

Una sucesión de conferencias hilvanaron aquel viaje que sirvió para vincular por primera vez al destacado profesor mexicano con el medio universitario latinoamericano. Aquellas conferencias se desplegaron sobre una serie premisas de carácter filosófico que despertaron en el público simpatías por el personaje y el país que representaba. La inevitable asociación de los postulados doctrinales con el lu-

<sup>1</sup> Archivo Histórico-Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHSREM), México, Exp. LE 1350, ff. 2, 12 y 23.

<sup>2</sup> "Discurso de José María Monner Sans en La Demostración a Amado Nervo", en Nosotros, Buenos Aires, año XIII, núm. 120, abril de 1919, p. 578.

gar de pertenencia del conferencista permitieron, sobre todo en Perú, ventilar una acción política de cuño opositor al estado de cosas vigente.

“La definición del arte en Bergson” fue el título de una conferencia pronunciada en Lima. En aquella oportunidad, Óscar Miró Quesada al hacer la presentación expresó: “Caso fue en México el feliz iniciador de la reacción idealista que hoy se nota en el movimiento intelectual de ese país, después de pasar por un largo periodo de positivismo fanático y de materialismo intransigente.”<sup>3</sup>

La oratoria de Caso sedujo al público peruano, entre el cual destacó un nutrido contingente de estudiantes que, bajo el liderazgo de Luis Alberto Sánchez y Víctor Haya de la Torre, fue el destinatario de mensajes que Caso entregó en nombre de la Federación de Estudiantes de México.<sup>4</sup> La representación que otorgaron a Caso los universitarios mexicanos motivó una amplia movilización por la reapertura de la Universidad de San Marcos, clausurada meses antes por decisión del cuerpo de profesores en oposición al intervencionismo del presidente Augusto Leguía, así como al reformismo de un sector del estudiantado.<sup>5</sup> Este último, precisamente, fue el responsable de organizar una reapertura “simbólica” para que el visitante mexicano disertara en el paraninfo universitario sobre “La individualidad, la personalidad y la divinidad”. Detrás de la figura de Caso se parapetó la dirigencia estudiantil limeña, y la conferencia, aprovechada como escenario de reclamos y reivindicaciones, concluyó cuando “a la caída de la tarde, ciertos barrios contemplaron atónitos el desfile bullicioso de un reducido grupo de estudiantes y obreros, precedidos por un hombre de cabeza beethoveniana [...] que vivaban a la libertad, a México y al maestro Caso”.<sup>6</sup>

Todavía en Perú, el académico mexicano declaró que postulados socialistas animaban el programa del gobierno mexicano. Esta línea argumental, sostenida a lo largo de todo su viaje, calificaba un discurso político gubernamental empeñado en explicitar su condena a cualquier forma de injusticia social. Esta condena junto con la voluntad por construir

<sup>3</sup> El Comercio, Lima, 27 de julio de 1921.

<sup>4</sup> Antonio Caso llevaba la encomienda de gestionar el nombramiento y traslado de una delegación de estudiantes peruanos al Congreso Internacional de Estudiantes. Véase AHSREM, exp. 7-16-58.

<sup>5</sup> Véase J. M. Gamara Romero, *La reforma universitaria: el movimiento estudiantil en los años veinte en el Perú*, Lima, 1987; E. Cornejo Koster, “Crónica del movimiento estudiantil peruano” en J. C. Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina, 1918-1938*, Siglo XXI, México, 1978, pp. 232-266.

<sup>6</sup> L. A. Sánchez, *Haya de la Torre o el político*, Santiago de Chile, El Ercilla, 1934, pp. 73 y 74. Una crónica detallada de estos actos fue publicada en *El Comercio*, Lima, 9 de agosto de 1921.

una sociedad más igualitaria condujeron a que posiciones políticas fueran etiquetadas como socialistas, sin que ello significara adscripción ideológica alguna al cuerpo doctrinal del socialismo ni del comunismo europeo; por el contrario, en sintonía con un “clima de época”, aquel calificativo tuvo la ventaja de delimitar y condensar anhelos libertarios y propuestas justicieras de manifestación universal. Caso, con una reciente conversión al campo revolucionario, explicaba a un periodista peruano los móviles de la Revolución:

El mío es un país cuantiosamente rico, y Díaz sólo se cuidó de enriquecer más el erario, pero descuidó otros aspectos del orden administrativo. Después de años y años de una política obcecadamente ordenada, pero también estrechamente practicista, despertaron ideales gallardos y libertarios que sedujeron al pueblo y le llevaron al combate en las calles y en el campo. En el fondo vibraba un fuerte sentimiento socialista.

Cuando el periodista inquirió sobre el significado de aquel sentimiento, Caso respondió: “el socialismo es ya una ciencia, y nadie duda de que, repartidas las cosas como al presente, parecen mal repartidas”.<sup>7</sup>

Antonio Caso llegó a Chile a finales de agosto de 1921. Con el pomposo nombramiento de embajador especial de su gobierno, de inmediato circunscribió el campo donde desenvolvería su misión: “soy portador del encargo de presentar a la Universidad el mensaje de confraternidad que me confió la de mi patria junto con otros para las universidades de Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro”.<sup>8</sup> El mensaje perseguía objetivos concretos: “vivimos una época de acción, no debemos contentarnos con vana palabrería, necesitamos la práctica del acercamiento intelectual”.<sup>9</sup> En representación de un país “donde ya no hay más tiranos”<sup>10</sup> proclamó su convencimiento de que “la igualdad de clases es un hecho en nuestro país y uno de nuestros más legítimos triunfos”.<sup>11</sup>

Sin el menor interés por realizar una apología del régimen, disertó sobre filosofía y literatura. Según lo recuerda Enrique González Martínez, Caso “llegó, habló y triunfó”<sup>12</sup> lo mismo en una conferencia sobre Sor Juana Inés de la Cruz

<sup>7</sup> El Comercio, Lima, 10 de agosto de 1921.

<sup>8</sup> El Mercurio, Santiago de Chile, 24 de agosto de 1921.

<sup>9</sup> El Diario Ilustrado, Santiago de Chile, 24 de agosto de 1921.

<sup>10</sup> La Nación, Santiago de Chile, 24 de septiembre de 1921.

<sup>11</sup> El Mercurio, Santiago de Chile, 24 de agosto de 1921.

<sup>12</sup> E. González Martínez, *Misterio de una vocación. La apacible locura*, Offset, México, 1985, p. 92.

y Juan Ruiz de Alarcón que en otra dedicada al lema de la Universidad mexicana.<sup>13</sup> Gabriela Mistral reseñó aquella visita, dejando testimonio de la “conquista espiritual” que México había iniciado en su país, al punto que, poco después, decidió su traslado para colaborar con Vasconcelos:

Antonio Caso estuvo entre nosotros, y en dos conferencias reveló el México prodigioso que el cable no revela, que hasta suele ocultar entre torpezas de exageraciones revolucionarias: el admirabilísimo México de la cultura. Vino a afianzar la conquista espiritual que ha realizado en Chile Enrique González Martínez.<sup>14</sup>

Mientras en México se desenvolvían los festejos del Centenario, Antonio Caso llegó a Buenos Aires. La ciudad lo sorprende, “superó toda idea que se trae hecha, Buenos Aires no sólo satisface los sentidos en su magnitud, excita la imaginación con el porvenir que se presente”.<sup>15</sup> La conmemoración de la Independencia de México dio lugar a una ceremonia oficial que constituyó un homenaje al ilustre visitante.<sup>16</sup> Julio Jiménez Rueda publicó una semblanza de Caso, en el que lo ubicó en el contexto de “una nueva generación de pensadores cuyos orígenes se remontan a la Sociedad de Conferencias, primero, y al Ateneo de la Juventud, después”. En Argentina, por vez primera, se publicaba un ensayo que recorría obras y hombres de la más reciente historia cultural de México, y también, por primera ocasión, se tuvo contacto con “el conferencista más noble con que contamos en la actualidad”.<sup>17</sup> Caso impartió cuatro conferencias, se reunió con escritores e intelectuales reunidos alrededor de la *Revista de Filosofía*, que dirigía José Inge-

nieros, concedió entrevistas, presidió actos oficiales de la Legación y además asistió a todos los homenajes que le tributaron gobierno e instituciones académicas y sociales.<sup>18</sup> Todo ello fue suficiente para que Manuel Álvarez, cónsul mexicano en Buenos Aires, reportara al presidente Obregón:

Una sola conferencia científica, de las diversas que dio el señor Caso, ante lo más selecto del mundo intelectual argentino, ha sido bastante para borrar, de una sola plumada, la mala impresión que este pueblo tenía del nuestro, debido a la insidiosa labor del cinematógrafo y de cierta prensa ex-



tranjera empeñada en hacernos aparecer como un pueblo semibárbaro.<sup>19</sup>

La prensa diaria resaltó el éxito de aquella embajada intelectual; a manera de reseña de una conferencia, en un editorial se apuntó:

Convengamos en que a pesar ... del precedente sentado por las altas intelectualidades mexicanas que en diversas oportu-

<sup>13</sup> *El Mercurio*, Santiago de Chile, 30 y 31 de agosto de 1921.

<sup>14</sup> *Ibid*, 8 de septiembre de 1921.

<sup>15</sup> *La Unión*, Buenos Aires, 10 de septiembre de 1921.

<sup>16</sup> Sobre estos homenajes véase Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Sección Política (AMREC-SP), Argentina, Caja 2012, Exp. 11, y *La Nación* y *La Prensa*, Buenos Aires, 16 de Septiembre de 1921.

<sup>17</sup> J. Jiménez Rueda. “Don Antonio Caso a su paso por Buenos Aires”, en *Bajo la Cruz del Sur, impresiones de Sudamérica*, Librería Editorial Manuel Mañón, Buenos Aires, 1922, pp. 50 y 53.

<sup>18</sup> Caso disertó sobre “La intuición y la expresión artística” en la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres; “El valor de la vida” en el Instituto Popular de Conferencias; “El problema moral del progreso” en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, y “El problema filosófico de la educación” en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata. Véase *La Prensa*, Buenos Aires, 16, 18, 24, 27 y 30 de septiembre de 1921.

<sup>19</sup> Archivo General de la Nación, México, Grupo Documental Álvaro Obregón, Exp. 104-P-123. f.18.

tunidades nos han honrado, no había despertado la expectativa que suele rodear al debut de muchos conferencistas que se han preocupado en preparar el ambiente con una estruendosa y hábil propaganda y, sin embargo, muy pocas veces hemos tenido la oportunidad de escuchar a un conferencista más elocuente, dentro de la más absoluta sencillez, a un expositor más fácil, dentro de la profundidad que el tema requiere, a un profesor más convincente, dentro de la austerioridad que la cátedra impone.<sup>20</sup>



Fue en Montevideo donde Caso habló ampliamente sobre la situación mexicana. En una serie de entrevistas expuso opiniones sobre la Revolución y sus hombres, aunque básicamente intentó otorgar sustancia filosófica al movimiento revolucionario. Definió a éste como una afirmación de un sentido vital fundado en la "caridad". En la "negación del egoísmo causa de todos los males" inscribía la razón de ser y el programa de los revolucionarios. "La Revolución no es Madero, no es Carranza, no es Villa ni Obregón, la Revolución es caridad, es creación, es contenido moral, sustancia ética, es la realización del bien", y el bien

es lograr la felicidad de seis millones de indios que constituyen la masa esencialmente popular de la nación mexicana; lograr su felicidad significa conseguir su riqueza y su educación. El bien es la destrucción del latifundio y la distribución de las tierras al campesino, que quiere decir que

<sup>20</sup> La Unión, Buenos Aires, 19 de septiembre de 1921.

el bienestar de los demás no debe privar sobre el bienestar de los menos.<sup>21</sup>

Contra Carranza, quien renegó del contenido "caritativo" del movimiento, se alzó Obregón; su gobierno "es fuerte no precisamente porque lo apoye un ejército poderoso, sino porque descansa en el programa que la Revolución aspira a realizar".<sup>22</sup>

La gira de Antonio Caso concluyó en Río de Janeiro. Durante la quincena que permaneció en Brasil, entrevistas, discursos, conferencias, recepciones oficiales y actos protocolarios sirvieron para ensanchar la presencia de México en los medios académicos brasileños. Caso dio cuenta de la completa rectificación de valores operada en su país, anunciando algunos de los efectos más significativos de la Revolución en el mundo de las ideas:

En las universidades mexicanas se nota gran preferencia por el estudio de las nuevas corrientes de la filosofía. Éstas van influyendo paulatinamente en el pensamiento de los círculos más avanzados, que como se sabe, estaban arraigados en una profunda condición positivista. El positivismo fue la doctrina del dictador Porfirio Díaz, y ejerció apreciable influencia en muchos de los actos del ex presidente de México.<sup>23</sup>

Semanas después de haber regresado a México, Antonio Caso recibió el nombramiento de rector de la Universidad Nacional. El también Maestro de la Juventud coronaba su gira con aquella designación que en América Latina no dejó de asociarse a una imagen que, el ahora rector, colaboró en construir: "la prensa y los medios intelectuales se refieren a México como vanguardia heroica de la latinidad en América" indicó, desde Brasil, un diplomático mexicano.<sup>24</sup> Y en efecto, cuando Antonio Caso asumió la Rectoría, su figura abanderaba ya la causa simbólicamente contenida en el escudo y en lema de la universidad mexicana. ♦

<sup>21</sup> El Bien Públco, Montevideo, 2 de octubre de 1921.

<sup>22</sup> La Noche, Montevideo, 8 de octubre de 1921.

<sup>23</sup> Río Jornal, Río de Janeiro, 21 de octubre de 1921.

<sup>24</sup> AHDSRE, Exp. LE 1350. f. 55.

# Los Cristos españoles de Unamuno

MARÍA ANDUEZA

**E**l carácter agónico del cristianismo, ampliamente defendido y difundido por don Miguel de Unamuno —recordemos su penetrante ensayo *La agonía del cristianismo* (1925)—, habría de encontrar en la imagen de Cristo crucificado el símbolo trágico de todas sus angustias existenciales y la viva encarnación del sentir del pueblo español. A juzgar por la frecuencia de citas, alusiones, ruegos, oraciones, soliloquios, poemas y prosas dedicadas al Crucificado, el famoso rector de la Universidad de Salamanca tenía muy presente la imagen de Cristo con sus brazos extendidos en la cruz y el espíritu en perpetua agonía. Ahora bien, Unamuno señaló explícitamente la diferencia entre el Cristo de la resurrección y el Cristo de la pasión. Así, en el artículo “El Cristo español”, incluido en *Mi religión y otros ensayos*, Unamuno dará la razón de sus preferencias cristológicas por el Cristo agonizante:

Sí, hay un Cristo triunfante, celestial, glorioso: el de la Transfiguración, el de la Ascención, el que está a la diestra del Padre; pero es para cuando hayamos triunfado, para cuando nos hayamos transfigurado, para cuando hayamos ascendido. Pero aquí, en esta plaza del mundo, en esta vida que no es sino trágica tauromaquia, aquí el otro, el lívido, el acardenalado, el sanguinolento y exangüe.<sup>1</sup>

Unamuno establece la relación entre el cristiano auténtico y el Cristo agonizante: “Y así como el cristianismo, está siempre agonizando el Cristo.”<sup>2</sup> En este mismo ensayo, Unamuno precisa su gusto por “esos Cristos lívidos, escuálidos,

dos, acardenalados, sanguinosos, esos Cristos que alguien ha llamado feroces”.<sup>3</sup> En *La agonía del cristianismo*, Unamuno precisa la diferencia entre el Cristo agonizante en la cruz y el Cristo yacente en el sepulcro:

Terriblemente trágicos son nuestros crucifijos, nuestros Cristos españoles. Es el culto a Cristo agonizante, no muerto. El Cristo muerto, hecho ya tierra, hecho paz, el Cristo muerto enterrado por otros muertos, ese el del Santo Entierro, es el Cristo yacente en su sepulcro; pero el Cristo al que se adora en la cruz es el Cristo agonizante, el que clama *consummatum est!* Ya a este Cristo, al de “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt. 27, 46), es al que rinden culto los creyentes agónicos.<sup>4</sup>

La imagen del Crucificado no sólo fue foco de atracción religiosa sino también poderoso acicate para la creación poética para el famoso rector de la Universidad de Salamanca. Unamuno, que se consideraba ante todo poeta, y que lo era en alto grado (en palabras de Rubén Darío, “Miguel de Unamuno es ante todo un poeta y quizás sólo eso”;<sup>5</sup> o a juicio de Luis Cernuda, “Unamuno sea probablemente el mayor poeta que España ha tenido en lo que va del siglo”);<sup>6</sup> sabe traducir sus obsesiones en poesía y así forma lo que pudiera llamarse un *corpus poeticum* cristológico unamuniano. Cabe señalar que Unamuno habla de un *Cristo español* y que su cristología es marcadamente española, a la

<sup>1</sup> Miguel de Unamuno, *Mi religión*, p. 29.

<sup>2</sup> Miguel de Unamuno, *La agonía*, “I. La agonía”, p. 30.

<sup>3</sup> “Prólogo de Rubén Darío”, en Miguel de Unamuno, *Poesía completa*, vol. 2, Alianza Editorial (Alianza Tres, 201), Madrid, 1987, p. 107.

<sup>4</sup> Luis Cernuda, *Estudios sobre poesía española contemporánea*, Guadarrama (Colección Guadarrama de Crítica y Ensayo, 11), Madrid, 1957, p. 90.

<sup>1</sup> Miguel de Unamuno, *Mi religión y otros ensayos breves*, Espasa Calpe (Austral, 299), Madrid, 1986, p. 33.

<sup>2</sup> Miguel de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, Alianza Editorial (El libro de bolsillo, 1811), Madrid, 1992, p. 30.

manera unamuniana, es decir, poética. En su famosa “ni-vola”, *Niebla*, Unamuno afirma: “el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna, y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor don Quijote: un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡sea la luz!, y su verbo fue verbo español” (cap. xxxi). Acerca de estos Cristos, típicamente españoles, Unamuno escribe una serie de poemas: “El Cristo de Cabrera” (1899), “El Cristo de la Colegiata” (1910-1911), “El Cristo yacente de santa Clara” (1913) y *El Cristo de Velázquez* (1920). La predilección por estos dolientes Cristos españoles acompañó a Unamuno durante toda su vida. Sin embargo, pareciera que después de escribir *El Cristo de Velázquez*, Unamuno había olvidado los feroces Cristos de Palencia. Pero no fue así, ya que en composiciones posteriores, por ejemplo, el poema 1294 de su *Cancionero*, fechado el 14 de octubre de 1929, Unamuno habla del “Cefudo Cristo martillo / de los ojos de azabache”. En el ya citado artículo “El Cristo español”, publicado en la primera década del siglo XX, parece haberlo vaticinado: “El que templá su alma, o la destempla —no lo sé— en la contemplación de los Cristos ensangrentados y desangrados, no se hace luego a otros.”<sup>7</sup>

### “El Cristo de Cabrera”

El poema lleva el epígrafe “Recuerdo del 21 de mayo de 1899” y está incluido en el libro *Poesías* (1907).<sup>8</sup> El Cristo de Cabrera se veneraba en una ermita de la dehesa salmantina de igual nombre, a unos treinta kilómetros al sur de la capital. La ermita está situada en un valle rodeado de encinares que impregnan el paisaje de noble austeridad (“La encina grave / de hoja oscura y perenne ... derrama austeridad por el ambiente”, vv. 9, 10 y 13); valle solitario y silencioso “valle bendito, solitario retiro / del Cristo de Cabrera, / tu austera soledad bendita sea”, vv. 5-7). Fina evocación del paisaje y del campo de Salamanca y exaltación de la “Naturaleza / que es cristiana también” (v. 60). Unamuno se une en esta valoración del paisaje a la Generación del 98. Calma del campo que invita a “descansar renunciando a todo vuelo” (v. 19), esperando la muerte. Los labriegos y campesinos leoneses y castellanos adoran y veneran “al pobre Cristo / amasado con penas, / al Cristo campeño / del valle de Cabrera” (vv. 122-125). Esta imagen

<sup>7</sup> Miguel de Unamuno, *Mi religión*, p. 31.

<sup>8</sup> Miguel de Unamuno, *Poesía completa*, vol. 1, Alianza Editorial (Alianza Tres, 1911), Madrid, 1987, pp. 78-82.

del Cristo de Cabrera es de expresión áspera, hierática e imposible “torpe bosquejo / de carne tosca” (vv. 111 y 112):

No es tal imagen ni aun trasunto vago  
del olímpico cuerpo que forjaron  
los que con arte y juego  
poema hicieron de la humana forma,  
sino torpe bosquejo  
de carne tosca  
con sudor amasada del trabajo  
en molde de piedra  
sobre la dura tierra (vv. 108-116).

Figura tosca y ruda, pero esa tosqueda y rudeza no impedirá que se desprenda del rostro de la imagen el más grande consuelo para los campesinos:

¡Cuántos bajo el mirar de aquella imagen,  
mirar hierático,  
dulce efluvio sedante  
sintieron que sus penas adormía  
y que el divino bálsamo  
tornábales al sueño de la vida,  
y a la resignación! (vv. 139-145).

### “El Cristo de la Colegiata”

Este poema tiene en realidad el título de “Junto a la vieja Colegiata”,<sup>9</sup> fue incluido en *Andanzas y visiones españolas* (1922) y tipográficamente escrito en forma de poema en prosa o prosa poética.<sup>10</sup> Unamuno evoca las ruinas de un viejo templo abandonado donde ya no arden cirios ni brillan luces, sólo un quieto silencio de piedra invade el recinto. Cristo en un desolado rincón se aburre sin recibir la adoración y las plegarias de las almas devotas:

Solitario en oscuro rincón Cristo lívido  
sin las almas hallábase  
que postradas antaño a sus plantas  
perdón le pedían (vv. 5-8).

La soledad y el silencio del tétrico lugar sólo se interrumpe por el revolotear de los murciélagos, el pilar de las golon-

<sup>9</sup> Miguel de Unamuno, *Ibid*, vol. 2 (Alianza Tres, 201), pp. 62 y 63.

<sup>10</sup> La versión en prosa puede encontrarse en Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Porrúa (Sepan Cuantos, 408), México, 1983, pp. 253 y 254.

drinas y el castañeteo de las cigüeñas —canto litúrgico con el que esas aves emigrantes cuentan los días para levantar el vuelo y peregrinar hacia alguna lejana mezquita “rayana al Sahara” (v. 31)—. El grave canto de las aves es el único sonido que percibía el Cristo solitario de la Colegiata. Quizá para evitar la monotonía del cuadro, Unamuno va introduciendo a lo largo de todo el poema la rima y el ritmo esdrújulos como el mejor artificio rítmico para dar mayor énfasis y despertar la atención: *cúpula, románico, lívido, bóvedas, apocalíptica, bárbaros, mística, tétrico, túmulo, vivífico, ábside, ágiles, hierática, sonábulos, eurítmico, márgenes, lúgubre, litúrgico, éxodo*. Rima esdrújula que Unamuno mantiene también en los tiempos verbales: *hallábase, esperándole, marchándose, aburriéndose*. Es conocida la dificultad que presenta conservar la rima esdrújula por el carácter erudito del vocabulario, pero Unamuno sabe vencer airosamente este obstáculo al elegir este artificio rítmico por su énfasis y porque cuadra mejor con espíritu del poema y con interés de los lectores:

Y el Cristo solitario, preso en aquel *lúgubre*  
interior *aburriéndose*,  
oye de fuera el alegre pío  
de las golondrinas  
y el castañeteo, como un rezo *litúrgico*;  
con que cuentan del *éxodo*  
las cigüeñas los días que faltan  
¡aves peregrinas! (vv. 40-47).<sup>11</sup>

porque él, el Cristo de mi *tierra* es sólo  
*tierra, tierra, tierra, tierra...*  
carne que no palpita,  
*tierra, tierra, tierra, tierra...*  
cuajarones de sangre que no fluye,  
*tierra, tierra, tierra, tierra...* (vv. 145-150).<sup>14</sup>

La reiteración de la palabra *tierra* configura un ritmo de pensamiento que golpea mentalmente: todo es *tierra, tierra, tierra*. Con trazo vigoroso, Unamuno presenta al Hijo de Dios como “Cristo formidable de esta *tierra*” (v. 22), “Cristo cadáver” (v. 63), “Cristo que “no resucita; ¡para qué, no espera / sino la muerte misma” (vv. 25 y 26), “Cristo que, siendo polvo, al polvo ha vuelto” (v. 41), “Cristo tráshumano” (v. 45), “Cristo pesadilla” (v. 37), “terrible Cristo / que no despertará sobre la *tierra*” (vv. 143 y 144). Además, las imágenes y metáforas de la figura de Cristo acusan rasgos de fuerte naturalismo: “mojama recostrada con la sangre” (v. 89), “cuajada sangre negra” (v. 90), “escurraja de hombre troglodítico” (v. 99), “árida carroña recostrada / con cuajarones de la sangre seca” (vv. 135 y 136). Unamuno describe un Cristo español y lo declara explícitamente: “Este *Cristo español* que no ha vivido, / negro como el mantillo de la *tierra*” (vv. 103 y 104), “aunque el zurrón de huesos y de polvo / no es ni varón ni hembra; / que este *Cristo español* sin sexo alguno” (vv. 127-129).<sup>15</sup>

Cristo de santa Clara, homónimo del paisaje castellano: “yace cual la llanura, horizontal, tendido, / sin alma y sin esperanza, / con los ojos cerrados” (vv. 105-107). Los versos finales del poema parecen rescatar la esperanza de la salvación, ya que son los únicos que levantan el ánimo del creyente: “¡Y tú, Cristo del cielo, redímenos del Cristo de la *tierra*!” (vv. 151 y 152).

### “El Cristo yacente de santa Clara”

Este Cristo se venera en Palencia en la Iglesia de la Cruz. El poema se publica en *Andanzas y visiones españolas* (1922)<sup>12</sup> y en prosa rítmica.<sup>13</sup> “El Cristo yacente de santa Clara” alcanza la máxima expresión de la cristología terrena. Cristo se humana hasta el extremo de hacerse polvo y tierra. Por ello la recurrencia a esta palabra, *tierra*, se hace necesaria, continua y obsesiva. Observemos la gradación progresiva de la serie:

Porque este Cristo de mi *tierra* es *tierra* (v. 50 y 88)  
pues este Cristo de mi *tierra* es *tierra* (v. 132)  
carne y sangre hechos *tierra, tierra y tierra* (v. 138)

### El Cristo de Velázquez

En el artículo “En Palencia”, agosto de 1921, de *Andanzas y visiones españolas*, Unamuno confiesa que fue el remordimiento de haber escrito “El Cristo yacente de santa Clara” (1913), llamado momia, trágico Cristo de la tierra, lo que le impulsó a escribir *El Cristo de Velázquez* (1920), polo opuesto a la atroz descripción de la imagen de Palencia: “Y fue cierto

<sup>11</sup> Los subrayados son míos.

<sup>12</sup> Miguel de Unamuno, *Poesía completa*, vol. 2, pp. 58-62.

<sup>13</sup> La versión en prosa puede encontrarse en la edición de Porrúa, véase nota 10, pp. 252 y 253. Los 152 endecasílabos, heptasílabos, pentasílabos guardan el ritmo asonante en e-a.

<sup>14</sup> Los subrayados son míos.

<sup>15</sup> Unamuno alude con frecuencia al “Cristo español en el que se cifra y encierra el alma inmortal de mi pueblo”, *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. xi, Espasa-Calpe (Austral, 4), 1966, p. 2.



remordimiento de haber hecho aquel feroz poema —lo hice en esta misma ciudad de Palencia, y en dos días— lo que me hizo emprender la obra más humana de mi poema *El Cristo de Velázquez*, el que publiqué este año.<sup>16</sup>

Juan Ramón Jiménez considera este poema como la obra suprema de Unamuno: “Don Miguel de Unamuno, peñón adusto y desdeñoso, publicó su Cristo, uno de los libros más hermosos de toda la literatura española.”<sup>17</sup> Se ha señalado la diferencia entre este *Cristo de Velázquez* y los otros *Cristos unamunianos*. La más notable diferencia, a mi parecer, es que en *El Cristo de Velázquez* está de por medio la visión del arte del pintor sevillano del siglo XVII:

Vara mágica  
nos fue el pincel de don Diego Rodríguez  
de Silva Velázquez. Por ella en carne  
te vemos hoy. Eres el Hombre eterno  
que nos hace hombres nuevos... (I Parte, vv. 6-10).<sup>18</sup>

Para escribir el poema *El Cristo de Velázquez*, Unamuno debió contemplar insistenteamente la bellísima pintura. De ahí surgen analogías profundas entre el arte y la poesía. *El Cristo de Velázquez* nace del arrepentimiento de haber escrito el atroz poema del Cristo de Palencia y, también, de la contemplación del Cristo velazqueño del que emana la fe del pueblo español:

Aquí encarnada

en este verbo silencioso y blanco  
que habla con líneas y colores, dice  
su fe mi pueblo trágico (vv. 4-7).

El Cristo de Velázquez ya no es un Cristo agonizante, sino un hombre bello muerto en quien se refleja la divinidad. En el cuadro velazqueño el cuerpo de Cristo es pura y blanca luz proyectada sobre el negro fondo del cuadro. El luminoso cuerpo de Cristo glorificado destierra la oscuridad y las sombras: “¡porque es tu blanco cuerpo manto lúcido / de la divina inmensa oscuridad!” (I Parte, I, vii). El lenguaje unamuniano proyecta el adjetivo *blanco*. Obsérvese cómo la descripción del cuerpo de Cristo se matiza con la pinçelada de ese color:

Blanco tu cuerpo está como el espejo  
del padre de la luz, del sol vivífico  
blanco tu cuerpo al modo de la luna (vv. 8-10)  
blanco tu cuerpo está como la hostia (v. 13)  
Por Ti, el Hombre muerto que no muere,  
blanco cual luna de la noche (vv. 25 y 26)  
vela el Hombre sin sangre, el Hombre *blanco*  
como la luna de la noche negra;  
vela el Hombre que dio toda su sangre  
porque las gentes sepan que son hombres (vv. 31-34).<sup>19</sup>

Unamuno enriquece su visión poética de Cristo con textos bíblicos: el epígrafe de los *Cantares*, V, 10: “Mi amado es blanco” (I Parte, IV), y la blancura espiritual y divina del texto de san Pablo: “Y el Señor para el cuerpo” (I Cor. 6, 13), lema en español y griego, que Unamuno coloca al comienzo de su gran poema y que, a no dudar, es columna vertebral de *El Cristo de Velázquez*:

Revelación del alma que es el cuerpo,  
la fuente del dolor y de la vida,  
inmortalizador cuerpo del Hombre,  
carne que se hace idea ante los ojos,  
cuerpo de Dios, el Evangelio eterno (I Parte, III, vv. 1-5).<sup>20</sup>

<sup>16</sup> Los subrayados son míos.

<sup>20</sup> Unamuno parece condensar en el poema la fe de España. En una carta a Texeira de Pascoaes, 28 de julio de 1913, escribió: “A mí me ha dado ahora por formular la fe de mi pueblo, su cristología realista, y ... lo estoy haciendo en verso. Es un poema que se titulará *Ante el Cristo de Velázquez* y del que llevo escritos más de setecientos endecasílabos. Quiero hacer una cosa cristiana, bíblica y ... española.”

<sup>17</sup> Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, p. 230.

<sup>18</sup> Juan Ramón Jiménez, *El trabajo gustoso*, Aguilar, Madrid, 1961, p. 233.

<sup>19</sup> Miguel de Unamuno, *El Cristo de Velázquez*, en *Poesía completa*, vol. 1, pp. 345-347.

# Figuración

FERNANDO FERNÁNDEZ

Lo imagino toda la noche yendo  
y viniendo,  
del patio al comedor,  
de la celda al jardín iluminado,  
en camisón de falda larga  
con gorro de dormir y palmatoria  
neoclásica.

Lo miro componer  
allá, con trote hermoso  
—y talento librando las cisuras—  
una nueva canción,  
y aquí escandir sublimes melodías.

En pleno día, acosando la impostura  
de una turba de falsos inspirados  
—terratenientes de cascajos  
líricos—,  
puedo verlo, mañana, en bata china,  
al momento en que tumba una mampara,  
o destruye un tibor,  
y se carga el bambú de la terraza...

Compositores hubo de emolientes hiatos,  
autores de imposibles sinalefas  
y melopeas utópicas,  
mas ningüino como él  
—ni Filomena misma,  
avecinada un tiempo en la colonia Nápoles—,  
para unir en lenguajes figurados  
lo falso a lo verídico,  
la vida y la materia inanimada.

¡Tigres desperezados o culebras quitándose  
terrones de legañas,  
y hasta urracas de súbito  
de vuelta a sus rapiñas  
sería posible hallar,  
si esta noche, con lira y documento,  
decidiera animar la zoología!

Los soplos provocados si dijera  
“viento”, o cautivados en diciendo  
“el hálito”,  
las carnes macilentas  
otra vez al color restituidas  
(si solamente mencionara  
“platón de romeritos”,  
“cerebro en mantequillas”),  
y la Natura misma  
—planetas y luceros y cometas—  
devuelta toda al día  
con sólo balbucir: “la madrugada”!

# Setenta años de autonomía de la UNAM

◆ RAÚL DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ ◆

## 1. Alcances y circunscripciones

Hay quien ha afirmado que las universidades europeas primitivas, la de Bolonia, la de París, la Carolingia de Praga, etcétera, nacieron ya bajo un régimen de autonomía. Hay quien ha afirmado, en contraparte, que la autonomía es un producto típicamente latinoamericano. No me parece, en cualquier caso, que el asunto se pueda prestar a polémica, porque con toda claridad conceptos formales como éste adquieren contenido en términos relativos, es decir, en función de sus respectivos contextos. Es difícil aceptar, por ejemplo, que una universidad de sello confesional, como las antes citadas, comprometida con alguna variante religiosa, pudiera haberse desempeñado en condiciones de autonomía efectiva. No menos difícil resulta concebir el ejercicio autónomo de una institución pública en un marco como el latinoamericano, en el que la presencia de gobiernos totalitarios ha sido recurrente; aquí en México, por ejemplo, coincide la celebración del setenta aniversario de la autonomía de la UNAM con el de un instituto de corte político; los efectos tangibles de una y otra institución en orden al bien común se aprecian en evidente contraste.

Habrá que reconocer que el concepto de autonomía suele aplicarse con cierta laxitud. Todas sus variantes se definen en situaciones históricas determinadas. La propia Universidad Nacional ha tenido en este aspecto tres modalidades diferentes a partir de 1929, que corresponden a otras tantas leyes orgánicas; una de ellas —la de 1933— le suprimió el carácter de Nacional (recuperado con la Ley Orgánica de 1945) al tiempo que le concedía una autonomía de amplio rango. En la situación actual, se antoja pa-

radójica la exaltación de la autonomía teniendo como referentes los fenómenos de dependencia financiera y de tutería del Estado.

En el caso específico de México, en sus condiciones reales y objetivas, la inserción de la Universidad en el acontecer de la sociedad se ha visto regulada indefectiblemente por el Estado, constituido en eje promotor y coordinador de la dinámica en la que interactúan las dos partes, y del cual no puede prescindir la Universidad en términos de viabilidad. Entre otras cosas, es el Estado el que ha planteado y asegurado condiciones de sobrevivencia para la casa de estudios, si bien ha escamoteado de manera sistemática los recursos suficientes para garantizar su óptimo desarrollo. Es evidente que existe una enorme diferencia entre dependencia económica e insolvencia, y ambas tienen, o pueden tener, efectos diametralmente opuestos en relación con la autonomía. En este sentido, no se ajusta nuestro caso al de los modelos occidentales, en donde esa interacción suele verificarse con mucho mayor acoplamiento operativo espontáneo y con mucha mayor distancia del poder público. En ese contexto, la participación en el ritmo del progreso se da en términos de reciprocidad. La razón de fondo de la peculiaridad del caso mexicano es la acusada debilidad estructural del sector privado local, que ha evidenciado incapacidad para procurar y gestar por su cuenta condiciones de base para promover y hacer factible el desarrollo, lo que implica la intervención oficial directa tanto en el campo de la educación superior como en muchos otros (el sector paraestatal de la economía, por ejemplo), circunstancia que por cierto, tiende a modificarse en el marco de este nuevo experimento denominado neoliberalismo.

De esta manera, los contenidos reales de la autonomía, sus modalidades prácticas y sus alcances se definen y se han definido dentro de los márgenes de circunstancias peculiares, en una mecánica que se establece con posterioridad (a posteriori) y no con anterioridad (a priori). Esto en lo que respecta a definiciones sancionadas por ley y no a sus aspectos interpretativos, lo que los jurisconsultos designarían como la diferencia entre la *letra* y el *espíritu*, y que acaso no se refiera a otra cosa sino a los subterfugios a los que se presta todo enunciado legal, y que constituyen una prebenda para el usufructo del poder. El aspecto medular en esta lógica de demarcaciones lo constituye el grado de funcionalidad dentro de un sistema determinado. Es decir, la autonomía universitaria requiere no incurrir en disfuncionalidad respecto de otras instituciones y entidades sociales, en un marco específico de relaciones jerarquizadas. Así, la autonomía alude a un planteamiento restringido y condicionado, que poco o nada tiene que ver con su significado etimológico.

No se puede perder de vista la cuestión fundamental de que la universidad es parte de un sistema, y a él sirve. Tal vez valga la pena traer a colación una de las lapidarias conclusiones propuestas por Bourdieu y Passeron:<sup>1</sup>

Todo sistema de enseñanza institucionalizado debe las características específicas de su estructura y de su funcionamiento al hecho de que le es necesario producir y reproducir, por los medios propios de la institución, las condiciones institucionales cuya existencia y persistencia (autorreproducción de la institución) son necesarias tanto para el ejercicio de su función propia de inculcación como para la realización de su función de reproducción de una arbitrariedad cultural de la que no es el productor (reproducción cultural) y cuya reproducción contribuye a la reproducción de las relaciones entre los grupos o las clases sociales (reproducción social).<sup>1</sup>

Se trata, en suma, de una facultad bien demarcada, que tiene como condición esencial, para existir y para operar, la de no contravenir la lógica estructural de un determinado sistema social, o sea, la lógica del poder.

Lo anterior no debiera prestarse a confusión. La historia ha dado suficientes pruebas de que cuando a la inteligencia se le presiona para rebajarla, aproximándola al sen-

tido que daban los colaboradores de Mussolini al término *intelligenzia*, ésta pierde su creatividad y tiende de inmediato al anquilosamiento. No se trata sólo de un requisito de libertad, indispensable, por lo demás, como factor de creatividad. Se trata, en primera instancia, de la necesidad de una permanente y perenne actitud crítica. Sin ella, sin una crítica constante, la ciencia, la cultura y en general todo el conocimiento humano perdería dinamismo.

Entendida así, la autonomía no es una dádiva, ni tampoco una especie de islote de excepción dentro de una red de instituciones controladas. Es, sencillamente, el principio que hace factible el desarrollo del potencial intelectual humano. Resulta natural, de esta suerte, que en pleno usufructo de esa autonomía, en una institución como la UNAM se ejerza una crítica que llegue incluso a cuestionar las estructuras de poder, que ponga en evidencia los mecanismos soterrados de la dominación. Así lo ha hecho y así lo seguirá haciendo. Claro, siempre y cuando la impugnación al sistema se conserve como una tendencia minoritaria.

## 2. El proceso

No fue, por cierto, la UNAM la primer institución universitaria que trabajó bajo el régimen de autonomía en México. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, más conocida como Nicolaita, recibió su Ley Reglamentaria en agosto de 1919, apenas dos años después de su creación y por conducto de la legislatura local; con ella, alcanzó su independencia respecto del gobierno estatal y federal. Poco más tarde, en enero de 1923, la Universidad de San Luis Potosí fue dotada de personalidad jurídica propia y auto-determinación. Tampoco cuenta la Universidad Nacional con la modalidad de autonomía más abierta de las que existen en el país. La Universidad Autónoma de Tamaulipas opera con una Ley Orgánica que no contiene ningún principio de organización interna, lo que le permite total discrecionalidad en la configuración de sus propias instancias de gobierno.

Estas situaciones, más que ser efecto de un federalismo cuyas profundas imperfecciones los mexicanos conocemos de sobra, se deben al carácter singular de cada caso; cada uno de ellos guarda relación con la trayectoria particular y con la importancia relativa de la universidad en cuestión dentro de un contexto regional y extraregional. Aquí me parece conveniente señalar que la UNAM ostenta el carácter de nacional en una acepción distinta a la de otras universidades nacionales en América Latina; la del Perú, por ejem-

<sup>1</sup> Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Editorial Laia, España, 1981, p. 95.



plo, en donde lo que existe es una red de universidades con sedes estatales (departamentales, se denominan ahí), cada una de las cuales se llama nacional. En cierta forma, el reconocimiento a una única Universidad Nacional implica, precisamente, una negación del federalismo; pero, en fin, eso es objeto de otro análisis. Lo que pretendo mostrar aquí es que la importancia explícita de la Universidad Nacional se ha traducido en un tratamiento *cauto* por parte del Estado, en lo que al régimen de la autonomía universitaria se refiere.

Tres distintos estatutos autonómicos ha tenido la UNAM: el de 1929, el de 1933 y el de 1945. La historia de la autonomía se remonta, sin embargo, hasta prácticamente la fecha de nacimiento de la Universidad Nacional. En efecto, hacia finales de 1910 y comienzos de 1911, ya iniciada la Revolución, pero aún en el poder Díaz, se suscitó una polémica protagonizada por Antonio Caso y Agustín Aragón. Caso pugnaba por una universidad "verdaderamente independiente", mientras Aragón pretendía una universidad plegada a la filosofía positivista, de la cual era representante, y acusaba a Justo Sierra de no tener espíritu científico y sonreír a ratos a la teología. Muy incipiente, o mejor dicho, muy burdo este primer debate sobre la autonomía, pero ya en él se perfilaron las dos posturas antagónicas: el sometimiento directo a la ideología dominante, con la consecuente exclusión de otras formas de pensamiento, *versus* una cierta tolerancia en favor de la pluralidad, con

una prudente toma de distancia respecto del poder.

Pronto emergió de nueva cuenta la tentativa en favor de la autonomía, ahora por conducto de Pino Suárez, ya bajo el gobierno maderista; el vicepresidente encargó a su secretario particular la elaboración de un proyecto para dar autonomía a la Universidad. Acontecimientos de sobra conocidos habrían de impedir que el nuevo régimen llevara a la práctica esta iniciativa, siendo que los asuntos universitarios no eran ni de lejos una de las prioridades. Durante 1914, varios destacados intelectuales se involucraron en este mismo afán, entre ellos Ezequiel

A. Chávez, Miguel Schultz, Julio Torri, Manuel Gamio y Genaro Fernández MacGregor, quienes redactaron y firmaron un Proyecto de Ley de Independencia de la Universidad. Otro proyecto fue el de José Natividad Macías y Alfonso Cravioto.

Debemos tener presente que la propia institución se hallaba en riesgo permanente de desaparición, por cargar con el estigma de sus orígenes porfirianos. La autonomía, en semejante contexto, era cuestión de segundo orden; en todo caso, como fácilmente se infiere, resultaba objeto de recelo la posibilidad de una universidad autónoma con esos antecedentes. La Universidad sobrevivió y las tendencias en pro de la autonomía continuaron haciéndose patentes dentro y fuera de la institución. Pero también aparecieron tendencias en contra. Una de las más graves fue la que defendió Vasconcelos en 1921, al ser creada la Secretaría de Educación Pública; este prominente político se opuso a la separación de la Universidad de la nueva dependencia, la que a su juicio debía controlar todos los niveles educativos. La relación entre la Universidad y la SEP fue tensa.

La corriente en favor de la autonomía universitaria cobraba entonces fuerza en diversos países latinoamericanos. Lo novedoso de estos movimientos era que los reivindicaban estudiantes. Argentina, Perú, Cuba y después México vieron surgir una contestación juvenil en favor de la autonomía, como parte de un programa de modernización

de sesgo burgués en los ámbitos de la cultura, la economía y la política. En cualquiera de los casos, se trataba de un programa sin raigambre popular, ajeno al mismo tiempo a la política oficial. Hacia finales de la década de 1920 la autonomía lograba carta de naturalización en la Universidad Nacional, aplicándose en una modalidad que fue resultado de un ardid político del entonces presidente; “no fueron los estudiantes los que la pidieron, yo fui el que otorgó la autonomía”,<sup>2</sup> declaró al respecto Portes Gil, haciendo gala de cinismo, algo típico en un ex presidente, dado que había desconocido e ignorado las peticiones estudiantiles —claramente planteadas en el VI Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado en Mérida en enero de 1929—, para dar cabida, en cambio, a un memorial firmado por un aislado estudiante de derecho en mayo siguiente.

El resultado sería una autonomía bajo control. La Exposición de Motivos de la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma advirtió en este sentido:

Siendo responsabilidad del gobierno eminentemente revolucionario de nuestro país el encauzamiento de la ideología que se desenvuelva por las clases intelectuales de México en la enseñanza universitaria, la autonomía que hoy se insiste quedará bajo la vigilancia de la opinión pública, de la Revolución y de los órganos representativos del gobierno.<sup>3</sup>

Más claro, ni el agua. Pero a pesar de las evidentes restricciones, la autonomía comenzó a rendir fruto y ya al año siguiente, por ejemplo, empezaron a crearse nuevos institutos.

En 1933 la autonomía se radicalizó. El gobierno de la República decidió poner manos fuera de la Universidad, y con las manos, el dinero, desde luego. La Universidad perdió, de manera oficial, el carácter de nacional y se sumió en una crisis de insolvencia profunda. Lo que conservó con vida el ideal universitario fue el empuje de algunos de los mejores hombres del país, dotados de una gran capacidad, una enorme paciencia y una inquebrantable vocación. Gracias a ello, la entonces Universidad Autónoma de México prosiguió con su labor educativa: para 1940, la casa de estudios atendió a más de diecisiete mil alumnos, doce mil de los cuales cursaron estudios superiores, y tuvo

una tasa de crecimiento de 210 % respecto de 1929, superior a la de crecimiento demográfica nacional, que en el mismo lapso fue de 125%. La vida académica del país ganó terreno al ser abiertos nuevos planteles, sin duda de importancia capital, como la Escuela Nacional de Economía, en 1935, y la Facultad de Ciencias, en 1938. Las áreas para el desarrollo del conocimiento, labor que ante las circunstancias se antojaría poco menos que imposible, se multiplicaron con el nacimiento de institutos de investigación como los de Física, Matemáticas, Estéticas, Económicas y Jurídicas, llamado entonces de Derecho Comparado.

Las cosas habrían de cambiar de nuevo; ante una coyuntura externa y la conveniencia de involucrar a la Universidad —que había proporcionado evidencia fehaciente de perseverancia— en un proyecto nacional estructurado por el gobierno de la República (con el propósito de capitalizar la coyuntura mencionada), quien fungía como presidente en 1944 decidió revitalizar a la institución.

Cabe aquí mencionar, para contar con un referente latinoamericano, que la tendencia a incorporar el régimen de las universidades al marco constitucional se inició en Ecuador el mismo año que entró en vigor la Ley Orgánica que nos rige: la de 1945. En México, esto no tendría lugar hasta 1980.

### 3. Las contradicciones

Dentro del terreno de lo jurídico, la definición de autonomía ha debido transitar por un camino sinuoso. Al definirla, de lo que se trata en el fondo es de evitar una burda imposición de ideas o de criterios por parte de quienes detentan el poder público. Pero establecer las maneras concretas para que tal requerimiento tenga lugar no ha sido sencillo. De hecho, ha resultado inevitable afectar otras esferas aparte de las estrictamente académicas para poder asegurar, en sentido relativo, ese requerimiento: la integración de las formas de autoridad, la administración, la legislación particular o las prerrogativas del poder público para controlar su práctica son algunos de los aspectos hacia donde la autonomía se ha extendido para poder cobijar el núcleo duro: la libertad del pensamiento.

Por lo que toca a la necesaria distancia en relación con el poder público, punto de partida de la definición, el derecho mexicano ha ubicado la autonomía como un caso particular de descentralización administrativa. Manuel Barquín, apoyándose en Kelsen y su concepto de descentralización

<sup>2</sup> James W. Wilkie y Edna Monzón, *Méjico visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, Instituto de Investigaciones Económicas, México, 1969, p. 561.

<sup>3</sup> “Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma. Considerandos”, en *Diario Oficial*, t. IV, núm. 21, 26 de julio de 1929, México, p. 1.

estática, que implica la creación de un orden jurídico específico, lo explica de esta manera: "la autonomía puede considerarse como un grado extremo dentro de la propia descentralización administrativa".<sup>4</sup> Naturalmente, y en todo caso, la universidad pública se reconoce como un órgano del Estado.

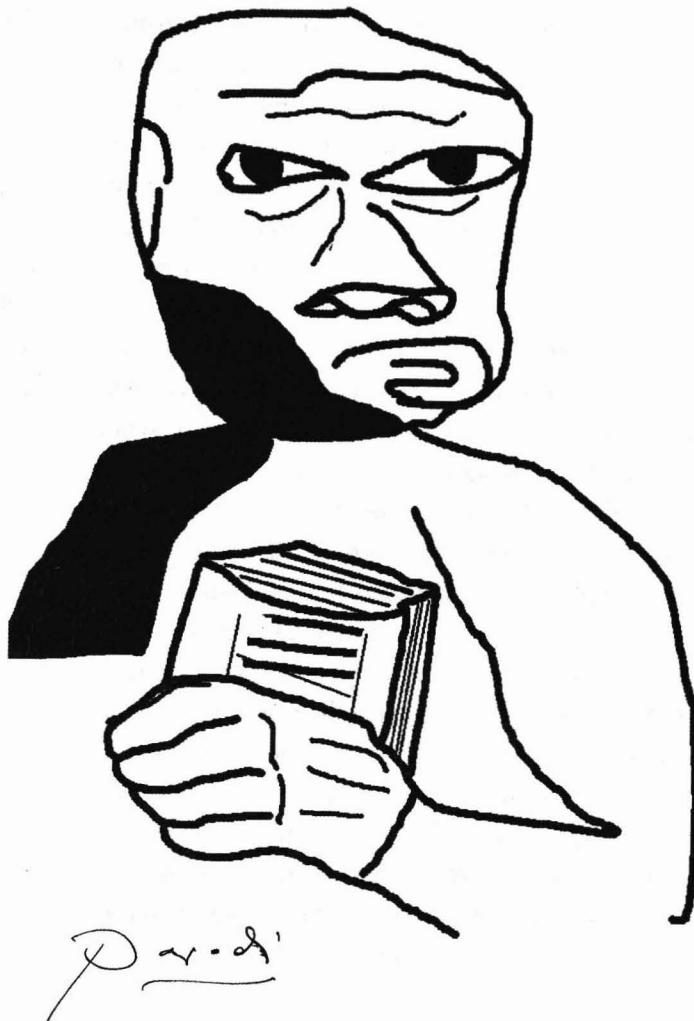
Careciendo de una definición más precisa, el concepto se ha conservado, aunque ha sido susceptible de interpretación. Veamos un ejemplo tomado de un pronunciamiento presidencial:

Debe reconocerse que la autonomía otorgada a la Universidad Nacional no es ni podría ser un don gratuito, sino una concesión de parte del Estado precisamente para el mejor desempeño de las funciones universitarias, de manera que en el instante mismo en que la Universidad menosprecia y renuncia a esas funciones, de estudio, de investigación, de preparación para el servicio de las profesiones superiores, la autonomía pierde la base y cae de por sí. Y al Estado compete, como obligación también, asumir de nuevo el gobierno universitario. La ya demasiada larga crisis universitaria ... está orillando al Ejecutivo a mi cargo a la necesidad imperiosa de declarar fallida y prescrita la autonomía universitaria.<sup>5</sup>

Lo anterior fue formulado por Miguel Alemán poco antes de que fuese colocada la primera piedra de lo que sería la Ciudad Universitaria, en ocasión de uno de los conflictos que se presentaban con recurrencia en la máxima casa de estudios.

En otro momento, finales de 1966, pero en similar contexto de disturbios, el Consejo Universitario por conducto del rector emitió una declaración acerca de la autonomía, en donde fue plasmada la perspectiva universitaria:

la autonomía universitaria es esencialmente la cabal independencia académica, administrativa y legislativa de la Universidad. La autonomía académica es la independencia para enseñar e investigar. Por lo que se refiere a las enseñanzas, la libertad implica no sólo el contenido de las mismas,



sino la forma como se imparten. La Universidad, como institución, a través de los Consejos Técnicos de sus facultades y escuelas y del Consejo Universitario, es la única capacitada para decidir lo que se enseñe en sus aulas y los métodos de enseñanza. Por otra parte, los profesores son los únicos que pueden decidir sobre la doctrina, criterio e ideología con que imparten sus cátedras. La libertad de cátedra es una de las formas de la autonomía universitaria.

La autonomía administrativa consiste en la independencia de la Universidad para decidir sobre sus objetivos, sus formas de organización y funcionamiento y el manejo de sus recursos económicos, no obstante de que estos recursos provengan de organismos o personas externas a la Universidad.

La autonomía legislativa de la Universidad es la independencia que tiene para elaborar su propia legislación, dentro de los límites que le señala su Ley Orgánica y las leyes generales del país. El Consejo entiende que la autonomía universitaria no es soberanía.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Manuel Barquín Álvarez, "La autonomía de las universidades públicas mexicanas", en *Cuadernos del Centro de Documentación Legislativa Universitaria*, vol. I, núm. 1, julio-septiembre de 1979, UNAM, México, p. 15.

<sup>5</sup> AGN, fondo Miguel Alemán, expediente 534 / 142 . Miguel Alemán. Declaración sobre la situación universitaria, 1950, p. 2.

<sup>6</sup> Archivo Consejo Universitario, Actas de las Sesiones, Acta del 27 de octubre de 1966, t. 135, Anexos. Declaración sobre la Autonomía.

Como se puede observar en estos ejemplos y en otros que se pudiesen citar, el concepto legal de autonomía se ha prestado a diversas interpretaciones. También —lo que sí es grave— se ha prestado a diversas aplicaciones; baste con recordar las “hazañas” del Ejército Mexicano durante 1968, las reiteradas negativas de la Secretaría del Trabajo a reconocerle el derecho de sindicalizarse a los trabajadores universitarios, que pugnaron por ello desde 1949 hasta 1973, o la ocupación de la Rectoría efectuada a mano armada por las huestes de Castro Bustos y Falcón en 1972, que paralizó a la Universidad durante semanas, con una impunidad a la que subyacía una cierta noción de extraterritorialidad. ¿Prescripción legal ambivalente? Bueno, podría decirse que muchos casos específicos dentro del marco de aplicación de la autonomía ameritarían la intervención de la Suprema Corte, pero aquí lo interesante es que la legislación ha tendido a clarificarse; así ha ocurrido con las cuestiones laborales contempladas en el 123 constitucional y de manera muy especial con la inclusión del concepto de autonomía en el Artículo 3 de la carta magna, con lo que se anuló la discrecionalidad en cuanto a la vigencia o no de la autonomía y se deslindaron esferas de competencia. En la Exposición de Motivos de dicha enmienda se advierte lo siguiente:

Es Compromiso permanente del Estado respetar irrestrictivamente la autonomía, para que las instituciones de cultura superior se organicen, administren y funcionen libremente y sean sustento de libertades, jamás como fórmulas de endeudamiento que implique un derecho territorial por encima de las facultades primigenias del Estado.<sup>7</sup>

La letra en efecto se ha depurado, y con ella la relación Universidad-Estado ha entrado en una etapa menos ríspida en diversos aspectos. Además de establecer el modo y las características de la impartición de la educación por el Estado, de otorgar la autorización oficial para que los particulares participen en ella y de conceder el *status* especial de autonomía, el Artículo 3 constituye el fundamento de donde parte y se legitima toda normatividad relativa a la educación, desde su ley reglamentaria, la Ley General de Educación, hasta aquellas que regulan las actividades de las instituciones de nivel superior. De acuerdo a las faculta-

des contenidas en la fracción VIII del mismo Artículo y de la fracción xxv del Artículo 73, el Congreso de la Unión ha expedido leyes encaminadas a distribuir, organizar y sostener el aparato educativo en todos sus niveles a lo largo de la República. La Ley General de Educación, como parte de las reformas emprendidas por la administración de Salinas de Gortari, introdujo cambios que favorecieron la noción de federalismo, conservando intacta, en ese nivel de ley, la cuestión de la autonomía. Comenta un estudioso de las características de esta Ley, publicada en Diario Oficial en julio de 1993:

Como se sabe, éste es un concepto del derecho administrativo, para el cual la descentralización es una forma jurídica en que se organiza la administración pública, mediante la creación de entes públicos dotados de personalidad jurídica y patrimonio propios y responsables de una actividad específica de interés público. Estos órganos guardan con la administración central una relación que no es la de jerarquía, por lo cual los funcionarios y empleados que los integran gozan de una autonomía orgánica y no están sujetos a los poderes jerárquicos de la administración pública, lo cual no significa, por otra parte, que el poder central no conserve limitadas facultades de vigilancia y control sobre dichos organismos.<sup>8</sup>

En lo que se refiere al espíritu de la ley, el rector Soberón ofreció una interpretación sintética que parece reflejar bien el sentido de ésta: la relación con el Estado, dijo, “sin sumisiones ni antagonismos a ultranza”.<sup>9</sup>

Sin embargo, prevalece una área de indefinición donde la autonomía se debilita y pierde sustento: el financiamiento. Éste es un asunto crucial para el funcionamiento de la institución, que afecta, por supuesto, su trabajo académico. En la actualidad, la asignación de recursos por la vía del subsidio federal se ha constituido en instrumento de coerción para modelar a la institución universitaria —no sólo a la UNAM— de acuerdo con el perfil de la política de moda. La autonomía se encuentra ahora severamente cuestionada. ¿Se puede hablar con propiedad de autonomía cuando se impele a una institución educativa a adoptar los procedimientos de una empresa? ¿Conservan sentido los se-

<sup>7</sup> “Decreto por el que se adiciona con una fracción VIII el artículo 3º de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y cambia el número de la última fracción del mismo artículo”, en *Diario Oficial*, t. CCLX, núm. 25, 9 de junio de 1980, México, “Exposición de Motivos”, p. 4.

<sup>8</sup> Raúl González Schmal, “El Federalismo Educativo” en Centro de Estudios Educativos, *Comentarios a la Ley General de Educación*, CEE, México, 1995, p. 98.

<sup>9</sup> “La UNAM es una institución eminentemente académica”, en *Gaceta UNAM*, núm. 86, 11 de diciembre de 1980, México, p. 11.

ñalamientos de la Ley Orgánica en sus artículos 1 y 2, relativos a las funciones de la Universidad y a las maneras de realizarlas, cuando se le sofoca con drásticas restricciones económicas, que impiden cumplirlas con decoro? ¿Puede organizarse como lo estime mejor sin un presupuesto adecuado? ¿Puede extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura, sin recursos suficientes? ¿Puede ocuparse de las condiciones y problemas nacionales, de los que, para colmo de males, sólo se ocupan otras instituciones semejantes a la UNAM, con una partida de gasto minimizada? ¿Puede preparar profesionistas útiles a la sociedad, con una planta docente pauperizada, con locales abarrotados y con equipos insuficientes? ¿Tiene trascendencia una garantía constitucional que consagra la autonomía, sin una garantía paralela que asegure la adecuada dotación de recursos?

El imperativo es claro: promoción del rendimiento productivo. El planteamiento quedó bien reflejado en las consideraciones que hizo Ernesto Zedillo—entonces secretario de Educación Pública—durante la primera reunión de trabajo del Consejo de Universidades Públicas e Instituciones Afines, en marzo de 1992, en la ciudad de Manzanillo: “Es necesario —dijo— que la universidad pública

se incorpore de lleno al proceso futuro de desarrollo del país y supere la visión que la considera como un organismo aislado de la sociedad, con propósitos, vida y razón propios.” Más adelante, en esa misma intervención, el ahora presidente de la República añadió: “Los criterios que rigen a la autoridad educativa para influir, por medio de la asignación de recursos, en la actividad de las universidades, son el de excelencia y el de pertinencia.”<sup>10</sup> Otra vez cabe preguntar, ¿es posible la excelencia sin recursos? ¿Pertinencia definida por quién?

Resulta indispensable tener en consideración dos cosas: uno, las aportaciones de la UNAM y del resto de las universidades e instituciones de educación superior son fundamentales para el desarrollo de la nación y de la sociedad. El virtual abandono de que están siendo objeto atenta de forma directa en contra de la independencia efectiva, en contra de la soberanía, del progreso, de las posibilidades de una mínima equidad social, del bienestar para la familia y hasta de nuestra propia identidad como mexicanos. La función estratégica de las instituciones de educación superior debiera ser considerada de alta prioridad para intentar superar la honda y larga crisis. Dos: el papel del Estado como soporte y como factor de impulso para la universidad —la universidad pública en su conjunto— no puede ser sustituido por la iniciativa privada en las condiciones históricas actuales del país. La apertura comercial ha dado pruebas contundentes de la profunda incapacidad de la iniciativa privada para promover el desarrollo. Resignada a vivir a la sombra del gran capital, y supeditada a las prebendas oficiales, la burguesía doméstica carece de potencial y perspectiva para responsabilizarse de las condiciones de base para el desarrollo y se limitan a usufructuar las posibilidades de una renta fácil, rápida y segura. En este contexto, la universidad privada y sus estándares de excelencia se circunscriben a la dotación de cuadros gerenciales. Y, por supuesto, las instituciones educativas extranjeras no deben, por ningún motivo, desplazar a las nuestras.

La universidad pública, su misión estratégica, la optimización de su funcionamiento y su cometido social, reclaman ahora, en el marco del setenta aniversario, reafirmar la autonomía de una vez por todas y en todas las facetas determinantes en las que está implicada. ♦



<sup>10</sup> Apud Javier Mendoza Rojas, “Proyecto de exámenes generales de calidad en México”, en Esquivel Larrondo, Juan E. (coord.), *La Universidad hoy y mañana* (Perspectivas Latinoamericanas), CESU-UNAM/ANUIES, México, 1995, p. 224.

# Las visiones de Alberto Gironella

GERARDO GARCÍA MUÑOZ

El deslumbrante universo pictórico de Alberto Gironella (Méjico, 1929) constituye una de las aventuras creativas que mayor admiración y elogio ha suscitado en nuestro medio artístico durante las últimas décadas. El pintor mexicano concibió una obra que niega, de radical manera, los preceptos esgrimidos por la estética del muralismo. Mientras que el discurso pictórico de Orozco, Rivera y Siqueiros estaba sustentado en el homenaje a las tradiciones populares y en el encomio a las glorias revolucionarias, Alberto Gironella actuó bajo el influjo de la tradición de la pintura española, en especial la realizada durante el Siglo de Oro. Lo que agudiza su insólita originalidad es la singular asimilación de las enseñanzas recibidas en el diligente estudio de los cuadros ejecutados por los diestros artistas hispanos. Emulando las fatigas de algunos coetáneos, como Picasso, Francis Bacon y el imaginario Pierre Menard, el pintor mexicano ha recreado varias obras del altar clásico. Tales reelaboraciones se distinguen por formar una red de complejas correspondencias donde confluyen historia, pintura y literatura. A partir de su primera exposición en la galería Prisse, fundada por él y un grupo de amigos, la obra visual del pintor mexicano gravitará alrededor de la exploración parafrástica de composiciones clásicas.

Gironella establece el diálogo con sus demonios tuteles a partir de una perspectiva ironizante, paródica. Tal visión tiene sus raíces en las primeras lecturas del pintor, entre las que sobresale la obra de Ramón de Valle-Inclán. La temprana afición por las letras lo llevó a incorporarse a la Academia Hispano Mexicana, fundada por fugitivos del fascismo franquista. De tal tiempo procede su amistad con jóvenes exiliados, como el poeta Luis Rius y el ensayista Arturo Souto. Poco después, ingresa a la Facultad de Filosofía y

Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, con el ánimo dispuesto a transitar por los arduos laberintos de la escritura. Frecuenta a un grupo de amigos, entre quienes los textos del autor de *Tirano Banderas* alientan encendidas reuniones literarias. Inmerso en la escritura, construye poemas y un proyecto de novela rotulado *Tiburcio Esquirla*. Sin embargo, abandona esas faenas para incursionar en su otra gran obsesión: la pintura.

El año de 1958, fecha en que realiza las transposiciones de los lienzos *El niño de Vallecas* de Velázquez y *María Luisa de Parma* de Goya, marca el inicio de su vocación: traduce al lenguaje moderno los modelos creados en la antigua España monárquica. Su consagración definitiva ocurre a principios de la década de los sesentas, cuando exhibe en París las paráfrasis sobre el cuadro velazquiano *Mariana de Austria*, que provocaron la admiración de André Breton; desde entonces, el prestigio de Gironella se propagará hasta alcanzar ecuménica nombradía. Su inagotable vena parafraseadora ha propiciado el alumbramiento de numerosas versiones de obras arquetípicas: *Las meninas*, *El entierro del conde de Orgaz*, *El sueño del caballero* son algunos testimonios de su apasionada profesión de fe en los conceptos desarrollados por los grandes maestros del arte iconográfico español.

Por ello, el intento de interpretar el trabajo gironeño está preñado de innumerables escollos, de múltiples desafíos pues, como el propio autor lo reconoce, sus "cuadros estaban hechos de cuadros, de cuadros pintados por otros pintores".<sup>1</sup> Podemos decir, entonces, que cada uno de

<sup>1</sup> José Pierre, "Alberto Gironella o el Ángel exterminador", en Ramón Gómez de la Serna, *Trampantojos (Gironella)*, p. 41.

sus lienzos contiene varias notas al “pie de tela”, las cuales exigen el pleno conocimiento de las fuentes citadas. En consecuencia, “hay que ser culto a priori para ver una composición de Gironella”.<sup>2</sup>

### Raíces del esperpentismo

Ramón de Valle-Inclán, en la obra teatral *Luces de bohemia*, fundamenta su teoría de los esperpentos por boca de un personaje, Max Estrella, literato de tabernaria y errabunda existencia, metáfora de la España corrupta, decadente de esa época:

MAX. Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el esperpento.

...

MAX. Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas.

...

MAX. La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta. Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas.<sup>3</sup>

Lo que Max —álter ego de Valle-Inclán— proclama es liberar los modelos clásicos de áridos acartonamientos, cercados por un inflexible principio estético: sólo los nobles sentimientos, las bellas virtudes, los cuerpos hermosos son materia digna de ser plasmada en obra de arte. Su tesis puede sintetizarse en el subversivo oxímoron: esteticismo grotesco. Lo deformé, lo escatológico, lo repulsivo son también partes constitutivas del ser humano, por lo que es deber del artífice transmutar realidad tan abyecta en objeto artístico. Para Valle-Inclán, Goya es el precursor del esperpento, precisamente Goya, arquitecto de la serie *Caprichos*, infernal galería en la que el pintor español retrata al género humano en sus más descarnadas miserias: imágenes de pesadilla que parecen extraídas de alguna espectral mitología. A diferencia del creador de *La maja desnuda*, Gironella no toma como modelo su realidad circundante sino que elige los arquetipos de la pinacoteca hispana: pintura a partir de la pintura. Sus paráfrasis, más que libérrimas

<sup>2</sup> Damián Bayón, *Aventura plástica de Hispanoamérica*, p. 267.

<sup>3</sup> Líneas citadas por Allen W. Phillips en su estudio preliminar sobre la obra de Ramón de Valle-Inclán incluido en *Sonata de primavera*, Porrúa, p. XXIV.



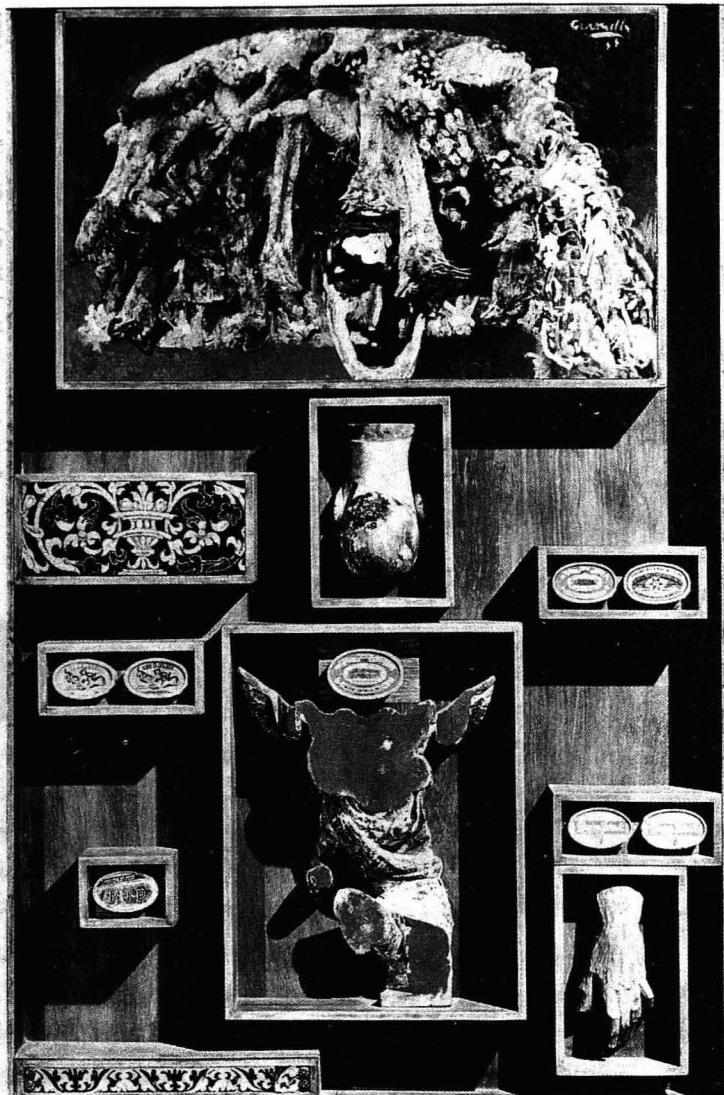
Condesa de Uta, 1952

Ilustraciones tomadas de Rita Eder, *Gironella*, IIE-UNAM, 1981

traducciones, son obras de una esplendente originalidad. En ellas, como veremos, se patentiza la perfecta asimilación del postulado principal de la esperpéntica: los modelos clásicos han sido transmutados, minimizados a objetos de burla y escarnio, pero tras ese aparente caos se oculta la perfecta armonía del esperpentismo.

### Paráfrasis liminar

El cuadro *La condesa de Uta*, elaborado en 1952, transposición de la célebre escultura del siglo XIII, aposentada en la catedral germana de Naumburgo, ocasionó que la crítica acusara al artista de plagio. Sin embargo, al examinar el modelo y su imagen, destacan varias diferencias: el rostro de serenidad pétreo, de marmórea altivez, de prístina mirada y boca de aristocrática prestancia —atributos de la estatua medieval— ha sido transformado en una singular figura que niega el ideal concebido por el escultor. La paráfrasis muestra a una mujer que posee una boca carnosa, compuesta por un par de gruesos labios, que denuncian su obscenidad vulgaridad; además, el mirar felino de sus ojos noctámbulos permite intuir que Gironella ha cometido el primer



Objeto reina, 1961

acto irreverente en su naciente trayectoria. La soberbia es cultura monárquica es ahora una impudica hetaira, cuyo único escombro de dignidad radica en el título nobiliario del cuadro. Pero eso, en lugar de atenuar la humillación, la acentúa. El Molière mexicano consumó la burla; luego de habitar los sacros lugares catedralicios, la condesa es arrojada al submundo del gran teatro gironelliano de la esperpentización.

#### **La esperpentización del altar hispano**

De las paráfrasis de Gironella de obras de maestros españoles —Valdés Leal, Velázquez, Goya, Pereda— seleccionamos para su interpretación, algunas traducciones del conocido cuadro velazquiano *Mariana de Austria*, expuesto en el Museo del Prado. Las distintas transposiciones de ese tema representan una vertiente inagotable de

su discurso icónico. Mi interés se centrará en dos paráfrasis que niegan el concepto de figuración; me refiero a los ensamblados en los que la presencia real es rebajada a la condición de mero objeto.

a) *Objeto reina*.<sup>4</sup> Esta obra se caracteriza por el rechazo casi total al antropomorfismo. De acuerdo con su nombre, el producto estético revela la degradación de la otrora soberbia monarca española. El interés del autor por juxtaponer objetos heterogéneos se remonta a sus años infantiles:

—¿Te gustaba fabricar objetos cuando eras niño?

—Había una iglesia muy cercana de mi casa y yo iba al rosario todas las tardes acompañando a mi nana o a mi abuela. Me gustaba mucho una imagen del Sagrado Corazón de Jesús dispuesta sobre una hornacina. Entonces con el papel de estaño del chocolate y unas latas hice una especie de altar... puse en el interior del ropero un pequeño Buda de madera en medio de otras cosas que componían un templo muy raro...<sup>5</sup>

La génesis sacra de los ensamblados es, por lo tanto, evidente. Ello nos posibilita afirmar que los motivos presentes en dichas estructuras artísticas constituyen una inversión de la temática religiosa propia de los retablos populares. ¿Cómo no ser una herejía el plasmar la cabeza de doña Mariana de Austria ataviada con un glamoroso peinado que consiste no en el extravagante arreglo hiperbólico, sino en un apiñamiento de pollos desplumados? Incluso la cara es una cosa: tiene la forma de un jarrón. En el compartimiento inmediato-inferior del ensamblado se localiza el occipucio en posición invertida; parece como si la cabeza hubiera cedido al enorme peso de su tocado: la ambición futurista del movimiento puesta en práctica. Además, descubrimos que la conexión con el tronco está mutilada. La disyunción de los miembros reales se hace patente al escrutar el torso; más bien los despojos del torso, porque los senos, piernas y brazos fueron cercenados por un invisible verdugo. Aislada totalmente, sin articulación evidente con el cuerpo siniestrado, se encuentra una mano desollada que porta lujo anillo. Es el mudo testigo del insulto a la per-

<sup>4</sup> Aparece reproducido en la ilustración número 15 del libro de Rita Eder, *Gironella*, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, México, 1981.

<sup>5</sup> Lelia Driben, "Entre la Literatura y la Paráfrasis" (entrevista a Alberto Gironella), en *Méjico en el Arte*, diciembre de 1985, p. 20.

sona de Su Perversa Majestad.<sup>6</sup> Gironella creó un bodegón donde las fragancias se entreveran con el hedor insopportable que despiden la materia sangrante; tendremos que taparnos las narices, como Bartolomé Murillo al “oler” los cuadros de Valdés Leal.

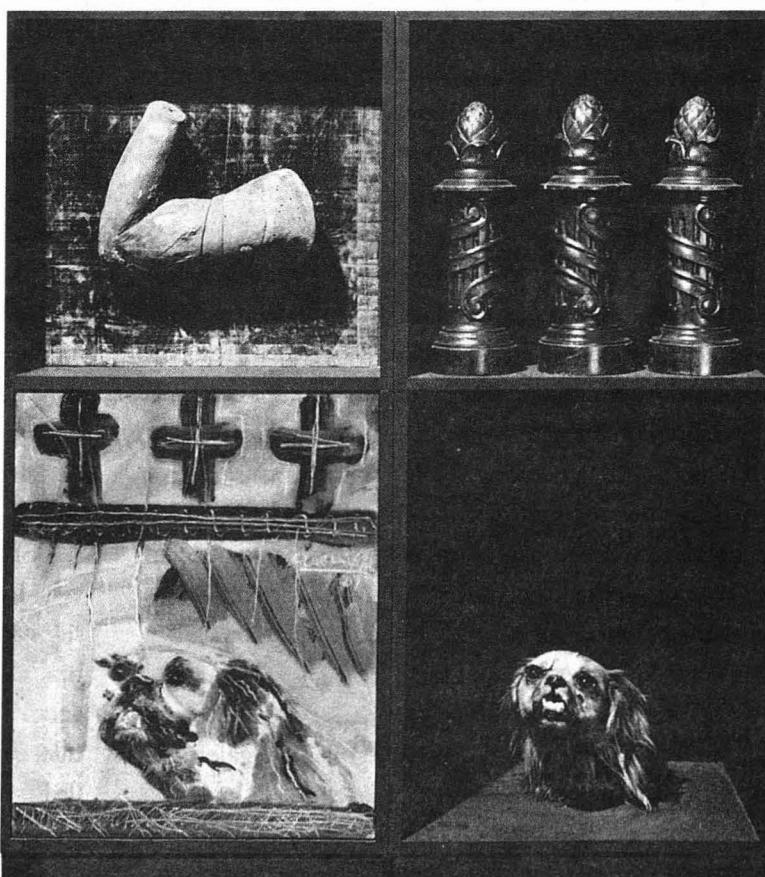
El significado de la desconcertante presencia de latas de sardina también radica en las sensaciones experimentadas en su niñez. El pintor recuerda su asombro por los artículos comestibles que provenían de las tierras situadas al otro lado del mar: “[la lata de sardinas] es toda mi infancia, con mi padre que me llevaba a las tiendas de abarrotes, de ultramarinos, situadas en el centro de México, en donde yo veía los escaparates, con ese brillo y esas cosas maravillosas que venían del otro lado del mar”.<sup>7</sup>

Una posible interpretación, una lectura del “objeto reina”, permite descubrir la conjunción de dos etapas vitales del artista: infancia (representada por el propio ensamblado y las sardinas enlatadas) y madurez (indiscutible irreverencia al mutilar la imagen monárquica, mezclada con la broma ácida del peinado avícola). Otra exégesis permite descubrir la arraigada melancolía que permea el espacio concebido por Gironella. Como él lo dijo, la reina Mariana y las sardinas provienen de ultramar, pertenecen, en consecuencia, a un territorio del que fue exiliado antes de nacer. La única manera de participar de sus orígenes peninsulares es mediante la percepción fragmentaria, incompleta —como el “objeto reina”— del perdido paraíso hispano.

b) *Transfiguración de la reina Mariana*. El ensamblado<sup>8</sup> se presenta como un acertijo aún más difícil de dilucidar. A pesar de la abundante presencia de objetos inanimados, el camino hacia la interpretación de *Objeto reina* se facilitó al identificar los rasgos antropomorfos; la cara-jarrón y la mano amputada. Pero en el presente caso no encontramos en algún compartimiento del ensamblado un rostro femenino: la privación de fisionomías humanas fue consumada. En el recinto superior derecho reposan tres objetos suntuarios; a un lado de ellos, en su respectivo casillero, encontramos un brazo flexionado, cuya mano fue suprimida. De nuevo, surgen los

efectos mutiladores que, como puede comprobarse, son el hilo tensor del lenguaje pictórico de Alberto Esquivel. En los recintos inferiores aparecen cautivos dos perros. Uno, en la parte derecha, tiene una actitud feroz, de ataque; el otro, en la región izquierda, también muestra agresividad, aunque ésta se atenúa debido al fondo claro del ámbito, mientras que el primero habita en un plano pumbroso. Pero hay más: el compartimiento izquierdo presenta múltiples cuarteaduras que amenazan derrumbarlo; en su parte alta, además, están señaladas tres cruces. Consideremos de cerca el dilema. *Transfiguración de la reina Mariana* consta de seres pertenecientes a opuestas especies; los exornos son propiedad del mundo inanimado, en tanto que las fieras, como quiso Aristóteles, fueron categorizados como seres sensibles; por último, el brazo huérfano de cuerpo y de mano alguna vez sintió las sensaciones placenteras y dolorosas; hoy es una materia muerta, corrupta, en continua desintegración.

No obstante, continuamos perdidos en los oscuros dédalos del asombro. ¿Cuál es el eslabón que encadenará los ocultos nexos entre seres de heterogénea esencia? De improviso, la oscuridad se disipa; el término que resolverá la ecuación plástica forma parte del nombre del cuadro:



*Transfiguración de la reina Mariana*, 1961

<sup>6</sup> Rita Eder menciona la perversidad de la reina española, quien tenía fama de hechicera, *op. cit.*, p. 56.

<sup>7</sup> Leila Driben, *op. cit.*, p. 19.

<sup>8</sup> Reproducido en el libro de Rita Eder citado, ilustración 16.



*El obrador de Francisco Lezcano, 1965*

transfiguración. Esto implica una serie de hechos refidos con el pensamiento racionalista de los tres siglos últimos. Quiere decir que la infame soberana pasará por diferentes etapas: fase inanimada (Mariana-cosa: semejanza entre la elegancia de los ornamentos y la distinción inherente a la persona real); fase animal-animada (Mariana-perra: inevitable alusión a las teorías pitagóricas de la reencarnación: la esposa de Felipe IV tendrá que penar en su indigente condición de bestezuela palaciega); fase tanática (Mariana-brazo: alegoría en que la extremidad superior simboliza el instrumento ejecutor de la voluntad imperial; sin embargo, al estar desarticulada y trunca, representa la inutilidad e incompetencia de la familia real para resolver la ruina del dominio español). Cuando decimos que la última etapa del ciclo transfigrador es la fase de la suspensión vital, no significa el epílogo de las metamorfosis. El proceso se reactivará con la visita de otro contemplador del ensamblado. En cuanto a las cruces mencionadas, evidencian el carácter sacrílego del pintor, pues los signos cristianos muestran su incapacidad para anular la mutación cíclica que niega la semejanza con Dios.

En suma, la reina Mariana se transformó, en abierto desafío al evolucionismo, en una inusitada galería de objetos disímiles: perro agresivo, brazo mutilado. Quizá el autor deseó denunciar las perversas habilidades de la austriaca, pues era conocida por pertenecer al réprobo gremio de las hechiceras que, para practicar sus siniestros

conjuros, se convertían en perros. A partir de esta aseveración, desciframos los secretos mecanismos de las metamorfosis sufridas por Su Perversa Majestad. Gironella, en laudable acto justiciero, ha vengado a las víctimas de los enredos reales, entre ellas Carlos II que, según las maledicencias de la corte, fue hechizado por su nefasta madre. A pesar de que Mariana, transfigurada en perro, se dispone a la pronunciación de sus malignos encantamientos, poco daño podrá causar. Desarmada, indefensa, la bruja será sometida a los sadistas sortilegios de la transformación sardónica. Mariana nunca recuperará su imagen humana: tendrá que resignarse

a la categoría de indefenso objeto que le concedió Alberto Gironella.

La actitud irreverente del pintor mexicano puede explicarse a partir de que el artista contemporáneo se ha emancipado de la imposición temática en su obra: ya no es el fiel servidor del rey déspota ni del obispo intolerante. Ahora goza de una gran libertad para expresar sus afinidades y sus fobias. La obsesión de nuestro coterráneo por mutilar las imágenes enaltecedoras del hispanismo es tal vez comprensible si consideramos el tema de su proyecto novelístico, *Tiburcio Esquirla*, que sintetiza el origen mestizo de Gironella: ser, al mismo tiempo, español hasta la médula y, paradójicamente, una astilla desprendida, exiliada de la matriz peninsular. Su percepción de la cultura española oscilará, siempre, entre el homenaje y la blasfemia, entre la nostalgia y el vituperio, entre la paráfrasis y la mutilación.

Si se elige, al azar, cualquier otro astro de su cosmos visual, se encontrará que está regido por los principios básicos de la esperpéntica y la ironía. Por lo tanto, la generalización del análisis permite dejar abierta la posibilidad de acometer otras indagaciones, nuevas lecturas de cuadros tales como los de la serie inspirada en *Las meninas*, donde la reina Mariana posa para el bufón Francisco Lezcano. Y, de nuevo, observaremos la recurrencia delirante de los tópicos dilectos de Alberto Gironella: mutilación y transfiguración. ♦

# La concepción ética de la política de Luis Villoro

PAULETTE DIETERLEN

**E**l poder y el valor. Fundamentos de una ética política es el libro de Luis Villoro que la comunidad filosófica esperaba. En varias ocasiones hemos escuchado y discutido sus tesis filosóficas pero ya nos hacía falta una obra sistemática, completa, que, a semejanza de otros libros de Villoro, nos dé el ejemplo de lo que es un libro de filosofía, un libro en donde la más profunda reflexión teórica y la práctica política se conjuguen. *El poder y el valor* es una obra simple y sencillamente ejemplar no sólo para la comunidad filosófica sino para todo aquel que piense seriamente en los problemas de la ética y la política.

El libro nos presenta un recorrido alrededor de los conceptos *poder* y *valor*, ofreciendo ejemplos de su aplicación en determinadas realidades históricas. A partir de las dos clases de sociedad tipificadas por Benjamín Constant se destaca la modalidad que dichos conceptos han tenido. Constant distinguió dos tipos de sociedades: aquella en la que predomina la libertad de los antiguos y aquella en la que surge la libertad de los modernos. Para este autor, como también para otros filósofos entre los que se encuentra Villoro, los valores fundamentales del primer tipo de sociedad son aquellos que caracterizan la vida pública, en cambio en el segundo tipo de sociedad tienen prioridad los derechos individuales y privados. La libertad de los antiguos se asocia con el pensamiento de Aristóteles, Rousseau

y Marx mientras que la de los modernos se relaciona con la filosofía de Locke, Kant y Stuart Mill.

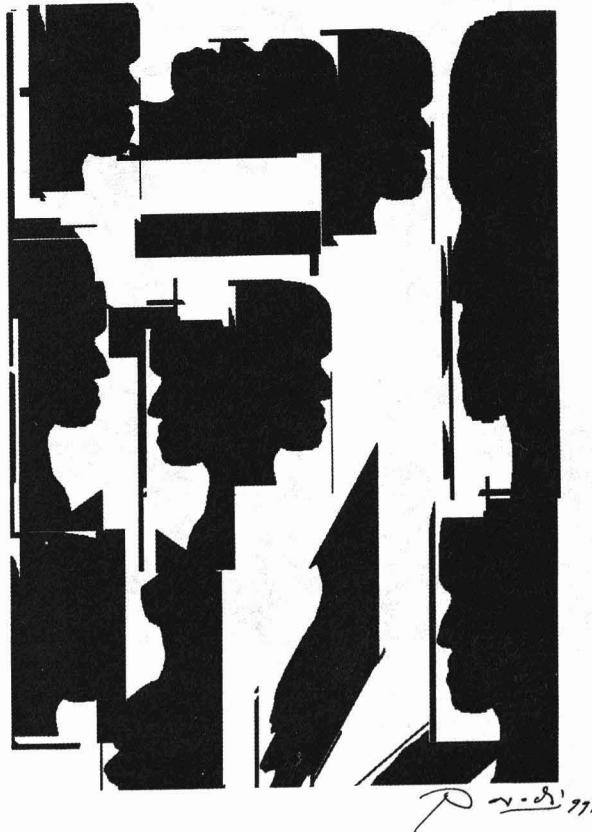
A través del libro Villoro examina cómo se desarrollan las relaciones de la libertad de los antiguos y la de los modernos con el ejercicio del poder y la búsqueda del valor. Para ello realiza un estudio conceptual de la obra de pensadores clásicos como Maquiavelo, Marx y Rousseau, además de ciertas experiencias históricas y antropológicas. Estudio riguroso en el que podemos observar su permanente fidelidad a una tradición analítica.

Villoro reconoce que en las teorías de corte liberal se insiste en valores como la libertad individual, los derechos humanos y la autonomía, dignidad y autodeterminación de las personas. También reconoce que algunos autores liberales han planteado la necesidad de alcanzar una sociedad menos desigual, una sociedad que a través de la imparcialidad garantice la coexistencia de una pluralidad de ideas y de creencias. Sin embargo, considera que muchos de los valores característicos del pensamiento liberal se han quedado en el papel. Si bien han sido defendidos por intelectuales y políticos, en la práctica no se han logrado considerar las condiciones que permitan su pleno ejercicio. De hecho, la falta de igualdad en el ejercicio de estos derechos ha permitido que los que sí tienen acceso a ellos sean los que ejerzan el poder. En este sentido, las sociedades liberales han permitido una desigualdad en el ejercicio del poder independiente-

mente de los valores que se proclaman.

Por otro lado, las teorías que defienden la libertad de los antiguos toman más en cuenta los valores de los hombres en sociedad y comunidad. Sin embargo, las instancias colectivas en ocasiones también pueden volverse opresivas; al evitar la crítica y la disidencia terminan por conservar una moralidad social que, en palabras de Villoro, se constituye en un pensamiento reiterativo y opresivo.

Tomando distancia de las dos sociedades que distinguió Constant, Villoro plantea otra forma de comunidad: la sociedad basada en el consenso en valores superiores que dan sentido a una vida. De esta manera, si el poder es la capacidad de imponer la propia voluntad sobre los demás, la noción de comunidad implica que ninguna



voluntad particular se imponga sobre las demás. En una verdadera comunidad, como lo pensó Rousseau, las personas obedecen las leyes que ellas mismas se proponen.

Frente al fracaso de la libertad de los modernos y de ciertos abusos de la libertad de los antiguos, Villoro propone una forma de comunidad auténtica a partir de un modelo igualitario con el que se intenta acceder a una asociación, basada en la igualdad y la cooperación, afirmando al mismo tiempo la diversidad de todos. En la comunidad cada sujeto adquiere su sentido al realizarse en el seno de una totalidad. Sólo entonces descubre su ser verdadero. Quienes conocemos a Villoro sabemos qué clase de comunidades intenta defender y que su defensa no es exclusivamente de orden teórico. Este hecho le da al libro una dimensión muy especial.

Por último, un breve comentario. Tal vez hemos tomado como un hecho incuestionable que, con ciertos matices, podemos seguir explicando nuestras teorías y realidades políticas con el modelo heredado por Constant. Quizá ni la libertad de los modernos ni la de los antiguos sirven para caracterizar algunas sociedades del mundo contemporáneo. Sería conveniente pensar en una libertad de los contemporáneos. Por ello entiendo un concepto de libertad que ni Rousseau ni Mill podrían haber soñado. La libertad de los contemporáneos sigue perteneciendo a la corriente de pensamiento y a los sistemas políticos que defienden, como punto de partida, determinados derechos y garantías individuales. Por esta razón podemos seguir hablando de una cierta clase de pensamiento liberal que desde luego tiene distintos tonos y aplicaciones políticas diferentes. Pero no se trata de ningún modo del liberalismo clásico que concebía los derechos de los

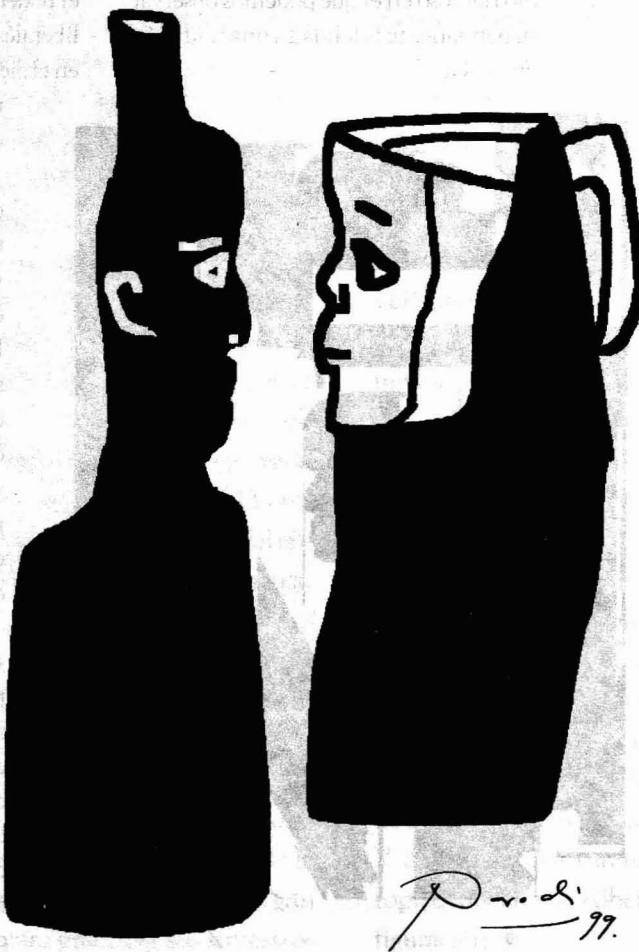
individuos como límites de la intervención tanto del Estado como de los otros miembros de la sociedad, y que veía al Estado como un simple árbitro en los casos de conflicto. Pienso en un liberalismo dinámico que ha exigido a los estados no sólo el reconocimiento de nuevos derechos sino también el establecimiento de las condiciones necesarias para ejercerlos. Es en los estados liberales en donde se ha permitido la disidencia, en donde ha habido espacio para figuras como la objeción de conciencia y la desobediencia civil. Los estados liberales han propiciado la formación de movimientos independientes de las instancias típicamente políticas, como son por ejemplo, los movimientos a favor de la paridad entre hombres y mujeres, a favor de las cuotas preferenciales en empleos y en acceso a la educación. En ellos se ha fomentado la participación directa en la toma de decisiones por medio del referéndum. En su seno han surgido las organizaciones no gubernamentales. Ciertas constituciones de corte liberal tam-

bién han ampliado la gama de derechos, dejando espacio no sólo para los derechos negativos sino para los positivos, incluso actualmente, como lo señala Villoro, existen derechos de la segunda y la tercera generación. En la base de la lucha ciudadana para exigir al Estado espacios más plurales podemos encontrar motivaciones de justicia, de solidaridad, de fraternidad que nos muestran que quizás el liberalismo puede ser mucho menos individualista de lo que hemos creído. Por último, no olvidemos que la condición de posibilidad del éxito de los movimientos de disidencia y de crítica al Establishment ha sido la consolidación de un ambiente plural y tolerante.

Si bien comparto con Villoro la preocupación por conservar la vida comunitaria donde ya existe, me parece necesario reflexionar sobre los casos en los que la demanda por el respeto de ciertos derechos colectivos no sea, en realidad, más que una forma de la que se valen algunas personas, cuyos derechos individuales han

sido severamente lesionados o ignorados, para adquirir una fuerza mayor. Por ejemplo, si valoramos la dignidad de las personas tendríamos que valorar la dignidad de las comunidades a las que pertenecen. Me preocupa profundamente que critiquemos los ideales morales liberales cuando estamos tan lejos de aplicarlos.

Me unen con Luis Villoro muchas complicidades intelectuales aunque él sienta más afinidad por la libertad de los antiguos y yo por la de los modernos. De hecho, estoy completamente segura de que defendemos los mismos ideales, los que corresponden a lo que he llamado la libertad de los contemporáneos. ♦



Luis Villoro: *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*, El Colegio Nacional/FCE, México, 1997. 400 pp.

# La revuelta de Fernando Curiel

BEATRIZ ESPEJO

Nosotros, que enfrentamos la venida del nuevo siglo, cuando ya Nueva York y París compiten para tener celebraciones fantásticas que echen a vuelo las campanas del XXI, cuando el mundo entero empieza a hacer un recuento de lo que hemos presenciado durante cien años, cuando sabemos que el sufragio femenino es una realidad, que las costumbres han cambiado propiciando mayores libertades, que la estética cuenta ahora con formas expresivas inconcebibles para nuestros abuelos, que los azotes humanos ya no son la tuberculosis ni la sífilis sino el sida y la contaminación del planeta, que la tecnología y la ciencia alcanzaron metas insospechadas, que manejamos innumerables aspectos de nuestra vida por medio de las computadoras, que el promedio de vida del hombre se prolonga, que los astronautas no sólo llegaron a la luna e instalan robots en Marte, sino que realizan otras peripecias incluso más espectaculares, que hay un abismo entre 1899 y 1999; nosotros, cerrando la lente y concretándonos a nuestro país y a nuestro ámbito literario, podemos decir, ya con todas las cartas en la mano, que no ha existido en México una generación de escritores e intelectuales tan importante como el llamado Ateneo de la Juventud. No se le iguala la generación de los Siete Sabios, la de *Contemporáneos*, la de *Taller*, la de *Tierra Nueva*, la de *América*, la de la *Revista de Literatura Mexicana*, ni la de medio siglo. Ninguna tuvo tanta importancia como la del Ateneo de la Juventud por dos razones principales: la calidad de varios de sus componentes y la trascendencia que sus postulados tuvieron en la renovación y desarrollo de nuestra cultura nacional.

El Ateneo, además, salió a escena en medio de manifestaciones callejeras, círculos de conferencias, exposiciones pictóri-

cas, reuniones amistosas, banquetes, discursos. Utilizó hábilmente lo que hoy llamaríamos una buena publicidad sustentada en principios aún vigentes. Ahora, por ejemplo, nadie piensa que la filosofía, el arte o las letras son una escapatoria de lo cotidiano. Las entendemos como profesiones a las que es menester entregarse de tiempo completo y aplicarse con seriedad.

En el Ateneo estaba inscrito Pedro Henríquez Ureña, ensayista notable, catedrático internacional, que fungía como mentor de algunos integrantes; estaba Alfonso Reyes, que iba a manejar el idioma español con la pericia de un virtuoso y fundaría la Casa de España en México, después Colegio de México; estaba Martín Luis Guzmán, cronista asombroso, dueño de una sintaxis clarísima, empeñado en lograr la autonomía de la Academia Mexicana de la Lengua y presidir la comisión que instituyó los libros de texto gratuitos; estaba Antonio Caso, polemista, el primero en darnos a conocer el intuitionismo filosófico de Bergson, las tesis de Spengler, la fenomenología de Husserl, el neotomismo de Maritain, el existencialismo e historicismo de Dilthey; estaba José Vasconcelos, memorialista insuperable, rector universitario como lo fueron Caso y Genaro Fernández MacGregor posteriormente, secretario de Educación que en menos de tres años cambió las bases de nuestro sistema educativo, Maestro de América. En el Ateneo estaban figuras de menor relieve, Julio Torri, Mariano Silva y Aceves, Carlos Díaz Dufou Jr., quienes consolidaron sin embargo un género de prosa castigado y escueto, nutritivo para orfebres de la palabra como Juan José Arreola, Tito Monterroso y una gran cantidad de autores más jóvenes.



Funcionario de la Universidad Nacional Autónoma de México —dirigió sucesivamente Radio, Difusión Cultural, el Instituto de Investigaciones Filológicas—, epigramista incisivo, autor de cuentos breves, profesor de posgrado, promotor de eventos, investigador sagaz, educador por vocación, erudito, Fernando Curiel tenía que inclinarse casi fatalmente al estudio del Ateneo. Lo había hecho tiempo atrás con *La querella de Martín Luis Guzmán* (Premio José Revueltas), *El cielo no se abre* (Premio Nacional de Biografía), donde fue construyendo con base en documentos la vida de Alfonso Reyes, y el estudio de los epistolarios que cruzaron Guzmán, Reyes y Jaime Torres Bodet, a quien sin mucho esfuerzo y siguiendo métodos de Fernando, consideramos ateneísta por herencia y el segundo en importancia entre los secretarios de Educación que tuvimos este siglo.

Si Fernando hubiera nacido décadas antes, aunque él hubiera no exista, estoy segura de que atendiendo sus propias simpatías y diferencias —de las que tanto hablaba Reyes— habría integrado la lista de componentes ateneístas, escuchado las conferencias que en El Generalito dictaba Caso, caminado los mediodías hasta el pie de los andamios en los que se trepaba

Diego Rivera para pintar su epopeya revolucionaria en los claustros de la Secretaría de Educación y conversado a propósito de temas políticos, plásticos, filosóficos y literarios con los intelectuales que llegaban allí para presenciar avances del mural.

Por todos estos antecedentes reales e inventados no me sorprende el nuevo trabajo de Curiel. Esta vez preparó un volumen de cuatrocientos sesenta y cinco páginas. Se propuso estudiar el Ateneo paso a paso con un proceso sistemático, con una detallada organización de datos, con una retórica inteligentemente humorista que ya le es peculiar, con un sistema de carambias explicativas sobre situaciones y actitudes individuales. Partió de conceptos que han formulado críticos anteriores. Procedió a fijarse en la aglutinadora revista *Savia Moderna*, en la fecha oficial de la asociación civil. Reprodujo listas de firmantes, estatutos, aprensiones y desacuerdos. Analizó el por qué del nombre, el clima político en el cual surgió y se deshizo el proyecto, la serie inicial de conferencias los miércoles en el Casino de Santa María la Rivera al que se asistía en traje de etiqueta, el segundo ciclo en el Conservatorio, la

participación activa de artistas plásticos, el apego a Grecia, los maestros significativos, los antecedentes y realidades de la Universidad Popular, la diáspora. Dice, y le creo pues toda obra de importancia llega a los autores como una revelación, que la idea le vino al organizar unas conferencias tituladas La cultura al filo del agua: El Ateneo de la Juventud. Los participantes no aclaron cabalmente preguntas inquietantes sobre el tema: si esta asociación había respondido a un movimiento que la antecedió y precedía, si era sólo un conjunto de coetáneos, si abarcaba exclusivamente problemas literarios, si puede predicarse —sin lugar a dudas— sobre un manifiesto específico literario. Y otros dos cuestionamientos mayores: si el estudio total del Ateneo modifica el entendimiento de la literatura mexicana del XX y si hemos sobrepujado el espíritu ateneísta en lo intelectual y sociocultural. Fernando Curiel se dedicó a resolver estas interrogantes con una mirada totalizadora muy particular.

Quienes también hemos frecuentado estos asuntos ateneístas, aceptamos los testimonios escritos por Reyes en "Pasado in-

mediato y otros ensayos"; por Guzmán en *A orillas del Hudson, Academia*, "Apuntes sobre una personalidad"; por Vasconcelos en "La juventud intelectual mexicana..."; por Henríquez Ureña en "Las corrientes literarias de América Hispánica". Éstos coinciden en darle vida más corta al Ateneo, quizás la extienden con aplicación hasta 1914, fecha en que sobrevino la caída de Huerta y los integrantes se dispersaron. Pero Fernando Curiel piensa, y en ello radica lo más personal y polémico de su obra, que por sus orígenes y repercusiones el Ateneo se extiende de 1906 a 1929, año en el cual José Vasconcelos perdió la elección presidencial, y lo subdivide en apartados y episodios en Proto/Ateneo, Pre/Ateneo, Ateneo de la Juventud, Ateneo de México, Ateneísmo. La tesis resulta comprometida e inquietante, y su brillante esfuerzo, un libro de consulta obligada para quien ame nuestra historia educativa, literaria y política. ♦

Fernando Curiel: *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud 1906-1929*, UNAM, México, 1998. 468 pp.



## PUBLICACIONES UNAM

### Elogio y defensa del libro

*Ernesto de la Torre Villar*

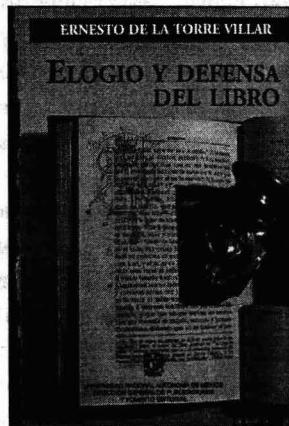
Dirección General de Publicaciones y

Fomento Editorial

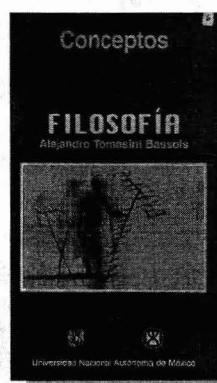
Colección Biblioteca del Editor

4a. edición: 1999

154 pág.



Informes: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Av. del IMAN Núm. 5 Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F., Tel. 5622 6590 Tel. y Fax 5622 6582  
<http://bibliounam.unam.mx/libros> e-mail: pfedico@servidor.unam.mx  
 Ventas: Red de Librerías UNAM



### Filosofía. La naturaleza de los conceptos

Alejandro Tomasin Bassols

Centro de Investigaciones

Interdisciplinarias en Ciencias y

Humanidades

Colección Conceptos

1998, 25 págs.

### Mapa bibliotecario y de servicios de información de la ciudad de México

Rosa María Fernández de Zamora

Programa Universitario de Estudios

sobre la Ciudad

Centro Universitario de Investigaciones

Bibliotecológicas

1998, 394 págs.

### Mapa Bibliotecario y de Servicios de Información de la Ciudad de México

Rosa María Fernández de Zamora

Continuum



# De Melusina a espuma

GUILLERMO SAMPERIO

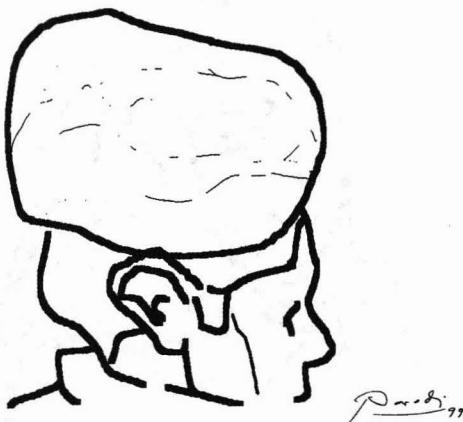
**P**arecería casual que sea la Editorial Morgana, en su Colección Melusina, quien publique la novela de la escritora Elda Peralta: *Nocturno mar sin espuma*. Editorial joven y de profundo interés en la producción de la literatura femenina, edita esta novela que en el trasfondo parece recrear, precisamente, la leyenda de Melusina, mujer de gran belleza, ser mitológico, hada, ondina perteneciente a la novelística de caballería.

*Nocturno mar sin espuma* narra la historia de una mujer, una actriz de cine entredada en su nostalgia y contradicciones. A sus 47 años, el personaje vive en la Ciudad de México. Por mucho tiempo ha sido la amante de un influyente político. Huérfana de padres desde muy niña, vive parte de su infancia con algunos de sus padres, quienes deciden alejarla del círculo familiar y enviarla a estudiar al extranjero. Pertenece a familia de políticos de abolengo su vida se desenvuelve entre colegios de niñas pudientes.

La autora mezcla en su narrativa los diálogos del personaje consigo mismo, como páginas sacadas de un diario infantil que evoca tiempos llenos de nostalgia y soledad, añorando eso que no está, eso que siempre falta. Con imágenes confusas y vagas aparecen los recuerdos de sus seres amados, su abuelo, su nana, y la evidente violencia y brutalidad a la que, desde niña y después de la muerte de éstos, estuvo expuesta.

Retratada como una "pequeña hada maligna", desde los 11 años es víctima de su propia belleza y sensualidad. Dominada por su erotismo, Mabel, tal es el nombre de nuestro personaje, se verá expuesta a los hombres maduros que fantasean con la ninfa de cabellos rubios.

En su primera juventud, con el sueño de ser estrella, de ser querida por el mun-



do, reconocida y admirada, se deslumbra con las candilejas que le auguran fama y fortuna. Entonces, revestida con su personaje, inicia un juego peligroso; se convierte en la amante de un político mexicano corrupto, de gran poder en todos los círculos e involucrado en el narcotráfico. Su influencia llega a todas partes, él lo puede todo: crear o destruir. Pone a los pies de Mabel un mundo dentro del cual ella comenzará una vertiginosa carrera cinematográfica. Su fama se elevará como la espuma del Nocturno mar.

Presa en su propia trampa, llena de fantasías, se van mezclando los acontecimientos en un *tour de force* psicoanalítico, en el que la autora coloca a su personaje en una constante revisión cotidiana de los sucesos de su vida, los cuales parecen repetirse permanentemente desde su niñez.

Envuelta en una relación con un hombre que semeja más la necesidad de compensar la ausencia de padre, ella oye y obedece. Deposita en él, Antonio Valdivia, no sólo el dinero de su herencia, sino su voluntad; se instala a ver pasar la vida. Su carrera como actriz ha quedado detenida en el limbo de la indiferencia; suspendida por órdenes de su protector, él "la sentía como algo propio, algo emanado de su creación: una especie de Galatea forjada a martillazos por Pigmalión." Ejerce absoluto control de su carrera artística y de su vida privada; intenta poseer, en su

pasión desmedida y con su afán de poder, hasta sus pensamientos más recónditos.

Con el lenguaje crudo, de propósitos directos, sin recovecos, Elda Peralta nos lleva a recorrer la vida que discurre vacua y sin sentido para los protagonistas, la relación de ésta con su amante y los celos encarnizados, la vida en un mundo cotidiano marcado por la frivolidad, el glamour, la evasión y las mentiras.

Los lugares, especialmente los qué están junto al mar, juegan un importante papel en la narración: "Inmensidad azul, donde mi queja / tiende su mundo vuelo de agonía". El mar de "La Paz, puerto de ilusión", será el testigo del gran amor que Mabel tendrá en su vida. El mar, símbolo del génesis, de la vida, de lo maternal; el mar que evoca la desnudez de la inocencia, lo femenino y sus profundidades; el mar que nos recuerda la violencia de la pasión, la dulzura en el vaivén de la melancolía y la nostalgia del regreso a las aguas durmientes e insondables del *Nocturno mar sin espuma*, confluyen en la muerte del amor por la falta de confianza. Así como Melusina y su leyenda: la no confianza de su hombre, la muerte del amor o el nulo respeto por la parte secreta de la vida del ser amado. Aquí no descubrimos que la protagonista tiene, como Melusina, cola de serpiente, pero sí que posee un pasado que arrastra dejando su huella serpentina sobre la arena, huella que la tortura y le recuerda de forma permanente que su vida no le pertenece. Y así, con esa mansedumbre de "las mujeres condenadas a la no-existencia", con esa soledad que la traición de los amigos provoca, ella vuelve a encandilarse ahora, entre sirenas de trenes y barcos, entre las olas del océano de otras candilejas.

El final será inevitable y Elda Peralta culminará su novela en tono melancólico. La literatura no sólo es descubrir la vida, sino sumergirse en los avatares del alma humana. Esta novela breve nos revela el interés de la autora por la condición femenina y sus más difíciles y complejos contrastes. ♦

Elda Peralta: *Nocturno mar sin espuma*, Morgana (Col. Melusina), México, 1997. 212 pp.

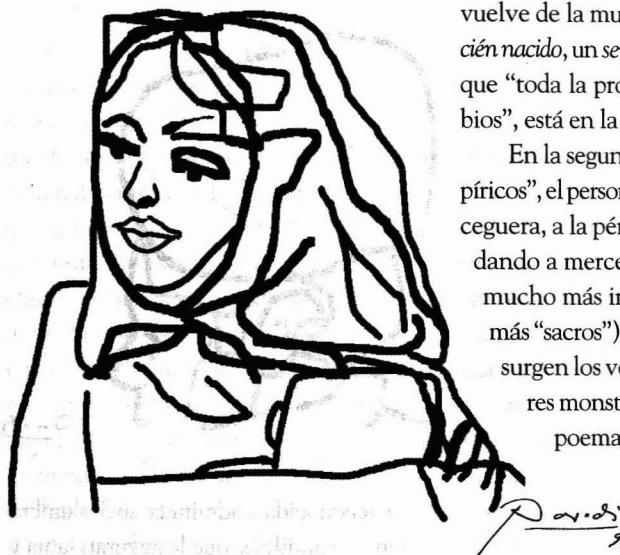
## La plata mediadora

ROXANA ELVRIDGE-THOMAS

Uno de los poderes de la poesía es el de suspender el tiempo, dar acceso a la eternidad a quien participa de ella. *La plata de la noche* es un poemario que explora esa vertiente de la poesía, indaga sobre los mecanismos que llevan a la palabra poética a abolir el tiempo, como sucede en el conjuro, el mito, la oración. Su autora, Raquel Huerta-Nava, indaga los vínculos existentes entre estas artes de la palabra y rebasa sus diferencias para adentrarse en el círculo de fuego que anula el tiempo: la palabra poética.

Para lograr su cometido, la autora depura sus poemas, busca esa brevedad que compacte el transcurrir y allane el paso a la fulgurante aparición de la palabra, primer avance que le permite trenzar su urdimbre, someter al azar, dominar sus recursos, trazar el pentagrama que con su ritmo tienda una trampa a ese "soberano del sarcasmo" que es el tiempo. Y por esa misma razón aborda, a lo largo del libro, las situaciones que logran traspasar la sucesión de minutos para integrarse a lo eterno: el amor, el sueño, la muerte, "la palabra escrita".

La búsqueda del no-tiempo lleva a la autora a la pesquisa-invención de un centro, un *axis mundi* que logre sus objetivos. Así, nos habla del "ojo de la hoguera" que atrae hacia sí el relámpago; la piedra, el edificio, la casa deshabitada, como zonas donde se entremezclan las fuerzas del mundo y el inframundo; el "joven ciervo truncado" que es la efígie fúnebre de Víctor Noir, a la vez *axis mundi* y agente mediador entre muerte y vida, devastación y fecundidad; la perla como talismán que se transforma en "la última esperanza de los muertos". Encontramos otras representaciones del centro a lo largo del libro, como la escalera del invierno, clara, deslumbrante, o la semilla descrita en el excelen-



te poema "Invocación", donde se amalgaman todos los símbolos del *axis mundi* invocados con anterioridad por la autora y donde se nos hace mucho más patente la búsqueda de ese centro donde se conjugan todas las fuerzas de los diversos mundos y donde, evidentemente, el tiempo no existe.

Raquel Huerta-Nava indaga el secreto, la clave de la mediación que le permite el tránsito libre de una realidad a otra, y lo halla en la plata viva, en "la sombra del azogue", y el reflejo que éste le da la hace encontrarse en el otro, en sí misma, en la palabra poética, que viene a ser, finalmente, el pilar que une y entrelaza los mundos, el centro tan buscado.

Pero no es fácil arribar al centro, es necesaria una transformación, un tránsito, como en las iniciaciones o en las fases de los héroes míticos, y ese movimiento se va describiendo a lo largo de las tres partes que componen este poemario. Así, la primera, intitulada, como el libro, "La plata de la noche", nos habla de un abrir los ojos al azar, al tiempo abolido, a las diversas transformaciones que experimentan los amantes, los objetos, el mundo mismo y de un abrir las puertas al asombro, a nuevos ritmos creadores, a los secretos de pronto develados.

Y en esta parte inicial también se enfrenta la voz poética a los primeros obstáculos: el vientre de la ballena, la cueva, la soledad, el terror cósmico. Todo ello asumido hacia el final de esta sección, descubriendo a su personaje como alguien "que vuelve de la muerte": un iniciado, un recién nacido, un ser que sabe, y reconociendo que "toda la protección reside en los labios", está en la palabra.

En la segunda parte del libro, "Vampíricos", el personaje se enfrenta a la propia ceguera, a la pérdida de lo racional, quedando a merced de los demás sentidos, mucho más instintivos (pero también más "sacros"). Es en esta sección donde surgen los verdaderos peligros: los seres monstruosos (donde destaca un poema excepcional, "Súcubo"), el dolor físico, el odio, el temor y, hacia el final, la aparición del centro: la perla, el amor.

Es así como se puede pasar al tercer apartado del poemario, "Constelaciones", donde, como en *La Comedia* de Dante, el personaje ingresa a un espacio donde la luz ciega sus pasos, la música fluye y el tiempo, por fin, es "guardado por el viento". Aquí la voz poética encuentra caminos, desenreda su madeja, llega al centro del laberinto donde el recuerdo, lo originario, se despiertan, regresan, y el mundo se ve inundado por la savia, el mar, el caracol, la flor de cuarzo, la garganta del amante, que le dan una nueva vida, mientras lo oscuro queda del otro lado del espejo. Así, la realidad es reinventada, en el poema final, a través del encuentro amoroso de la palabra consigo misma.

La autora sabe que la poesía tiene el poder de crear mundos y se lanza a esa labor sin conceder términos medios. Se adentra en los abismos, sube ante la luz más deslumbrante, habita por igual cimas y simas gracias a ese espíritu de mediación entre lo terrible y lo bello, entre lo visible y lo invisible que es la poesía. ♦

Raquel Huerta-Nava: *La plata de la noche*, Instituto Mexiquense de Cultura (Col. Cuadernos de Malinalco), Toluca, 1998. 68 pp.

## COLABORADORES

**María Andueza.** Véanse los números 506-507, 531, 543, 551, 557 y 573-574.

**Alfredo Chacón** (San Fernando de Apure, Venezuela, 1937). Licenciado en sociología y antropología por la Universidad Central de Venezuela (UCV); realizó estudios de posgrado en el Instituto de Etnología de la Universidad de París. Fue profesor y director de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV, donde también fue investigador y director del Instituto de Investigaciones de la Comunicación. Es autor del ensayo *Curiépe* (UCV, Premio Bienal Literaria José Rafael Pocaterra, sección prosa, y Premio Anual a la Mejor Investigación en Ciencias Sociales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, 1980) y de los poemarios *Materia bruta* (Universidad de Los Andes, Primera Mención de Honor de la Bienal Literaria José Rafael Pocaterra, 1968) y *Palabras asaltantes* (Monte Ávila, Premio de Poesía de la Bienal Literaria Mariano Picón Salas, 1991), entre otros libros. Los poemas que presentamos pertenecen al libro inédito *Y todo lo demás* que será publicado por Ediciones Sin Nombre.

**Gerardo Deniz.** Ha colaborado en los números 528-529, 544 y 554-555.

**Paulette Dieterlen** (Ciudad de México, 1947). Licenciada en filosofía por la Universidad Iberoamericana; maestra y doctora en la misma especialidad por la UNAM. Realizó una estancia de

investigación en el University College de la Universidad de Londres. Fue jefa de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios, donde es profesora-investigadora del Instituto de Investigaciones Filosóficas. Está adscrita al Sistema Nacional de Investigadores. Es secretaria de la Asociación Filosófica Mexicana y miembro de la Academia Mexicana de Ciencias y de los comités editoriales de las revistas *Isonomía* y *Theoría*. Actualmente lleva a cabo una investigación para el Programa de Educación, Salud y Alimentación. Ha escrito *Sobre los derechos humanos* (IIFS-UNAM), *Marxismo analítico. Explicaciones funcionales e intenciones* (FFL-UNAM) y *Ensayos sobre justicia distributiva* (Fontamara).

**Raúl Domínguez Martínez.** Véanse los números 512-513 y 573-574. Se halla adscrito como investigador al Centro de Estudios sobre la Universidad. En febrero de este año obtuvo la maestría en historia en la UNAM, donde actualmente es profesor en la Facultad de Filosofía y Letras.

[josedm@servidor.unam.mx](mailto:josedm@servidor.unam.mx)

**Roxana Elvridge-Thomas.** Colaboraciones suyas aparecen en los números 512-513, 516-517 y 576-577.

**Beatriz Espejo.** Ha colaborado en los números 508, 511, Extraordinario de 1994, 532, 542, 550, 558, Extraordinario II de 1998 y 580.



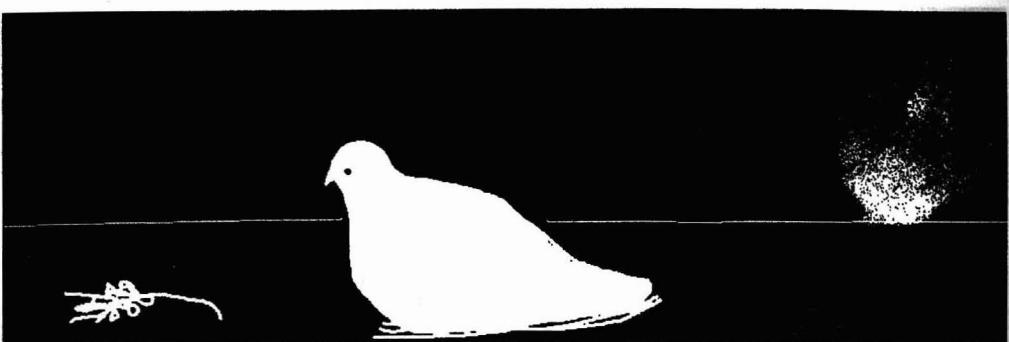
D - 1999

**Fernando Fernández** (Ciudad de México, 1964). Licenciado en lengua y literatura hispánicas por la UNAM, donde fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y, durante el periodo 1986-1988, tuvo la beca Salvador Novo. Es director de la revista *Viceversa*. Es miembro del consejo directivo de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. Es autor del poemario *El ciclismo y los clásicos* (Cuadernos de Málinalco). El poema que presentamos forma parte del libro *Ora la pluma*, que publicará El Tucán de Virginia.

**Enrique Franco Calvo.** Colaboraciones suyas aparecen en los números 536-537, 542, 549 y 570-571. Se encuentra en prensa su libro *José Luis Fernández. Artista de su tiempo* (Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco).  
tule@oax1.telmex.net.mx

**Javier Garciadiego.** Colaboró en los números 542 y 564-565. Una primera versión del texto que publicamos fue leída en el Simposio Internacional 80 Aniversario de la Reforma Universitaria (Córdoba, Argentina, noviembre de 1998).

**Gerardo García Muñoz** (Torreón, Coahuila, 1959). Ingeniero industrial por el Instituto Tecnológico de La Laguna. Es profesor del Departamento de Ciencias Humanas de la Universidad Iberoamericana plantel La Laguna. Actualmente es becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Colima. Textos suyos han aparecido en *Desierto Modo*, *Tierra Adentro* y *El Financiero*, entre otras publicaciones. Es autor de *El sueño creador* (Editorial Tierra Adentro), *El almirante redivivo y otros ensayos* (Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Coahuila) y *Las paráfrasis plásticas de Alberto Gironella* (Desierto Modo).  
gdoom@coah1.telmex.net.mx



P. r. d. 77.

**Graciela Iturbide** (Ciudad de México, 1942). Estudió cine en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, UNAM. Fue asistente de Manuel Álvarez Bravo. Ingresó al Salón de la Plástica Mexicana en 1976. Es cofundadora del Consejo Mexicano de Fotografía. Tuvo la beca Guggenheim (1988-1989). Ha obtenido los premios de Adquisición en la Primera Bienal de Fotografía (1980), el W. Eugene Smith (1987-1988), el Gran Premio Mois de la Photo (1988) y el Recontres Photographiques (1991), entre otros. Algunas de sus exposiciones individuales son *En el nombre del padre* (Galería Juan Martín, México; Galería Foto Óptica, São Paulo; Museo de Arte Moderno, Río de Janeiro, Brasil, 1993) y *External Encounters, Internal Imaginings: The Photographs of Graciela Iturbide* (Museum of Modern Art, San Francisco, California, 1990); en mayo de este año fue inaugurada *Cuaderno de viaje* en el Museo Carrillo Gil.

**Patrick Johansson K.** Ha colaborado en los números 520, 532, 543, 556 y 569. Su libro más reciente es *Rituales mortuorios nahuas precolombinos* (Secretaría de Cultura del Estado de Puebla).  
patrickj@servidor.unam.mx

**David Martín del Campo.** Véanse los números 541, 562 y 569. Su publicación más reciente es el volumen *Tu propia sombra* (Joaquín Mortiz), que contiene dos novelas.

**Roberto Parodi** (Ciudad de México, 1957). Realizó estudios de artes plásticas en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La

Esmralda y en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de San Carlos. Ha sido becario del Fonca. Está adscrito al Sistema Nacional de Creadores. En 1987 obtuvo el primer lugar en el VI Encuentro Nacional de Arte Joven. Su obra ha sido presentada en Alemania, Bélgica, Colombia, Cuba, Estados Unidos, Kenia y México. Entre sus exposiciones individuales se cuentan *Entes* (Galería Carlos Ashida, Guadalajara, Jalisco, 1988), *Rostros y espectros* (Museo de Arte Moderno, 1993) y *Expresiones-reflexiones* (Museo del Palacio de Bellas Artes, 1996). Los dibujos que presentamos fueron realizados por computadora; constituyen el primer trabajo de este tipo hecho por el artista.  
tmparodi@spin.com.mx

**Herminia Pasantes.** Es miembro del consejo editorial de *Universidad de México*. Colaboraciones suyas aparecen en los números 518-519, Extraordinario de 1994, 531, 550 y 558. Este año obtuvo la Cátedra Patrimonial de Excelencia, otorgada por Conacyt.

**Guillermo Samperio.** Véanse los números 560-561, 562, 572 y 576-577. Se encuentra en prensa su libro de cuentos *La Gioconda en bicicleta* (Planeta).

**Margarita Suzán.** En el número 564-565 aparece un texto de su autoría.

**Pablo Yankelevich.** Colaboró en el número 570-571. Su libro más reciente es *El México entre exilios. Una experiencia de sudamericanos* (Plaza y Valdés).  
pabloy@servidor.unam.mx

## NOVEDADES EDITORIALES COORDINACIÓN DE HUMANIDADES UNAM

### LITERATURA

#### Epistolario

Manuel José Othón  
Coordinación de Humanidades, 1999

#### La sangre de su corazón

Bernardo Ruiz  
Coordinación de Humanidades, 1999

#### Cuentos para un año

Luigi Pirandello  
Coordinación de Humanidades, 1998

### FILOSOFÍA

#### Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina

Horacio Ceruti Guldberg  
Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos/Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1997

### EDUCACIÓN

#### La calidad en la educación superior en México: una comparación internacional

Salvador Malo, Arturo Jiménez (coords.)  
Coordinación de Humanidades/Porrúa, 1998

#### Los pueblos indios y el parteaguas de la Independencia de México

Manuel Ferrer Muñoz (coord.)  
Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1999

### POESÍA

#### Poesía y no poesía: notas sobre la literatura europea en el siglo XIX

Benedetto Croce  
Coordinación de Humanidades, 1998

#### El poeta en un poema

Marco Antonio Campos  
Coordinación de Difusión Cultural-Dirección de Literatura, 1998

#### Obras poéticas (Parnaso Mexicano 1844)

Fernando Calderón  
Coordinación de Humanidades, 1999

### POLÍTICA

#### La cultura política de los alumnos de la UNAM

Victor Manuel Durand Ponte  
Coordinación de Humanidades/Porrúa, 1998

#### Semanario político 1994-1997

Horacio Labastida  
Coordinación de Humanidades, 1998

### DERECHO

#### Obras III: Obra jurídica diversa

Antonio Martínez Báez  
Coordinación de Humanidades, 1998

#### Eurípides Hipólito

Versión de Rubén Bonifaz Nuño  
Coordinación de Humanidades, 1998

#### Derecho de la propiedad intelectual.

Una perspectiva trinacional  
Manuel Becerra Ramírez (trad. y comp.)  
Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1998

#### Régimen jurídico de las libertades de expresión e información en México

Ernesto Villanueva  
Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1998

#### Teoría del delito

Raúl Plascencia Villanueva  
Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1998

Para informes y adquisiciones dirigirse a la Coordinación de Humanidades, Circuito Maestro Mario de la Cueva,  
Ciudad de la Investigación en Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F. Tel: 56 22 75 88, Fax 56 22 75 90.

Correo electrónico (E-mail): [jrios@servidor.unam.mx](mailto:jrios@servidor.unam.mx)



## Ahora en tienda UNAM

Ampliamos los servicios  
para tu comodidad

- ◆ Banco en el super
- ◆ Cajero automático
- ◆ Óptica
- ◆ Ortopédia
- ◆ Seguros
- ◆ Boutique "Pumas"
- ◆ Productos Naturistas
- ◆ Relojería (servicio técnico)
- ◆ Zapatería
- ◆ Discos

Te esperamos en tienda UNAM metro c.u.

ESTRENO

Tierra de poetas

Canal 22  
CONACULTA



Incursión por la rica tradición poética mexicana y las visiones que el video hace posible para cultivar un bosque de signos y recorrer sus correspondencias.

Todos los viernes a las 20:00 hrs.

La cultura también se ve

Consulta nuestra programación a Notic 5224.1808 sin costo.



## PUBLICACIONES UNAM

Elogio y defensa del libro

Ernesto de la Torre Villar

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
Colección Biblioteca del Editor

4a. edición: 1999

154 págs.

Ética e intersubjetividad

Enrique Serrano Gómez

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades  
Colección Conceptos  
1998, 36 págs.

La construcción del derecho. Métodos y técnicas de investigación

José Alberto González Galván

Instituto de Investigaciones Jurídicas  
Serie J: Enseñanza del Derecho y Material Didáctico 18  
1998, 137 págs.

Energía

Ana María Sánchez, María Trigueros y Julia Tagüeña

Dirección General de Divulgación de la Ciencia  
Colección Historias de la Ciencia y la Técnica  
1999, 83 págs.

Informes: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Av. del IMAN Núm. 5 Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F., Tel. 5622.6590, Tel. y Fax 5622.6582  
<http://biblo.unam.mx/libros> e-mail: pfedico@servidor.unam.mx  
Ventas: Red de Librerías UNAM

## Siga nuestra señal

XEEP 1060 kHz  
RADIO EDUCACIÓN



Nuestra frecuencia de amplitud modulada  
cada vez alcanza más destinos

Estado de México, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí,  
Aguascalientes, Zacatecas, Tlaxcala, Puebla, Veracruz, Hidalgo,  
Tamaulipas, Michoacán, Jalisco, Morelos, Guerrero y Oaxaca

CONACULTA  
RADIO EDUCACIÓN

## Fotografía de Graciela Iturbide



Jaipur, India, 1999. Del proyecto *Espejos de la Mirada*

Dos situaciones objetivas siguen siendo válidas para el arte fotográfico: 1) que el instante captado sea ese único, nunca otro, nunca la posibilidad de que el instante siguiente o el anterior fuera más exacto o más correcto; y 2) que los procesos de impresión —por decirlo así, los juegos alquímicos y electrónicos del fotógrafo manipulador— se alejen tanto de la naturaleza material de la fotografía que deje de ser fotografía. En esta obra de Graciela Iturbide nos percatamos del arribo a un nivel de excelencia de esas dos características. El instante escogido ha captado el pleno movimiento de los elementos. El acierto incluye el movimiento de las hojas de un árbol impelido por las vibraciones de agentes extraños a él. El no-movimiento de las palomas en el suelo —la mirada misma de ellas— percibe la presencia de un toro instigador —el diablo— que convierte sus desmanes en un juego imposible puesto que sabe que no tiene capacidad de apoderamiento en esas zonas de una fauna alada, un tanto más sagaz y aleccionada por la experiencia. Iturbide une tiempo y movimiento y nos los muestra sin alterar los procesos de revelado más próximos y tradicionales. Apreciamos —admiramos— este lenguaje y a propiedad de la fotógrafa.

Alberto Dallal

1

19

JU

10

12:

12:

13:

15:1

